

El Colegio de la Frontera Norte
Doctorado en Estudios Culturales

GÉNERO, ESPACIO Y PODER EN LA MIGRACIÓN, EL TRABAJO, LA VIOLENCIA Y LA SEXUALIDAD

Trabajos finales del Seminario:
Género, Espacio y Poder
en la Vida Cotidiana

Profesora:
Dra. Silvia López Estrada

Febrero 2021

ÍNDICE

Pág. 3

Presentación

Silvia López Estrada

Pág. 9

El espacio como referencia. Apuntes para discutir críticamente la imaginación geográfica desde anclajes empíricos espaciales

Yhaira Lizzet González Avilez

Pág. 35

Espacio social y vida cotidiana de organizaciones de migrantes de retorno de la generación 1.5 en la Ciudad de México

Arturo Montoya Hernández

Pág. 48

Migración, vida cotidiana y género en la ciudad: relatos de experiencia de mujeres y hombres venezolanos en Bogotá.

Erik Fabián Jerena Montiel

Pág. 60

Nocturnas: espacializando el trabajo informal de las trabajadoras ambulantes de la Avenida Revolución en la ciudad de Tijuana, México

Agnes del Rosario Jiménez Romo

Pág. 75

Mujeres en la ciudad: entre los paisajes del miedo y las resistencias cotidianas

Marisol Anzo Escobar

Pág. 86

Activismo materno como resistencia en los espacios de muerte y memoria del feminicidio y la desaparición de mujeres en Ciudad Juárez

Enriqueta Sofía Carbajal Ávila

Pág. 98

Cuerpo homomasculino en el espacio tijuanaense

Luis Enrique García Jiménez

PRESENTACIÓN

Dra. Silvia López Estrada

Departamento de Estudios de Población

El programa de Doctorado en Estudios Culturales cuenta con un Laboratorio de Proyectos Culturales, cuyo objetivo es desarrollar e implementar mecanismos y estrategias de vinculación de las y los estudiantes con la comunidad para la difusión de los conocimientos adquiridos en aula, así como de los avances y reflexiones derivadas de sus proyectos de tesis, y otros proyectos de investigación en los que colaboran.

En este contexto, con el fin de contribuir a la difusión de la investigación científica, se publican en este Cuaderno de Divulgación los trabajos de las y los estudiantes del seminario Género, Espacio y Poder en la Vida Cotidiana, que se llevó a cabo durante el III semestre del programa doctoral 2019-2022.

El Seminario de Género, Espacio y Poder

El seminario Género, Espacio y Poder, del cual se derivan los trabajos que componen este Cuaderno, se centra en la relación entre género, espacio y poder en las prácticas sociales en la vida cotidiana. Se revisan algunos de los principales exponentes de la teoría socioespacial, así como la crítica desde los estudios feministas y de género. En el contexto de estos enfoques, se enfatizan las formas culturales y las prácticas que se llevan a cabo en espacios cotidianos que (re)producen las relaciones sociales de género, clase, sexualidad y etnicidad; que constituyen las identidades, que (re)producen los significados sociales, y construyen políticas socio-espaciales. De esta forma, se analiza como diferentes aspectos de las prácticas e identidades sociales están interrelacionados con los lugares donde vivimos, al mismo tiempo que estos espacios reflejan y le dan forma a diferentes experiencias de vida. A diferentes escalas se recuperan el espacio y el lugar en la vida cotidiana, como lugares de

conflicto, contradicción y esperanza en contextos históricamente determinados.

Se espera que a través del Seminario, los estudiantes desarrollen perspectivas críticas para el análisis socioespacial de problemas socioculturales, de la construcción social de las identidades a través de relaciones espaciales, y de cómo las diferencias sociales y el poder tienen una expresión espacial.

La dimensión espacial de los fenómenos sociales y el género

Tomando como punto de partida el pensamiento marxista, Henry Lefebvre (1993) critica de la vida cotidiana, las representaciones, y sobre todo la producción social del espacio de una manera compleja en donde desarrolla movimientos, contradicciones y tendencias. Su teoría transita de la organización del espacio hacia la producción del espacio, reflexionando sobre su significado. Caracterizada por su movimiento y dinamismo, la propuesta metodológica del autor rechaza los dualismos para avanzar hacia el pensamiento dialéctico. Para Lefebvre el espacio no es un ente vacío sino el producto de relaciones sociales, es medio de producción y dominación. Su principal argumento es que la sociedad produce su espacio en tiempo y condiciones específicas, al mismo tiempo que el espacio es también un productor de la sociedad. Para entender las relaciones entre la producción y la reproducción propone una tríada conformada por las prácticas espaciales, las representaciones del espacio y los espacios de representación. Se trata de la expresión espacial de la relación entre lo percibido-concebido-vivido, niveles que se articulan, superponen e influyen entre sí (Lefebvre, 1993).

En el contexto de esta teoría, así como de otras producciones espaciales teóricas como las de Pierre Bourdieu y Michel Foucault, en una primera instancia el feminismo anglosajón (MacDoweel,

1996), y más tarde los feminismos latinoamericanos (Veleda da Silva, 2007) centraron la atención en el hecho de que la ciencia geográfica ignoraba la presencia de las mujeres en las ciudades, sus usos del espacio y sus necesidades específicas en su tránsito a través de las urbes, reclamando para ellas el derecho a la ciudad. En este sentido, se criticó a las teorías del espacio y del urbanismo. Desde el posmodernismo, el poscolonialismo y los estudios culturales, se abrieron discusiones en la ciencia geográfica.

De esta forma, la geografía feminista, se unió a la corriente posmodernista en su crítica al pensamiento racional, universal y totalizador. Por su parte, desde el feminismo Linda Nicholson (1990), llamó la atención sobre la necesidad de considerar nuevas formas de pensar el género. En este sentido, el análisis de la dimensión espacial de los fenómenos sociales brinda la oportunidad de estudiar su interacción con el género, considerando que el espacio determina al género, al mismo tiempo que este define al espacio. Desde esta perspectiva, las geógrafas anglosajonas criticaron las concepciones binarias de la producción-reproducción, público-privado, apostando por la idea de que en realidad se trataba de dos caras de la misma moneda (Rose, 1993), de ahí que las mujeres transitaban por los distintos espacios públicos y privados en el ejercicio de sus diferentes roles. De esta forma, se dieron a la tarea de elaborar sus propias concepciones de lugar, escala, cartografías, movilidad (Massey, 1998; McDowell, 1996). Así, desde una perspectiva multicultural, la geografía feminista destaca la interacción dialéctica del espacio con el género, así como con otros factores de estructuración social como la etnicidad, la clase social y la preferencia sexual. Además de estudiar estas intersecciones, se introdujo en la geografía la escala del cuerpo, a fin de entender el poder, el conocimiento y las relaciones sociales entre las personas y los lugares. De manera importante, se recuperó también la subjetividad y la producción de significados en torno a los espacios a

distintas escalas, así como la influencia del espacio en la construcción de las identidades sexuales. A estas primeras producciones teóricas han seguido importantes contribuciones de la geografía feminista en las distintas escalas: corporal, del hogar, el mercado, la ciudad, hasta lo nacional y lo internacional. Además, se ha puesto atención a la vida cotidiana como elemento para la reflexión de la experiencia sobre los usos y significados del espacio en su interacción con el género y otros ejes de desigualdad social.

En América Latina los inicios de la geografía feminista tuvieron lugar en los años 90, se destaca el trabajo crítico de geógrafas en Argentina, Chile, Brasil y México. En México algunas exponentes son por ejemplo Alicia Lindon y Paula Soto. Algunas instituciones de educación superior como la facultad de Geografía en la UNAM, el CIEG, así como la UAM han llevado a cabo seminarios y congresos sobre el área, y la producción académica de este campo de estudio se ha publicado en libros y en la Revista Espacialidades de la UAM.

Es en el contexto de estas producciones socioculturales sobre las intersecciones del espacio y el género, que se desarrollan los trabajos que se incluyen en el texto que aquí se presenta.

Organización del Cuaderno de Divulgación

La organización y estructura de este Cuaderno de Divulgación sigue la ruta de los contenidos del seminario. Los trabajos que aquí se presentan parten del aprendizaje y la reflexión teórica sobre la teoría socioespacial y la crítica feminista. Para la elaboración de sus textos los estudiantes partieron del análisis de problemas socioculturales específicos como la migración de retorno, el trabajo ambulante y nocturno de las mujeres, el feminicidio y la desaparición de mujeres, entre otros. Además del uso creativo de algunos conceptos como anclaje empírico espacial, espacios del miedo, espacio

multiescalar y espacio feminicida, los trabajos centran la atención en el análisis crítico del uso y apropiación de los espacios como medidas de resistencia a las relaciones de poder (género, etnicidad, clase social, etc.), así como sus impactos en la subjetividad y en las producciones de sentido.

La idea de llevar a cabo el Cuaderno de Divulgación surgió desde el inicio del seminario, así que los estudiantes partieron de la elaboración de ensayos cortos para cada módulo, de tal forma que al final constituyeron su trabajo final. Como parte de las actividades de aprendizaje, algunas/os estudiantes también llevaron a cabo ejercicios de prácticas espaciales orientados por sus temas de tesis, los que plasmaron en StoryMaps, fotografías, posters y cartografías conceptuales. En algunos de los trabajos se incluye la liga para estos ejercicios creativos en donde las y los estudiantes reflejan el conocimiento espacial obtenido a través de sus experiencias empíricas.

En primer lugar tenemos el trabajo de Yhaira Lizzet González Avilez, quien a partir de la figura de anclaje empírico espacial, problematiza la producción de saberes sobre habitar el espacio y sus implicaciones epistémicas, teóricas y metodológicas. En un esfuerzo de síntesis, "que surge de la incomodidad reconocida en el proceder reflexivo y constitutivo del espacio, desde marcos académicos de producción de sentido", la autora nos presenta una revisión crítica de los debates sobre producciones espaciales a distintas escalas: la ciudad, el hogar y el cuerpo que entretienen la trama socioespacial de la experiencia vivida y la temporalidad. La autora también enriquece su propuesta con sus conocimientos desde el poshumanismo, y de manera importante trata de situar sus reflexiones en el plano la construcción de cartografías representacionales y post-representacionales.

Después del ensayo de Yhaira González, que en general constituye el marco teórico de los capítulos

posteriores, están los trabajos sobre espacio, migración y género de Arturo Montoya Hernández y Erik Fabián Jerena Montiel. El primero estudia los aspectos multiescalares de la migración de retorno y del trabajo de las organizaciones en favor de los migrantes de retorno y deportados, integrados por migrantes de la generación 1.5, y presta particular atención a los procesos de producción del espacio y organización de la vida cotidiana. El autor analiza la migración de retorno a través de la interacción entre distintas escalas socioespaciales a partir de organizaciones sociales pertenecientes a redes multisituadas ubicadas en la Ciudad de México, que establecen conexiones con locales con procesos transnacionales, en este caso por medio de festivales de apoyo a la migración. Se destacan también las sinergias entre el trabajo organizativo y la producción del espacio y la vida cotidiana, que tienen como resultado entornos de vida, lucha y resistencia específicos. Como parte de la agenda de investigación se establece la necesidad de indagar la respuesta de las organizaciones ante la epidemia del SARS-Cov-2, y sus implicaciones socioespaciales, y culturales en la configuración de la vida cotidiana.

Por su parte, Erik Jerena relata en su trabajo la experiencia cotidiana de mujeres y hombres venezolanos en la ciudad de Bogotá. El autor analiza la relación entre migración, vida cotidiana y las relaciones de género en la producción de las espacialidades en el centro urbano de Bogotá, a partir de los relatos de experiencia de mujeres y hombres venezolanos que migraron a esta ciudad en los últimos tres años. En el contexto de condiciones de marginalidad y precariedad, se rescatan las tensiones culturales que surgen de la vida cotidiana en la ciudad, a partir de las narrativas de algunas/os migrantes, y que reflejan dinámicas de aceptación/rechazo, solidaridad/xenofobia, inclusión/exclusión, reconocimiento/discriminación. Al igual que el trabajo anterior, se parte de una perspectiva multiescalar pero en este caso el

análisis se hace más complejo al incorporar la dimensión de género, donde las narrativas emergentes vinculan la experiencia socioespacial y temporal, así como las apropiaciones del espacio. Los relatos de experiencia de hombres y mujeres migrantes en el espacio urbano revelan las formas de vivir e imaginar la ciudad, en la intersección de género, la identidad nacional y la clase social.

Agnes del Rosario Jiménez Romo, reflexiona acerca de la espacialidad del trabajo informal de las vendedoras ambulantes de la Avenida Revolución en Tijuana, a las que denomina como Noctarias. Para ello recupera el concepto de informalidad, y a la luz de la teoría socioespacial, trata de analizar la precariedad que genera el espacio como eje que articula las relaciones sociales que dan forma y significado al trabajo ambulante de las mujeres, y que en este caso propone aprehender a partir de tres dimensiones: una estructural, una simbólica y una de género. La originalidad de su planteamiento radica en comprender cómo se organiza el espacio del centro de Tijuana durante la noche, y cómo a partir de lo que la autora denomina como un ejercicio de deriva, recupera las experiencias, vivencias y percepciones de un grupo de trabajadoras ambulantes acerca de la ciudad, y las formas en que significan su experiencia espacial como noctarias.

Marisol Anzo-Escobar escribe sobre un tema central para el tránsito de las mujeres y su vida en las ciudades. Su ensayo constituye una reflexión sobre las maneras en que el miedo a la violencia afecta la forma en que las mujeres experimentamos el espacio vivido de la ciudad. Teniendo como punto de partida la teoría de la producción social del espacio y la crítica feminista, la cual propone que tanto el capitalismo como el patriarcado intervienen en la configuración y usos del espacio, se destacan las consecuencias para las formas en que mujeres y varones habitan y viven el espacio. La intención de Marisol Anzo es abordar la relación ciudad-miedo para una mejor comprensión de sus efectos en la

configuración de determinados paisajes, y en cómo las formas de habitar tienen repercusiones corporales para las prácticas y los hábitos cotidianos de las mujeres en su paso por los espacios urbanos. Para ilustrar sus reflexiones sobre la relación entre el miedo y los paisajes urbanos, Marisol desarrolla una "etnografía mínima" de su transitar por la ciudad de Tijuana, enfatizando las emociones y las sensaciones que recorrieron su cuerpo ante su primer encuentro con Tijuana, un escenario urbano que le era extraño en comparación a la Ciudad de México, donde antes vivía.

A continuación se presenta el texto de Enriqueta Sofía Carbajal Ávila sobre el activismo materno como resistencia en los espacios de muerte y memoria del feminicidio en Ciudad Juárez. Desde la crítica feminista a la geografía urbana, y teniendo como eje central del análisis espacial las escalas transfronteriza y urbana, la autora examina la desaparición de mujeres en el centro de la ciudad, a partir de lo que denomina como espacios de muerte y memoria del feminicidio. La autora argumenta que la zona transfronteriza en la cual se encuentra ubicada Ciudad Juárez, y la misma urbe, son producidas socialmente a partir del fenómeno de la violencia letal hacia las mujeres. Mientras que la escala transfronteriza como lugar de producción material y simbólica de un espacio feminicida, en la escala urbana, las exclusiones y divisiones socioespaciales de la ciudad determinan la vida cotidiana y prácticas espaciales de las jóvenes asesinadas y/o desaparecidas. Sin embargo, ante este contexto adverso, las madres de las víctimas generan tácticas que se despliegan en la vida cotidiana, y que surgen de su necesidad por revalorizar la vida de sus hijas, así como para dar sentido a su pérdida. Estas diversas formas de resistencia y negociación resignifican la producción de lo que la autora denomina como "espacio feminicida", y constituye una cartografía de la resistencia que muestra los lugares, dentro y fuera de la ciudad, donde las mujeres desaparecieron, fueron explotadas y asesinadas.

El último trabajo, escrito por Luis Enrique García Jiménez, refiere a los espacios de la homosexualidad en Tijuana. El autor trata de indagar sobre la relación entre lo analógico y lo digital que constituye al espacio físico, social y virtual el Homo Digital, y las formas en que afecta su vida cotidiana. En particular, se interesa por la emergencia de nuevas estructuras, funciones y usos espaciales del cuerpo de los hombres homosexuales residentes en Tijuana, México, a partir de la interacción entre espacio material, social y virtual. Para ello, en combinación con la crítica feminista a la producción social del espacio, el autor realiza una lectura semiótica de los cuerpos homo-masculinos, que le permite proponer la yuxtaposición de los espacios físico, social y virtual como constituyente de una semiósfera tijuanaense para el estudio de su ordenamiento espacial. Con este argumento, el autor analiza varios estudios sobre prostitución masculina realizados en Tijuana, y concluye que la semiótica homomasculina de la ciudad posiciona en formas distintas a los cuerpos de los hombres homosexuales que se dedican a la prostitución bajo la hegemonía del orden moderno-colonial.

Bibliografía

Lefebvre, H. (1993). *The social production of space*, Oxford y Cambridge: Blackwell.

McDowell, L. (1996). "Spatializing feminism. Geographical perspectives", *BodySpace. Destabilizing geographies of gender and sexuality*, Nancy Duncan (ed.) Londres y Nueva York: Routledge.

Massey, D. (1998). *Space, place and gender*, Minneapolis: Minnesota University Press.

Nicholson, L. (1990). *Feminism/Postmodernism*. New York: Routledge.

Rose, G. (1993). "Spatial divisions and other spaces: production, reproduction and beyond", *Feminism and Geography. The limits of Geographical Knowledge*, Minneapolis: Minnesota University Press.

Veleda da Silva, D. (2007). Estudios de geografía del género en América Latina. un estado de la cuestión a partir de los casos de Brasil y Argentina, *Documents d'anàlisi geogràfica*, N° 49, 2007, págs. 99-118.

EL ESPACIO COMO REFERENCIA. APUNTES PARA DISCUTIR CRÍTICAMENTE LA IMAGINACIÓN GEOGRÁFICA DESDE ANCLAJES EMPÍRICOS ESPACIALES

Yhaira González Avilez

Introducción

A través del ejercicio imaginado para registrar el proceso de reflexión durante el curso, es que comparto este texto. El interés general del ensayo no es otro que atender a complejidades epistémicas y metodológicas derivadas de los estudios sobre el espacio, el poder y el género, que se han situado a partir de los siguientes debates identificados: 1) Relación entre modernidad, representación, mapeo e identidad, 2) crisis de la representación, 3) discusiones por el espacio social, el género y el poder en el marco del capitalismo y la vida cotidiana; 4) discusiones por la temporalidad, el espacio y la experiencia vivida, y 5) notas sobre cartografías representacionales y post-representacionales.

En los primeros apartados del ensayo me dedico a posicionar la problematización epistémica de la concepción y representación del lugar en la producción de saber, para después discutir la articulación entre lugar y espacio con el poder, y los aportes de las aproximaciones de género al respecto. Asimismo, recuperaré, algunas reflexiones que continúan la problematización de la propuesta general del ensayo con la figura, epistémica y metodológica, del "anclaje empírico espacial", que ha funcionado para sostener la producción de saberes situados respecto a las múltiples formas de habitar el espacio. En este sentido, la discusión por la temporalidad y la experiencia vivida, articuladas en anclajes como los debates sobre la ciudad, el hogar y el cuerpo, resultan pertinentes para analizar cómo se han planteado las concepciones del habitar e imaginar las implicaciones epistémicas, metodológicas y teóricas derivadas,

que también se situarán en las formas cartográficas representacionales y post-representacionales.

Las reflexiones que comparto en este texto intentan mostrarse desde un gesto abierto a las formas de su relacionalidad y su devenir como proceso, como un ejercicio crítico, situado e inacabado. El texto surge de la incomodidad reconocida en el proceder reflexivo y constitutivo del espacio, desde marcos académicos de producción de sentido. La referencia a discusiones como las que aquí serán citadas, no son más que evocaciones, que reconozco lejos de estar agotadas en su complejidad. Desde este lugar, escribo.

Modernidad, representación, mapeo e identidad

Me interesa reflexionar sobre algunas de las problemáticas implicadas en la primera relación que propongo analizar entre modernidad, representación, mapeo e identidad. Los ejes que a continuación discutiré aluden, a su vez, a relaciones implicadas en un proceder epistémico particular, occidental, que parte de una relación específica con la producción de su objeto de estudio, es decir, la verdad, el saber, la definición del campo y de los medios de producción, que legitiman su enunciación como válida. Situándonos en la herencia del proceder epistémico moderno y colonial, que instauró la especificidad de la relación entre método científico, verdad y sociedad, se identifican algunas de las grietas (por seguir la metáfora de Catherine Walsh, 2007) instaladas en la reflexión contemporánea, que ponen en crisis los supuestos vinculados a la representación de la verdad y a los medios que se han legitimado como productores de verdad. Se trata del análisis de una producción que puso en el centro las posibilidades de la representación como acceso a la verdad.

La asociación entre el ejercicio de representación y verdad se problematiza en el trabajo de

investigación desde algunas preguntas como las siguientes: ¿Qué se quiere representar? ¿A través de qué medios se representa? ¿Con qué intereses se representa? ¿Quién lo representa? ¿A quiénes representa? ¿Qué representa? ¿Qué implicaciones ontológicas y epistémicas se articulan en este ejercicio de representación? Y en última o primera instancia, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de representación? ¿Qué vinculación existe entre esta noción y lo que se ha clasificado como el proceder de los Estudios Culturales (por mencionar el ejemplo de una disciplina que ha dedicado gran parte de sus esfuerzos a trabajar con representaciones)? Desde luego, las respuestas son múltiples y polémicas, pero coinciden con la erosión del supuesto moderno que, siguiendo a Foucault (2008), posicionó la representación como puerta de acceso a "la verdad".

Para Foucault (2008), es con la modernidad que el lenguaje adquiere la función de develación. El umbral del clasicismo a la modernidad es el que separa al lenguaje de la representación y, con ello, abre la posibilidad de asumir que este acceda al conocimiento de las cosas, a través de la diferenciación y la representación. El discurso despliega así las relaciones por las que conocemos y ordenamos la realidad, mientras el sujeto emerge vinculado al pensamiento del poder de la vida (desde el posicionamiento de la Biología), la fecundidad del trabajo (desde el posicionamiento de la Economía) y el lugar del espíritu histórico del lenguaje (desde la Lingüística). En la episteme clásica, las funciones de la naturaleza y la naturaleza humana se oponían, es decir, se adjudicaba a la naturaleza el hacer surgir la diferencia en el continuo ordenado de los seres y a la naturaleza humana el hacer aparecer "lo idéntico" en la cadena desordenada de las representaciones y esto lo hacía por medio de un juego de exposición de las imágenes (Foucault, 2008: 295, 300).

"...En la episteme clásica, las funciones de 'naturaleza' y de la 'naturaleza humana' se oponían de un cabo a otro: la naturaleza hacía surgir, por el juego de una yuxtaposición real y desordenada, la diferencia en el continuo ordenado de los seres; la naturaleza humana hacía aparecer lo idéntico en la cadena desordenada de las representaciones y lo hacía por medio de un juego de exposición de las imágenes. La una implica el enturbiamiento de una historia por la constitución de paisajes actuales; la otra implica la comparación de elementos inactuales que deshacen la trama de una sucesión cronológica. A pesar de esta oposición, o más bien, a través de ella, vemos dibujarse la relación positiva entre la naturaleza y la naturaleza humana. Juegan, en efecto, con elementos idénticos (lo mismo, lo continuo, la diferencia imperceptible, la sucesión sin ruptura); ambas hacen aparecer sobre una trama ininterrumpida la posibilidad de un análisis general que permite repartir identidades aislables y diferencias visibles según un espacio en cuadro y una sucesión ordenada. Pero ellas no llegan a esto la una sin la otra y es por ello por lo que se comunican. En efecto, por el poder que detenta de duplicarse (en la imaginación y el recuerdo, y la atención múltiple que compara), la cadena de las representaciones puede reencontrar, por debajo del desorden de la tierra, la capa sin ruptura de los seres; la memoria, en principio azarosa y entregada a los caprichos de las representaciones tal como éstas se ofrecen, se fija poco a poco en un cuadro general de todo lo que existe; entonces, el hombre puede hacer entrar al mundo en la soberanía de un discurso que tiene el poder de representar su representación [...] En el acto de nombrar, la naturaleza humana, como pliegue de la representación sobre sí misma, transforma la sucesión lineal de los pensamientos en un cuadro constante de seres parcialmente diferentes: el discurso en el que duplica sus representaciones y las manifiesta la liga a la naturaleza." (Foucault, 2008: 301).

El cambio que deviene con la modernidad se vincula precisamente a la defensa del principio de identidad, se trata del pensamiento de "lo mismo" y del momento en el que la naturaleza humana se apropia de la naturaleza, al convertirla en representación. La naturaleza así, se vuelve discurso, cuando el sujeto aparece en la escena con la soberanía de un discurso que tiene el poder de representar su representación, esto es, cuando el sujeto, a pesar de su historicidad [ya identificada], asume el poder de representarse y explicarse a sí mismo. En esto consistió, según Foucault, el surgimiento de las Ciencias Humanas (Foucault, 2008: 300-301).

El contexto recién descrito permite situar algunos de los supuestos heredados por el proyecto moderno, incluso en las críticas abiertas contra los supuestos epistémico- metodológicos implicados en este modo particular de vincular representación, lenguaje e imagen y verdad. El predicamento semántico como problema metodológico en Gabriel Abend (2008) es uno de estos ejemplos, así como la posición de Manuel Cuervo (2017) respecto a la dilucidación de las implicaciones políticas en el ejercicio discursivo de las Ciencias Sociales.

Para Abend (2008), la polisemia es un problema práctico que alude al predicamento semántico, esto es, a la multiplicidad de problemas epistémicos, económicos, sociales, institucionales y políticos derivados de la decisión enunciativa (Abend, 2008: 182). A través del análisis de la polisemia del término "teoría" y de sus múltiples connotaciones, Abend ejemplifica distintas funciones de la palabra que derivan en distintas formas de producción y legitimación de significado, y por tanto, de posicionamiento de saber. Se trata de un problema, sostiene el autor, que a pesar de que alude a marcos epistémicos y ontológicos debe resolverse por un principio de razón práctica (Abend, 2008: 174) que contemple las implicaciones políticas, económicas y sociales. Este giro, celebrado como practicidad en el texto, me parece, alude inevitablemente a un sentido

de funcionalidad e instrumentalidad de la disciplina. Ante la multiplicidad de respuestas a la pregunta: "¿Qué debe significar la teoría?", la respuesta inevitablemente se reconoce situada.

La exploración del costo político en el acto de nombrar también se hace presente en el texto de Cuervo (2017). Para este autor, en el empirismo inmediato existe una ceguera que no siempre cuestiona las implicaciones políticas del acto de nombrar. Todo decir involucra una serie de relaciones de poder que reproducen una definición normativa de lo político. La pregunta, entre otras, es: ¿qué hay de instituido en las formas de nombrar el fenómeno estudiado? En este sentido, la vigilancia epistemológica en la investigación es necesaria, así como reflexionar con mayor precisión, en sentido ontológico, cómo el poder produce eso que se presenta parcialmente consistente en nuestro objeto de estudio (Cuervo, 2017: 153).

¿Quién representa a quién en la investigación? ¿A través de qué mecanismos la investigación occidental se legitima en su producción de la alteridad? La idea del texto de Tuhiwai (2016) es colocar la necesidad de recuperar una historia alternativa a la historia de la investigación occidental, a través de "los ojos" de las personas colonizadas (Tuhiwai, 2016: 21). Y la alusión a "los ojos" no me parece una coincidencia cuando la ciencia occidental instituyó la primacía de la vista y de la epistemología visual a través del lugar que otorgó al acto de observar en el proceder científico. El lugar de posicionamiento de la mirada constitutiva, que a través del nombrar científico y su legitimación produjo las descripciones, formas y maneras de aquello que se clasificó como alteridad, es también un tema ampliamente discutido por las reflexiones metodológicas decoloniales.

El proceder crítico a la colonialidad, que el texto de Walsh (2007) identifica a través de la forma en que la racionalidad occidental se posiciona como racionalidad legítima que desplaza, enuncia y

clasifica otras racionalidades, aporta a cuestionar las bases que organizan y legitiman el proceder epistémico colonial de las Ciencias Sociales. Se trata de una reestructuración que problematiza la diferencia desde su vinculación con la subalternización, en la relación constituida entre Occidente, naturaleza, raza, ser y producción de saber.

La confianza en la descripción como herramienta de legitimidad del saber que se produce es también un tema discutido en algunos textos como el de Geoffrey Walford (2018) y Thomas Carter (2018), que se dedican a cuestionar las implicaciones epistémicas y ontológicas del ejercicio etnográfico. En este sentido, la propuesta de Walford (2018) de enfatizar la necesidad de incluir la perspectiva cuantitativa en el trabajo etnográfico, a fin de identificar patrones y mantener el componente de observación sistemática, resulta como ejemplo de la actitud epistémica que he ido nombrando: "Se debe proveer a los lectores con información sobre la naturaleza de los individuos del grupo que está siendo estudiado. El tamaño del grupo estudiado y la forma en que se relaciona con cualquier población mayor también debe proveerse, así como deben reconocerse las limitantes de muestras pequeñas, subrepresentadas" (Walford, 2018:11).

En esta cita, la reflexión de Walford sobre el papel de la representación parece acotarse a una discusión de muestreo y validación numérica, que resulta eco de una concepción positivista de la verdad y la ciencia. La forma en que me interesa plantear el lugar de la representación en este escrito escapa a dicha asociación. Representación y verdad, en los debates contemporáneos sobre el análisis sociocultural, al menos en los textos recuperados, se abre como un eje crucial de la problematización sobre el método, ahora vinculado al lugar desde el que se produce la mirada y la enunciación de cierta representación. Lo problematizado en cada uno de los textos compartidos no deja de apuntar al carácter político

de este ejercicio, pero también, siguiendo a Foucault, no deja de identificar diferencias regresando al ejercicio enunciativo devuelto sobre la esperanza, o la practicidad, de seguir produciendo una explicación a través de la representación (del lenguaje, de la imagen, de los deseos del método, de quienes son invisibilizados), sobre los horizontes que dan sentido al análisis histórico y sociocultural, a pesar de sus dificultades. La excepción, me parece, se mantiene, entre otras tantas, en el texto de Catherine Walsh (2017) que revisaremos más adelante, donde es precisamente la figura de la fisura y la grieta la que aparece como espacio de sustitución epistémica -del lugar colonial y moderno- de la representación.

Reconocer el lugar que la Geografía, la Cartografía y sus alcances epistémicos han tenido en la consolidación del proyecto moderno, es necesario. Sobre la relación entre expediciones, cartografía y constitución de verdad en la modernidad, Peter Sloterdijk (2004) sostiene:

"Cara a la mayor parte de la tierra todavía no transitada, no figurada, no descrita e inexplorada, esto significa que hubieron de inventarse medios y procedimientos para hacer una imagen total y en detalle de ella. La 'era de los descubrimientos' comprende, pues, la campaña llevada a cabo por los pioneros de la globalización terrestre con el fin de colocar imágenes en lugar de quimeras. Con tal motivo, todas las tomas de tierra, de mar, de mundo, comienzan con tomas de imágenes. Con cada una de estas imágenes, que los descubridores traen a casa, se niega la exterioridad de lo exterior y es reconducida a una medida satisfactoria o soportable." (Sloterdijk, 2004: 781).

La reflexión de Sloterdijk no es alejada a la de Foucault respecto al ejercicio de la representación. "La toma de imágenes", aquí descrita desde la actitud moderna y colonial de la exploración y el mapeo cartográfico, coincide, me parece con las

alusiones que debaten los problemas derivados de la falta de localidad y de un ejercicio de localización en contextos globalizados. En este sentido, el ejercicio del "anclaje empírico" en la investigación en Ciencias Sociales, me parece, emerge como un elemento que se instrumentaliza para resarcir semejante falta, desde los mecanismos modernos anteriores: el ejercicio de observación, diferenciación (clasificación) y comparación. No es coincidencia que al "anclaje empírico" también se le ubique como referente, como la serie de "observables" en la investigación.

El "anclaje" entonces pronunciado como marco interpretativo de saber en la modernidad, inicialmente asociado a imágenes, representaciones que asociaban cultura y territorio, pasa a la noción de "desanclaje" geográfico en el contexto globalizado, pero no por esto deja de mantener una relación con el ejercicio de "mapeo", heredado por la tradición científica vinculada a la constitución de verdad. Y ¿qué es lo que se mapea en un contexto globalizado como el que describe de migraciones constantes? Se mapean, en su caso, las movilidades, las formas en que se producen los procesos de pertenencia, pero se trata de nuevo de un ejercicio cartográfico de localización y de enunciación.

En *Turbulencia sobre la migración*, Nikos Papastergiadis (2000) discute las dificultades de pensar la globalización, poniendo énfasis en el rol que han jugado las metáforas empleadas como principios organizativos de la naturaleza sobre las influencias invisibles y los procesos indeterminados que se han adjudicado a los cambios devenidos por "la turbulencia de la migración" (Papastergiadis, 2000: 101). Imágenes conceptuales como la desterritorialización, han funcionado para hablar y pensar estos procesos, volviendo las preguntas hacia la organización de las identidades, por ejemplo, vinculadas a los territorios y problematizadas desde los flujos migratorios y los cambios en las relaciones imaginadas sobre la pertenencia a dichos territorios.

Siguiendo la reflexión de Papastergiadis (2000) sobre las dificultades para nombrar las identidades en marcos globalizados de enunciación desterritorializada, pero no deslocalizada, se trae pues a la presencia la necesidad de preguntarnos por todo aquello acotado en el lugar del no-ser y que precisamente remite a los procesos de diferenciación de los sujetos sobre sí mismos y otros, pero también a los marcos de producción de referencia desde el contexto explicativo de la ciencia social que adjudica su ser. En este sentido, las preguntas sobre los anclajes epistémicos y ontológicos que inciden en las formas de significación que legitimamos en diálogo con la alteridad, son sin duda interrogantes que se sitúan en el campo de lo político, insistiendo en la necesidad de imaginar alternativas, precisamente, epistémicas para volver sobre los horizontes de las reflexiones que proponemos. Como lo sostuve con anterioridad y no me parece de más reiterarlo, las críticas decoloniales que han trabajado en la localización geopolítica de la producción de la mirada constituyente y enunciativa del ser posicionan, sin duda, un reclamo que es necesario atender, sin descuidar la preeminencia y el carácter político que el ejercicio de localización sigue teniendo en nuestras reflexiones.

Crisis de la representación

En *Espacializando el feminismo*, Linda McDowell (1996), recupera la discusión entre espacio y lugar, vinculados a la crisis contemporánea de la representación como criterio legítimo de saber en Ciencias Sociales. El texto enfatiza la necesidad de discutir la localidad y posicionalidad de nuestras reflexiones. A través de un repaso por la complejidad de acotar lo que se entiende por un análisis del lugar y el espacio enmarcados en las críticas a la modernidad occidental, McDowell, discute las implicaciones contemporáneas de atender al conocimiento situado o localizado desde las múltiples escalas de diferenciación, coincidencia y

representación. A partir de un esfuerzo que procura la recuperación de un ejercicio político feminista capaz de construir a través de las diferencias, propone una serie de discusiones conceptuales que, epistémica y metodológicamente, retan las posibilidades de acotar los límites de aquello que pudiéramos imaginar como el espacio propio de una reflexión o de un sujet* localizade. Recuperamos entonces, brevemente, algunas de las problemáticas que ella identifica al referirse a la crisis de la representación.

"In these postmodern, post-positivist, self-reflexive times, when ideas about positionality, location, borders and margins are the hot words on the lips of every social and feminist theorist [...], it may seem curious to be writing about the need to spatialize feminism or feminist theory (there is also a larger doubt that perhaps comes with the terrain of geography -is this what we really do: 'spatialize' others theory - add that particular focus, that added extra, that turns something into geography? [...] In contemporary theoretical debates this use of locational terminology is largely metaphorical, referring to the displacement of androcentric, ethnocentric 'grand narratives' from centre stage to the margins as the voices of those multiple Others, subjugated peoples of the 'Third' World, women, people of colour, those peoples labelled as mad, bad and perverse reveal the particularity of the 'universal' claims of Western theorist. It is now widely argued that the location -the standpoint- of the theorist makes a difference to what is being claimed.

But this metaphorical displacement and dislocation is paralleled by and connected to a reshaping of the 'real' world as flows of capital and labour disrupt associations between nations, states and borders [...] At the end of the twentieth century the scale and magnitude of dislocation and movement is such that it is argued that we are entering a new era -a period of space-time compression in the words of the

geographer David Harvey (1989), of space-time distanciation according to sociologist Anthony Giddens (1990), or the replacement of a space of places with that of a space of flows according to urban theorist Manuel Castells (1989)..." (McDowell, 1996:28).

Para McDowell, la geografía ha sido importante para identificar los patrones que emergen de los procesos sociales y que, inevitablemente, están vinculados al desarrollo desigual de los mismos. Dependiendo de su posición social en la estructura, la gente se localiza de forma diferenciada en el espacio, con diferentes habilidades y situaciones por enfrentar. Este supuesto, sostiene la autora, es el que los geógrafos han adjudicado como efecto de diferenciación y de distancia. Y en este sentido, las preguntas sobre locación, dislocación, posición, espacialidad y relacionalidad o conectividad, se vuelven centrales en la aproximación (McDowell, 1996: 30). Se trata de la atención a las conexiones y los procesos vinculados a la multiplicidad de las escalas que interconectan lo global con lo local de formas diferenciadas, es decir, la importancia de atender a las formas de la glocalización y a las maneras en que la simultaneidad, sobreponiéndose al espacio y a la distancia, emerge con alusiones a los apegos al lugar, al espacio como flujo y al espacio como conjunto de lugares. En este sentido, McDowell propone la distinción entre el espacio como relación y el espacio como ubicación. Para profundizar en el debate, la autora recupera tres discusiones: a) La pregunta por la localización de la teoría, y b) la revisión de algunas consecuencias materiales de la globalización y la migración para la fijación de la identidad asociada al lugar, y c) los elementos para la construcción de una política feminista que traspase fronteras. En las tres discusiones, McDowell entenderá el espacio como metáfora y como el conjunto de relaciones materiales y sociales. En este contexto, quién está hablando y desde qué posición reclama su saber, así como las preguntas por la ubicación, el espacio, el

lugar, la identidad y la posición, resultan criterios cruciales para la investigación, desde su postura.

Las críticas a la centralidad del sujeto cartesiano reproduciendo la dicotomía sujeto-objeto, que incidió en metodologías modernas que posicionaron como legítimo el proceder de la ciencia y de las Ciencias Sociales en particular, siguiendo el texto, consolidó su fuerza con los aportes de Marx sobre el reconocimiento de los individuos a partir de sus circunstancias materiales, de Freud con el descubrimiento del inconsciente y las revisiones del deseo, la imaginación y la fantasía, vinculadas a las relaciones con los otros; con los aportes de Saussure posicionando al sujeto con un conjunto de reglas lingüísticas previas a este, de Foucault con el análisis de los individuos como productos del poder disciplinario que produce cuerpos dóciles; y por último, consolida su fuerza con el impacto del feminismo posicionando las políticas de identidad (McDowell, 1996: 33).

Así, el movimiento feminista posicionaría la crítica contra la centralidad del sujeto cartesiano desde el cuestionamiento de la división clásica entre espacio público y espacio privado, posicionando el lema de "lo personal es político"; también establecería esta crítica desde la apertura de nuevos espacios de la vida social como la familia, la sexualidad, el trabajo doméstico, la crianza y la división del trabajo en el hogar; mientras posicionaría la centralidad de la pregunta por la forma en que somos educad*s sujet*s al género, elemento que politizó la subjetivización, la identidad y los procesos de identificación, rompiendo con la categoría de "humanidad" como universal, para reemplazarla por la de la pregunta de la diferencia sexual en la identidad (McDowell, 1996:34). De este modo, los mecanismos universales derivados del principio de identidad moderno, insertado en concepciones como la del sujeto cartesiano y la humanidad, son ahora desplazados por la noción de la diferencia. "Geometrías de la diferencia" será el término

empleado por Donna Haraway para aludir al conocimiento situado y el conocimiento corporeizado, rompiendo la dicotomía cuerpo-mente. Siguiendo al texto, la consideración de las relaciones de diferencia respecto a la jerarquía dominante constituye el argumento central para defender el mapeo de las tensiones y resonancias corporeizadas en las experiencias situadas.

"This concept of embodiment as a node in a set of fields variously structured by sets of social relations ranging from the global to the most intimate scale seems to me to parallel the notion of place that is common in geographical work (Massey, 1992; Smith, 1993), while reminding geographers that questions of identity are not solely related to the smallest scale, to the body and the home or to the community, which is where too many geographers continue to place them. If we move towards a definition of both identity and place as a network of relations, unbounded and unstable, rather than fixed, we are able to challenge essentialist notions of place and being, and of local, face to face relations as somehow more 'authentic' - a common strand of both modern and some versions of postmodern theorizing." (McDowell, 1996: 38).

La perspectiva del embodiment o la corporeización, en este sentido, constituye también una ruptura con la concepción dualista y cartesiana, no sólo de mente y cuerpo, sino de las formas en que el conocimiento se conceptualizó como verdad a través de las figuras de sujeto y objeto, sujeto cognoscente y objeto cognoscible, a partir de las representaciones (que en Descartes se suponían racionales y liberadas de las concepciones "erróneas", sensibles, del cuerpo). Con la concepción de las experiencias vividas y los procesos de corporeización, la representación como figura conceptual asociada a los procesos mentales y racionales de simbolización se desestabiliza, abriendo el cuerpo y su sensibilidad como campo de conocimiento, como campo de fuerzas en que el poder y sus resistencias se hacen presentes y en que

los matices de su sensibilidad atienden también a configuraciones del habitar, que no necesariamente responden a un orden exclusivamente representacional. En tanto que la experiencia no se agota en una experiencia discursiva, representacional o textual del mundo, el posicionamiento del cuerpo en los debates por el saber y la localización de la producción subjetiva vinculada a este, se vuelven aspectos cada vez más necesarios al momento de analizar y situar los procesos culturales. El anclaje, pasa entonces a desplazarse, en cierta medida, de la representación a la experiencia vivida, procesual (no fijada) del cuerpo en constante devenir.

Y aquí es importante reconocer que la localización de estas diferencias y de estos procesos incidiendo en la producción de la multiplicidad de cuerpos y experiencias, aunque sostiene la crítica al proyecto moderno aún se debate entre las posibilidades de un quehacer cartográfico que ha modificado el punto de su atención, pero conserva elementos epistémico-metodológicos de la tradición que le antecede. De ahí que, para McDowell siguiendo a Moore (1996:37), la crisis política contemporánea esté vinculada a la crisis de la representación. Crisis que emerge a partir de la multiplicidad de las diferencias, del reconocimiento crítico del principio de identidad como razón instrumental, y de la intersección de fuerzas de homogeneidad y heterogeneidad deviniendo en una doble reconstrucción de las relaciones espaciales. Esta doble reconstrucción es la que Haraway adjudica a los geógrafos en la necesidad de vincular lo material y lo simbólico o lo metafórico en el análisis de las construcciones sociales y la significación del espacio, se trata de la conexión entre lo material y lo semiótico en las redes de conocimiento/poder que construyen nuestras vidas cotidianas (en McDowell, 1996:37).

La propuesta de la noción del análisis de lo "intermediario" ("in-betweenness") de McDowell (1996) recupera los debates que las consecuencias

materiales de la globalización y la migración también han tenido en la fijación de las identidades asociadas al lugar. Para ella, las ideas sobre la identidad, la subjetividad y la individualidad han sido reconsideradas a partir de estos flujos, rompiendo con otra dicotomía ilustrada como la de la división entre Occidente y "el resto", mientras la separación geográfica se ha cuestionado cuando grandes cantidades de personas de diferente "color", religión y nacionalidad (antes asociadas con la periferia, ahora) constituyen el imaginario de "Occidente". De este modo, las relaciones entre el lugar y las personas, el lugar y la identidad, están siendo cuestionadas en contextos cada vez más multiculturales (McDowell, 1996: 40).

Así pues, la complejidad discutida en la propuesta de Linda McDowell me parece particularmente sugerente, pues ante la multiplicación de las diferencias, de la crisis del sujeto occidental y la crisis de la representación asociada, la pregunta por las posibilidades políticas de una reflexión crítica y feminista del espacio y de las producciones de la desigualdad, complejiza en tonos epistémicos, metodológicos y discursivos la reflexión que he venido trazando. Pareciera que, en esta complejidad, los límites que antiguamente se imaginaban como términos de las tensiones políticas en disputa, ahora pasan a diversificarse en aproximaciones de escala, relacionalidad y diferencia. La propuesta del texto de McDowell posiciona la reflexión de un "tercer espacio" ["in between"] como medio para analizar la localidad y el posicionamiento, reconfigurados desde las concepciones contemporáneas que intentan escapar, en su teorización del espacio, de las reflexiones modernas sobre el mismo. La interconexión del localismo global (McDowell, 1996: 38), la noción de los ensamblajes y la hibridación incidiendo en el sentido del self, de las identificaciones colectivas o individuales, de las prácticas, los discursos, el embodiment y los procesos de subjetivación asociados a experiencias

vividas y situadas, compartidas e imaginadas, jugándose entre la multiplicidad de diferencias y los espacios de coincidencia colectiva, tejen la tensión de los límites y la negociación de la inconmensurabilidad de las diferencias (Bhabha en McDowell, 1996: 40). Y es justo en este tejido o negociación donde McDowell encuentra la posibilidad analítica que propone, siguiendo a Bhabha, como la reflexión de lo intermediario [*"in betweenness"*].

Discusiones sobre el espacio social, el poder y el género. Capitalismo y vida cotidiana

Con la instauración de la modernidad y el capitalismo como modelos globalizados asociados al progreso, las producciones del espacio y las teorizaciones al respecto se verán inevitablemente atravesadas. En la coyuntura entre modernidades y rupturas de la modernidad, representación y crisis de la representación, la lógica del capital en la vida cotidiana y la multiplicación de sus diferencias es recuperada como enclave de la problematización del espacio, donde poder, género, raza y clase social se disputan. Y aunque en las discusiones sobre la articulación entre espacio social, poder y género pudiera remitirse, no sólo a los textos aludidos en el seminario que ha provocado la reflexión de los últimos meses en este escrito, sumándose a otros referentes teóricos que aportan a la discusión, en el presente apartado recupero sólo algunas de las intuiciones que llamaron mi atención respecto a la vinculación entre el capital y la vida cotidiana, desde el esfuerzo crítico de autores como Henri Lefebvre (1993, 1972) y Michel De Certeau (1997), problematizando la vinculación del poder del capital en la producción del espacio, y de Gillian Rose (1993) situando el giro que representó el feminismo para la reconceptualización del espacio y la revisión del poder en el capitalismo. De esta forma, no sólo me interesa enfatizar la profunda relación entre modernidad, capitalismo y reflexiones específicas

sobre el espacio como anclaje, sino que también me interesa dialogar con quienes reconocieron el lugar del trabajo, el salario, la configuración del deseo, la clase social, la vida cotidiana y el género representando anclajes culturales específicos a través del espacio que, desde una atención crítica, se posicionaron también como anclajes específicos que reconocieron mecanismos culturales de producción de desigualdades, a través de la atención puesta a la multiplicidad de posibilidades y consecuencias materiales de habitar los espacios de forma diferenciada con relación al salario, el género y la raza. Se trata pues de una reflexión que vuelve su atención al trabajo, al espacio social, la desigualdad y la vida cotidiana.

En *La producción del espacio* (1993), Henri Lefebvre defiende la concepción del espacio social como un instrumento de análisis de la sociedad, donde la práctica espacial de una sociedad se descubre al descifrar su espacio. Cada sujeto se sitúa así en un espacio donde se reconoce. Y mientras la práctica espacial es vivida, antes que conceptualizada, el espacio social emerge como el proceso de producción del espacio de la sociedad y de la vida social. Es decir, producción del espacio y espacio producido se despliegan como aspectos inseparables entre sí. La práctica espacial de una sociedad produce su espacio, lo postula y lo supone en una interacción dialéctica, que se mantiene sujeta a un ejercicio de dominación y de apropiación. Las representaciones del espacio aportan a reflexionar sobre el espacio concebido y los espacios de *representación* se vinculan a un espacio vivido, a experiencias corporales vividas a través de *imágenes* y de símbolos que aluden al espacio dominado, "pasivamente experimentado". Existe así, una relación triádica entre lo *percibido*, lo *concebido* y lo *vivido*, entendida en términos espaciales como práctica del espacio, *representaciones del espacio* y *espacios de representación*. Estos tres momentos del espacio social implican la relación de un sujeto con su cuerpo y viceversa.

Para Lefebvre, una textura del espacio no da lugar sólo a actos sociales sino a una práctica espacial determinada, que es colectiva e individual. Las representaciones del espacio, las fuerzas productivas (naturaleza, trabajo y organización del trabajo), las relaciones de producción y la lucha de clases tienen así una influencia ideológica específica en la producción del espacio. Y en tanto que existe una producción, un proceso productivo del espacio, existe también un proceso histórico del mismo (Lefebvre, 1993: 115). Y la intuición del autor se concreta cuando en *La vida cotidiana en el mundo moderno* (Lefebvre, 1972) identifica el surgimiento del criticismo de la vida cotidiana, vinculado a la modernidad capitalista que instauró la valoración de relaciones específicas, entre las que destacó el lugar de la cientificidad vinculada a la reglamentación del espacio y su conceptualización, así como la relación con una verdad que deberá ser descubierta, mientras que el saber cotidiano se desprecia o se critica. Para Lefebvre, el tiempo libre, el trabajo y la vida privada, constituyen el sistema de una estructura global que es posible reconstruir históricamente (condición que es histórica, inestable y fluctuante), vinculada a individuos en el proceso específico de su desarrollo, es decir, en el momento preciso de su alienación y desalienación (Lefebvre, 1972: 40). La crítica de la vida cotidiana como un aspecto específico de la Sociología, puede atender a la forma en la que la vida profesional, la vida familiar y las actividades de recreación, en términos de la multiplicidad de sus interacciones, proponen lo que es vivir, lo que es estar, lo que es lo nuevo y lo positivo en una dinámica de necesidades y satisfacciones, que devienen de elementos negativos como la alienación. Lo que me parece relevante de forma particular, es la atención de Lefebvre en la configuración moderno-capitalista del deseo, asociado a la sensación del habitar, desde la falta o desde la satisfacción, innegablemente ligadas al trabajo, a la lógica de la producción, el consumo, el ocio y las experiencias del "[bien]estar" en la vida cotidiana.

Por otra parte, en la Introducción a *La invención de lo cotidiano* (1997), Michel De Certeau defiende la aproximación a un análisis de lo cotidiano como forma de atender la multiplicidad de apropiaciones culturales que emergen de los comportamientos y usos populares de disposiciones culturales dominantes. De este modo, el sentido sobre la presencia y circulación de una representación puede comprenderse sólo hasta atender la forma en que responde a una producción secundaria, es decir, desde la manipulación dispuesta por la práctica de las personas vinculadas a ella. Las tácticas del consumo cultural devienen pues en una politización de las prácticas cotidianas (De Certeau, 1997: XLIV).

De Certeau distingue así, prácticas cotidianas capitalizantes, que dominan el tiempo, y prácticas cotidianas no capitalizantes, que en oposición, no lo dominan. Es decir, estas últimas corresponden a lo que él llama "tácticas", cálculos o apropiaciones culturales que no disponen de lugares propios o de bases donde capitalizar sus ventajas, preparar sus expansiones y asegurar una independencia en relación con las circunstancias. Las tácticas presentan continuidades y permanencias (De Certeau: 1997: L).

Ante la producción generalizada de consumidores sujetos a la fabricación de producciones culturales, el texto recupera el uso que de ellos hacen individuos y grupos que, por investigaciones quizá, que les catalogan como tal, han sido señalados como "dominados, dominados, dominados". Para De Certeau, lo cotidiano se inventa con mil maneras (1997: XLII) y, en este sentido, el texto invita a volver críticamente sobre el lugar de la investigación de prácticas culturales, que ha sentado como base el papel de representaciones asociadas a lógicas cotidianas capitalizantes.

El papel social de la producción científica sobre la comprensión de las prácticas interesa en el sentido de que abre la posibilidad de volver a situarle en

marcos específicos de producción discursiva, de práctica significativa politizada y colonizante. La vigilancia epistémica y política de las formas en que hacemos investigación sigue siendo un reto, en términos de la disputa por el significado y las implicaciones derivadas de la institucionalización de saberes con costos sociales específicos. Tal es el caso, que en investigación apunta la revisión de Gillian Rose, en el sentido de las revisiones críticas que en sus interpretaciones no atendieron a las condiciones particulares de existencia y dilucidaciones sobre el mundo, vinculadas a las mujeres en contextos del capitalismo patriarcal.

En la identificación de las problematizaciones trazadas por la geografía feminista como aportes críticos a las categorías que pensaron el capitalismo desde revisiones geográficas masculinizadas, el trabajo de Gillian Rose (1993) nos invita a reconceptualizar las nociones sobre la producción y la reproducción en la división social del espacio. A través de *Antipode* de Hayford (1974), Rose defiende el argumento que propone analizar el hogar como unidad productiva, cuya labor es transformada en recursos como la preparación de alimentos, vestido y cobijo, asociados a una división social del trabajo en el que la reproducción juega un rol crucial, pero invisibilizado, en el sostenimiento del capitalismo.

La significación del hogar deviene, de acuerdo a Hayford, un espacio para la reproducción, para los cuidados de la familia, el soporte de aquellos que no puedan trabajar y el refugio en el que los trabajadores (validados y asociados al ámbito público) puedan recuperarse de la alienación implicada en sus tareas, de manera en que afectivamente sea imposible subvertir el régimen laboral impuesto. Esta dinámica implica una división del espacio privado y del público, marcada por una dinámica de género específica. Para Hayford, mientras la mujer se condena al aislamiento del espacio privado a través del rol ideológico con que se ha posicionado la dinámica de la casa y los cuidados

en este contexto, el hombre se asocia al espacio público. Y aunque esta división del espacio es precisamente ideológica, implica procesos con consecuencias materiales, económicas y simbólicas de desigualdad para las mujeres, al ser relacionadas a un trabajo que no es valorado como trabajo, en términos de salario. La reflexión de una geografía feminista para Rose, debiera entonces considerar la forma en que no sólo la producción, sino la reproducción y la dinámica entre ambas, responden a una organización social del trabajo a partir del género y a una organización de la desigualdad.

Los estudios que aportaron a una geografía feminista atendieron entonces, siguiendo a Rose, a examinar el trabajo reproductivo de las mujeres en las casas y la comunidad con la intención de enfatizar la importancia de la reproducción sujeta a la producción, y el impacto que este proceso tenía en la vida de las mujeres. Sin embargo, muchos de estos estudios posteriormente se verían también cuestionados por geógrafas feministas "de color" proponiendo una reflexión crítica respecto a la división entre espacio público y privado como un supuesto blanco que invisibilizaba la multiplicidad de formas de construcción del espacio privado, que en el caso de comunidades afroamericanas no siempre se acotaba al culto de los suburbios o el ámbito doméstico de las clases medias. Para muchos de estos casos, lo privado podía ser, por ejemplo, un espacio comunitario; sumado a una ética del arduo trabajo en la maternidad negra, que comúnmente incorporaba a otras madres de la comunidad en el ejercicio de maternar, volviendo al espacio privado, más que una carga, un verdadero recurso para las mujeres. La diferencia de clase social y condiciones en los ejemplos anteriores se anclaba también en la forma en que el Estado intervenía más las vidas de las mujeres de color, en comparación con las mujeres blancas de clase media, a través de las legislaciones del Estado de bienestar, los programas de esterilización y la constante vigilancia policial interviniendo en los medios para tener el derecho a una vida privada

(Rose, 1993: 126). La intersección entre género, raza y clase resultan pues categorías críticas y analíticas claves en el proceso de reproducción y producción de la vida, de las identidades, las implicaciones del espacio vivido y el trabajo en el marco capitalista.

Gillian Rose permite recordar la necesidad de analizar en términos de diferenciación, que contemple aproximaciones a los anclajes del capitalismo en el espacio social desde las experiencias desplazadas, como es el caso de la invisibilización de los hogares y la reproducción en la lógica del capital, el papel de las mujeres en el sostenimiento de esta economía y de la multiplicidad de desigualdades entre mujeres, dispuestas por criterios de clasificación instaurados en el complejo social, como el acceso a la vida digna, la visibilidad y la representación en disputa de mujeres de color, mujeres indígenas, mujeres lesbianas, mujeres trans, obreras y tantas otras, que no han tenido la posibilidad de posicionar aquí sus reflexiones sobre el espacio que habitan.

Discusiones sobre la temporalidad, el espacio y la experiencia vivida

A través de la recuperación de intuiciones analíticas devenidas de la revisión de una serie de estudios de caso dispuestos en el seminario que provoca este escrito, la disposición ahora es la de dedicarme a organizar algunas discusiones sobre la temporalidad y la experiencia vivida a partir de tres anclajes empíricos espaciales, que han sido recurrentes en las reflexiones sociales sobre el género, el poder y el espacio. Estos anclajes o referentes empíricos son: a) la ciudad, b) la casa, c) el cuerpo. La intención es la de identificar brevemente cómo es que las reflexiones asociadas a estos debates posicionan apuntes particulares sobre la necesidad de atender a múltiples configuraciones de la temporalidad y la espacialidad, mientras nos enfrentan a las dificultades de analizar la complejidad de la experiencia vivida en el límite con debates que, cada

vez más, incorporan o no los costos analíticos de la crisis de la representación.

a) La ciudad

Siguiendo a Michel Foucault (1994), a partir del Siglo XVIII la gubernamentalidad comienza a imaginar los medios por los que la racionalidad del gobierno debiera implementarse sin intervención directa. En este contexto, la producción del espacio juega un papel crucial. La implementación de un sistema de reglamentación en la conducta general de los individuos garantizó la producción de la ciudad como matriz de diseño reglamentario, a partir del cual se organizó el conjunto del Estado y el gobierno del territorio. El surgimiento de la idea de sociedad aparece con la idea de un gobierno administrando un territorio, un dominio y una realidad compleja e independiente, que implica al espacio como forma de vida comunitaria con sus propias leyes y mecanismos de reacción (acordes o no al orden implementado) (Foucault, 1984: 143). En el momento en que surge la política como arte de gobernar, emerge también la presencia del urbanismo en la producción de una racionalidad gubernamental. De este modo, ciudad, arquitectura, territorio, Estado, policía, reglamentación y gubernamentalidad, aparecen como elementos que responden al arte de gobernar, instituyendo una gama particular de relaciones y prácticas vinculadas a la administración del espacio social.

La distribución del espacio, el tiempo, los cuerpos y el ritmo de la vida cotidiana en la ciudad se organizó, a partir de la modernidad, vinculada al régimen de gubernamentalidad y el trabajo (reproductivo y productivo). Una serie de instituciones serían creadas a partir de entonces para asegurar la administración del espacio, los cuerpos y las subjetividades, a este vinculadas. Así, con la valoración difundida de los cuerpos asignados a la fábrica y a la casa, veríamos también aparecer la multiplicación de institutos psiquiátricos, hospitales,

orfanatos, asilos, escuelas, etc. La función normativa y pedagógica de estas instituciones produciría procesos de subjetivación específicos, y desde luego diferenciados, a partir de las particularidades que configurarían los paisajes de pertenencia de cada lugar y cada experiencia deviniendo en la ciudad.

En "Género y ciudad" (2005), Tovi Fenster reflexiona sobre la multiplicidad de dimensiones del sentido de pertenencia asociadas a la ciudad. A través de apuntes etnográficos, ella define la pertenencia como multidimensional (2005: 247) y desde la intención de analizar este proceso, acompaña el argumento reconociendo que para comprender la configuración de la pertenencia, es necesario atender a las sensaciones del espacio a partir de la corporalidad, la identidad, la vivencia de las apropiaciones íntimas y subjetivas del espacio, así como las asociaciones a experiencias pasadas, presentes y futuras en la configuración de la pertenencia, y las sensaciones del espacio cruzadas con elementos como la ciudadanía, la nacionalidad, el origen, la migración, etnia y género desde condiciones de privilegio o desigualdad, políticas de pertenencia y reconocimiento, y organización de espacios privados y públicos.

"El género constantemente se articula en distintas escalas, a través de legislaciones nacionales y del cambio de las circunstancias cotidianas, por lo que es necesario presentar distintas dimensiones de complejidad que posibiliten un análisis coherente. La ciudad es atravesada por el género, a través de múltiples acciones y experiencias de sus habitantes" (Beebejaun, 2016: 1).

Frente al uso diferenciado de la ciudad, Yasminah Beebejaun (2016) trata de posicionar el derecho de las mujeres a la ciudad y a la vida cotidiana, desde la multiplicidad de dimensiones en que el orden patriarcal de la ciudad y de la vida cotidiana se instala justo en las experiencias y las sensaciones de las mujeres sobre los espacios así organizados. Las alternativas, para ella, se sitúan en las prácticas

corporales cotidianas situadas en los espacios, respondiendo a micropolíticas y abriendo posibilidades de generar pertenencia con los espacios que no han sido necesariamente asignados para las mujeres. La apuesta analítica de esta autora trata de tomar los espacios y de atender a las formas en que justo estos espacios son recuperados como reclamo de derecho, desde las prácticas cotidianas de las mujeres y otros sujetos desplazados.

Para analizar la relación entre género y ciudad, el trabajo de Paula Soto Villagrán (2011) propone tres ejes, que también me parece importante reconocer, en tanto que dialogan directamente con la temporalidad y la crisis de la representación. Estos son: la ciudad pensada, la ciudad vivida y la ciudad imaginada.

En una reflexión afín, Tovi Fenster (2005: 253) aporta una serie de categorías analíticas para comprender la noción cotidiana de pertenencia. Para Fenster, la pertenencia toma forma de ciudadanía, práctica del caminar y memoria; así como también toma la forma del género como constitutivo de las relaciones de control y de poder, la forma del derecho al reconocimiento y de la relación entre pertenencia y planeación urbana.

El acceso a la igualdad de condiciones para transitar la ciudad, vincularnos con ella o desarrollar un sentido de pertenencia específico, como lo han resaltado Soto, Fenster y Beebejaun responde a lógicas patriarcales de gubernamentalidad, cuyo análisis sólo se complejiza más y más, conforme atendemos a la multiplicidad de dimensiones de la experiencia vivida del espacio, de la temporalidad y de la instalación de mecanismos que les regulan.

En este sentido y a través de un ejercicio autoetnográfico que reflexionó sobre los usos y la vinculación con el espacio, como una mujer trans, Petra Doan (2010) posiciona una crítica contra la

tiranía patriarcal del género, que reconoce constituyendo múltiples dimensiones del espacio social. Desde el análisis de su experiencia en distintos ámbitos públicos, casi-públicos (como la universidad), semi-privados (como los centros comerciales) y privados como el hogar, Doan reconoce la relación entre género, espacio y performatividad de género no-binario.

Posicionando la identidad como contingente, construida con relación a factores temporales de generación (edad) y horizontes histórico-culturales, que implican prácticas performativas específicas en los espacios, de forma crítica, Doan atiende a esta contingencia, señalando la necesidad de apuntar a las formas en que las expresiones de género no binarias retan las normas impuestas por el sistema de género dicotómico, que se mantiene organizando el espacio. La tiranía del género, en este contexto, es justo la opresión cotidiana y multidimensional de aquellas personas, cuyo comportamiento, presentación y expresión de género, reta fundamentalmente lo que la sociedad ha aceptado como categorías de género en espacios heteronormativos (Doan, 2010: 639). "El género importa -sostiene Doan- pero debido a su complejidad discursiva, la forma en que el género es performativo [performado] importa aún más." (2010: 648). Y en este sentido, aunque los aportes de la geografía feminista han profundizado en las críticas sobre las variaciones entre la permanencia de los espacios públicos y privados, no lo han hecho suficiente en la crítica de la naturaleza y las consecuencias de la permanencia de género. Las experiencias de las personas trans como variante de esta permanencia, desde el análisis de su experiencia, facilitan la pregunta sobre no sólo si la variante de género desestabiliza la estructura heteronormativa, sino cómo es que dicha performatividad pueden atenderse con mayor atención, con la intención de redefinir nuestra comprensión del género.

b) Los hogares

"The home is rich territory indeed for understanding the social and the spatial. It's just that we've barely begun to open the door and look inside." (Domosh, en Blunt, 2005:505).

El hogar ha sido el motivo de múltiples exploraciones de geógrafas feministas occidentales que anclaron en la reproducción y el hogar el análisis crítico a la reproducción espacial del poder. Sin embargo, valoraciones como las que recupera Alison Blunt (2005) complejizan de nuevo la aproximación moderna del espacio, que atender a la casa pudo significar. Siguiendo a Kay Anderson, Mona Domosh, Steve Pile y Nigel Thrift, editores del Manual para Geografía Cultural, Blunt especifica como ellos debaten el ámbito de la disciplina como una convergencia de compromisos politizados sobre el mundo, entre los que destacan, al menos, cinco concepciones de cultura reiterativas. Estas son: la cultura como distribución de las cosas, la cultura como forma de vida, la cultura como significado, la cultura como práctica y, la cultura como poder (Blunt, 2005: 506). La vivienda constituye para ellos una forma de pensar espacialmente la cultura. Y a partir de debates contemporáneos que posicionaron los aportes de teorías no-representacionales como la Teoría del Actor Red, el análisis de la vivienda ya considera la interacción de actores humanos y no-humanos implicados en la concepción del lugar y del paisaje.

A partir de lo anterior, y debido a que el texto de Blunt recupera un diálogo directo con las reflexiones que contribuyen a la crítica de la representación, desde la reconfiguración del hogar como unidad analítica vinculada a la residencia, la vivienda y el cohabitar, he elegido este único texto para dialogar con la reconfiguración de uno de los anclajes empíricos que representaron una de las unidades analíticas más recurrentes en la incorporación de la crítica de género al momento de reflexionar sobre el espacio y el poder: el hogar.

Así pues, en el caso de la residencia, la propuesta analítica se dirigió a una recuperación material de los detalles vinculados a la arquitectura doméstica y el diseño, así como a la cultura material de los objetos (disposición visual, uso y significados vinculados a ellos), y a la corporeización de la experiencia doméstica vinculada a estos factores (Blunt, 2005: 508). Para el caso del análisis de la vivienda, la propuesta explora las experiencias vividas, las relaciones sociales, el significado emocional de la vida doméstica, las políticas de la domesticidad, la intimidad y lo privado; las intersecciones de la casa, la identidad y la pertenencia, así como las geografías transnacionales del hogar (sus espacios materiales e imaginados) (Blunt, 2005: 510). Por último, la categoría de cohabitación ha sido analizada desde los entramados de cultura y naturaleza. Se trata de la cohabitación de lo humano y lo no-humano con relación a las filosofías y éticas de la domesticación, como en el espacio del jardín privado producido como alteridad por domesticar, por ejemplo (Blunt, 2005: 511).

El tema de la temporalidad en el caso de la vivienda se complejiza con la consideración de aspectos como la memoria, el significado vivido vinculado a la sensación del habitar, la nostalgia (en el caso de los hogares transnacionales) y la multiplicidad de flujos temporales vinculados al proceso de significación del hogar, ante preguntas como las siguientes: ¿Cómo se siente vivir aquí? ¿Qué significan estos objetos? ¿Cuáles fueron las decisiones que incidieron en el diseño del hogar? Pasado, presente y futuro, recuerdo, deseo, sensación, son sólo algunos de los elementos que imagino pudieran cruzarse en las experiencias vividas del espacio, que en proceso fluctuante inciden en la configuración de los sentidos.

c) Cuerpos y emociones

Linda McDowell (1993) es una de las autoras que posiciona la conceptualización del cuerpo como lugar, sosteniendo que los estudios sobre el cuerpo

han transformado la comprensión del espacio, al recuperar los atributos del cuerpo vinculados a la flexibilidad, la fluidez, la multiplicidad en las formas de presentación y de ocupación del espacio, la mutabilidad vinculada al lugar; así como la posición que ocupan los distintos cuerpos sujetos a discursividades hegemónicas, regímenes de poder y producción de corporeidades culturales específicas. Para ella, el mapeo de las corporeidades, se vuelve un ejercicio con potencial político, que no debería pasar inadvertido.

Desde un análisis otro, Paula Soto (2013) llama la atención a discutir el cruce entre emociones y vivencias de la ciudad, acotadas a las posibilidades de transitar, para ciertos cuerpos, espacios de la ciudad y temporalidades específicas. Las herramientas analíticas que me interesa recuperar de Soto desde la vinculación que hace entre cuerpo, espacio y emoción, corresponden a la disposición de atender, analíticamente la recuperación de paisajes emocionales de la ciudad, la recuperación de prácticas corporales de resistencia, de mapeos específicos de corporeización y reproducción de órdenes hegemónicos en los usos del espacio; la recuperación de la discusión sobre las implicaciones políticas del confinamiento territorial y de la agorafobia como experiencia del lugar, y la identificación de cronotopos genéricos, retomada de Teresa del Valle, para analizar la memoria del miedo encarnada en el cuerpo, como enclave temporal que se mantiene negociando la identidad (Del Valle en Soto, 2013: 212). Así resulta necesario volvernos hacia las experiencias sensoriales-existenciales-corporales-emocionales-reflexivas de habitar el espacio.

En el marco de las aproximaciones al cuerpo, me interesa recuperar también el trabajo de Martín Torres (2016) discutiendo, como Petra Doan (2010), la producción de corporeidades en contextos heteronormativos y la precarización de la vida de personas que no se ajustan a este régimen.

Siguiendo a Foucault, Butler y Preciado, Torres propone analizar la precarización desde tres espacios distintos, que son: la ciudad, la cárcel y el cuerpo. Y es importante destacar aquí que el cuerpo al que Torres se refiere es al cuerpo valorado como un cuerpo no normativo. Torres recuperará las nociones de producción discursiva binaria de la sexualidad, dispositivo de la heterosexualidad y prácticas vinculadas, cuerpos abyectos, régimen panóptico de vigilancia, castigo y presidio, para pensar el tema con Foucault; mientras recuperará de Butler el análisis de la organización de los cuerpos que importan frente a "los que no importan", y de Preciado la relación de contra-sexualidades y cuerpos parlantes, como aquellos que "en el marco del contrato contra-sexual, [...] se reconocen a sí mismos no como hombres o mujeres, sino como cuerpos parlantes, que reconocen a los otros como cuerpos parlantes. Se reconocen a sí mismos las posibilidades de acceder a todas las prácticas significantes, así como a todas las posiciones de enunciación, en tanto sujetos, que la historia ha determinado como masculinos, femeninos o perversos" (Preciado en Torres, 2016: 79).

Recapitulando, el desplazamiento de ciertos cuerpos en lógicas culturales capitalistas de producción, de patriarcado y heteronormatividad, no sólo apunta hacia la necesidad de pensar los mecanismos que producen estos cuerpos como otros, condicionando así, materialmente, los usos de los espacios a partir de los regímenes simbólicos, políticos y de género instaurados en estos, y las vivencias de la desigualdad. Las resistencias ante esta serie de mecanismos de organización diferenciada de lo social, invita a la reconsideración del anclaje como posibilidad de esbozar las temporalidades y vivencias específicas de quienes no gozan de los mismos privilegios respecto al tránsito, el reconocimiento, la seguridad y la vida digna.

Como lo hemos visto en este apartado y en el anterior, las reflexiones por la ciudad, el hogar, el

cuerpo y su afectividad, resultan clasificaciones que aportan a la identificación de temporalidades, recursos y vivencias marcadas de forma compleja en las subjetividades producidas respecto a la norma, la pertenencia y las luchas pendientes de todas las vivencias por la igualdad de condiciones en espacios como la ciudad y temporalidades como la noche.

El tema de la temporalidad también se ha desplegado en una serie de matices que analíticamente apuntan en distintas direcciones. Mientras la distinción entre la noche y el día pudiera recordarnos en el trabajo de Soto (2013), a la territorialización masculina o no en ciertas geografías, regresar al análisis de la vida cotidiana sujeta al ritmo de la producción y las dinámicas locales, o del cuerpo evocando en la vivencia el cruce de recuerdos, expectativas y sentires; son sólo algunos de los rasgos que articulan profundamente y en múltiples escalas, la relación anudada entre vivencia, espacio y tiempo. Con esto, me interesa pues recuperar, de aquí en adelante, la necesidad de atender a esta relación y a la pregunta sobre cómo hemos representado, situado, anclado la temporalidad, el espacio, la desigualdad y la vivencia en ejercicios cartográficos.

Cartografías representacionales y post-representacionales. Del cierre y la apertura

A través de la revisión aquí trazada, con algunas de las categorías sobre el espacio imaginado a partir de discusiones vinculadas a la ciudad, a los hogares y el cuerpo, como lugares que permiten articular el espacio con la cultura y sus reconfiguraciones constantes, hemos podido también ejemplificar cómo los efectos de la crisis de la representación en estos trabajos han multiplicado las formas en que se atiende a las unidades operacionales y los anclajes empíricos de las investigaciones emprendidas, incidiendo en la complejidad de las reflexiones sobre los sentidos vinculados a la imaginación analítica del espacio. Y desde luego, parecería que el trabajo de

tipología y clasificación, heredado de la tradición moderna y positivista sobre el quehacer de las ciencias, incluidas las Ciencias Sociales, Culturales y la Geografía, con sus relaciones específicas respecto a la verdad, las representaciones y "los anclajes" (en esta incansable insistencia de funcionar como "observables" y mediadores discursivos de la real), parecieran arrojarnos de golpe y con poca orientación, respecto a la complejidad de la categoría del espacio en constante disputa. Sin embargo, como lo hemos visto en los trabajos aludidos en los últimos apartados, los términos de la orientación sí se sitúan, si atendemos con detenimiento a la multiplicidad de los procesos que marcan la pauta de lo que se reconfigura, lo que se mantiene en tensión, lo que se enfatiza, lo que se descarta y lo que se olvida en los procesos de posicionamiento analítico sobre el espacio y las experiencias inevitables que nos permiten reflexionar sobre el mismo.

Con la inevitable evocación a Lorena Cabnal y a las reflexiones de mujeres de pueblos originarios latinoamericanos organizándose entre sí y en distintas colaboraciones, desde las opresiones que nombran y la multiplicidad de feminismos comunitarios que han apuntado a la articulación sobre el espacio a partir del cuerpo y el territorio, y la vinculación del cuerpo como territorio, me interesa dedicarme a recuperar algunas de las anotaciones que en *Mapeando el cuerpo-territorio* (2017), mujeres de la Colectiva Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, nos comparten.

"¿Quiénes somos?

Somos personas activistas, entusiastas, enérgicas, que creen en la transformación y el poder que tiene el pensar la vida en común. Nacimos en distintos países del mundo (Ecuador, México, España, Brasil, Uruguay) y nos encontramos en Quito [...] Nos ubicamos en el feminismo latinoamericano y caribeño como lugar de lucha, invención, creación,

transformación y pensamiento. Nuestras miradas tejen el vínculo entre los cuerpos diversos y los territorios.

Pensamos el cuerpo como nuestro primer territorio y al territorio lo reconocemos en nuestros cuerpos: cuando se violentan los lugares que habitamos se afectan nuestros cuerpos, cuando se afectan nuestros cuerpos, se violentan los lugares que habitamos. Estas enseñanzas nos las mostraron compañeras de muchas partes de Latinoamérica, sobre todo del mundo rural e indígena.

Queremos rescatar la sabiduría de las ancestas que pensaban que nuestros cuerpos estaban llenos de sensibilidad, pues dan vida y tienen memoria. A través de los sentidos nos conectamos con los territorios y oímos lo que nos cuenta el río, hablamos con las chacras, las milpas y reímos con los pájaros; es decir, los sentidos son los que nos conectan con los territorios.

No cabe duda que sobre el cuerpo queda impreso lo que ocurre en los territorios: la tristeza por la explotación, la angustia por la contaminación, pero también hay alegría en nuestro corazón por estar construyendo otros mundos pese a tanta violencia.

Nosotras intentamos tejer puentes entre el feminismo, el ecologismo, la naturaleza y los territorios que nos permitan mirar de manera más completa y más sensible el mundo. Queremos transformar nuestras vidas. Nos han ayudado las herramientas que aquí proponemos porque tratan de conectar la experiencia con las reflexiones y juntas buscar estrategias colectivas de resistencia.

¿Cómo nos miramos?

Vivimos en la ciudad y desde ahí nos miramos, nos pensamos, reproducimos nuestras vidas y es el lugar desde donde procuramos establecer puentes con otros territorios. Sabemos que somos diferentes y

que tenemos otras historias, estamos atentas y revisamos nuestros privilegios, pero también luchamos con nuestras opresiones. No queremos hablar por 'las otras' sino desde nuestras propias experiencias, pensamientos, rebeldías y lugares para desde ahí generar diálogos y entendernos con las otras. Somos diversas y por eso reconocemos y nos sumamos a otras luchas. Y aprendemos de ellas. Nos interrogamos cómo desde nuestros lugares urbanos podemos aportar a las resistencias de otros espacios y viceversa.

Queremos entender la potencia que tienen las conexiones entre lo urbano y los otros territorios. Consideramos importante tejer alianzas y establecer estrategias conjuntas para frenar la destrucción de nuestros territorios-cuerpos, de nuestro planeta, de nuestra Tierra." (Autoría colectiva: Colectiva Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, 2017)

La extensión al recordar estas palabras me ha parecido necesaria, después de dedicar la mayor parte de las páginas anteriores a reflexionar el análisis del espacio con discusiones y autores occidentales. Situación que recuerda lo inevitable de asumir la multiplicidad de sesgos dispuestos en este trabajo, a pesar de sus aportes.

Aún así y con el compromiso de reconocer los privilegios, desde la posibilidad de pensar en el contexto de una práctica discursiva académica que ha heredado las asociaciones de la científicidad y sus explicaciones legitimadas como verdad/saber, asociaciones que con insistencia reprocho desde un ánimo crítico a la colonialidad; con el compromiso también de mantener la disposición más abierta para reflexionar genuinamente con la palabra de cada colectivo y persona que se ha mencionado en este trabajo, y reconociendo que todavía es un trabajo pendiente el de diversificar las apreciaciones sobre los temas que aquí hemos venido compartiendo, por el momento, sólo propongo lo que hasta ahora he ido articulando, tejiendo, a partir de la información que respecto al espacio, el género y el poder, ha cruzado mi experiencia.

Y de este modo, lo que comparten las compañeras de la Colectiva Miradas críticas al territorio desde el feminismo, posiciona en la reflexión que hemos venido construyendo, entre otras cosas, varios criterios que no habían sido propuestos. Entre estos, destacan la atención al territorio, al colectivo, a la diferencia, a la representación de una misma sin intermediaries, a la revisión de los propios privilegios, a la relación entre las diferencias y la relación entre la ciudad y otros territorios; mientras hacen también referencia al lugar de la violencia, el cuerpo, los sentidos y el sentimiento. Todos me parecen elementos necesarios para reconocer en nuestras problematizaciones sobre la espacialidad.

Desde una posición muy distinta, más apegada a la figura académica de los investigadores como intermediarios (gesto que no implica menos responsabilidad política que la que implica, la de la sustitución de la voz de otre por la nuestra), Irene Vélez, Sandra Rátiva y Daniel Varela (2012) recuperan las posibilidades colaborativas de llevar a cabo un ejercicio cartográfico que se describe por ellos con la intención crítica de reivindicar, con los participantes, las formas colectivas de pensar el territorio.

A través de un análisis del territorio en tres comunidades del Cauca en Colombia, los autores comparten el empleo de metodologías cartográficas para recuperar las representaciones espaciales de la comunidad respecto al espacio habitado frente a las transformaciones del territorio, desde la llegada de los proyectos transnacionales de explotación. Así, la reflexividad sobre el espacio, dispuesta en diálogos comunitarios en los que los investigadores colaboraron, constituye para Vélez, Rátiva y Varela (2012) un ejercicio político de la comunidad representándose a sí misma, a través de la colectivización de su concepción del territorio, de la memoria que le constituye, la historia, la forma en que le imaginan a futuro (desde la voz de distintas generaciones), y las transformaciones de su devenir

a partir de la experiencia del despojo. En este contexto, la elaboración de mapas emerge como un pronunciamiento que funciona para la comunidad misma y para posicionar las otras formas de relación con el territorio, que no necesariamente responden a una lógica extractivista de su sentido y su administración.

En otro contexto y dialogando de nuevo con el Norte Global, Chris Perkins (2003) de la Universidad de Manchester, problematiza algunas de las discusiones propuestas a favor de la elaboración de cartografías y en contra de las mismas, desde el análisis crítico de los mecanismos de poder implicados en su práctica. Situando algunas de las complejidades identificadas a través de distintos trabajos, Perkins procura mediar entre ambas posiciones, que frecuentemente suelen ser posicionadas como radicalmente opuestas. Recuperando la discusión sobre las formas en que las transiciones tecnológicas en algunas geografías han incrementado la atención en el desarrollo de teoría científica sobre las formas en que la visualización y las cartografías funcionan, el texto posiciona cómo se ha argumentado que estos desarrollos ofrecen el potencial de un interés renovado en la representación espacial. Estos procesos implican, para Perkins (2003: 343), la necesidad de desarrollar teoría en estas áreas, con un aumento en la investigación sobre los tipos de interface que son apropiados para visualizar, analizar, presentar o explorar la gráfica espacial. Cómo teorizar sobre los tipos de usos de estas nuevas cartografías y su rol en la visualización de los "saberes descubiertos" (Perkins, 2003: 343) [La alusión a esta idea no ha sido la de señalar su tinte colonial]. Estas reflexiones, de acuerdo al autor, se contrastan con la multiplicidad de las formas en que los medios pueden utilizarse para visualizar la espacialización de los datos y explorar el potencial colaborativo de las aproximaciones en la toma de decisiones de la explicación visual.

En este sentido y siguiendo la recuperación de discusiones que Perkins comparte, la noción de los mapas como élite discursiva continúa recibiendo atención. Cuando el rol central de la cartografía representacional se vinculó a los proyectos imperialistas, el rol de los mapas también ha pasado a ocupar un lugar en la construcción de la nacionalidad y las comunidades imaginadas, sin mencionar su papel en las élites comerciales y militares. Ante estos mecanismos de poder, ejemplos como los de la Colectiva Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo (2017) y los trabajos de Vélez, Rátiva y Varela (2012), representan esfuerzos por establecer ejercicios críticos geopolíticos, a partir de cartografías representacionales.

Y recurriendo a discutir una aproximación más sobre las cartografías, Perkins recuerda cómo han surgido también posicionamientos como el de Gough (en Perkins, 2003: 345), prestando atención a las formas en que el mapeo puede ser teorizado como performance. Más que prestar atención en el proceso cartográfico como resultado, con implicaciones precisas sobre lo que representa, la propuesta aquí es la de enfatizar el proceso de su producción o mapeo. Así, "el mapa se convierte en parte de una historia a ser creada y enactuada, más que servir sencillamente como discurso para quienes tienen el poder. Se vuelve un imaginario subjetivo [vinculado a] la ambigüedad. Los usos de los mapas [de este tipo de] enfatizan las formas complejas y matizadas en que se ejecutan las relaciones de poder en las prácticas cartográficas" (Perkins, 2003: 345).

Sebastien Caquard de la Universidad de Concordia en Montreal y William Cartwright del Instituto Real de Tecnología de Melbourne en Australia (2014) discuten, por su parte, dos aproximaciones distintas al empleo de los mapas en la investigación. Por una parte, se trata de los proyectos que han utilizado las

cartografías para representar estructuras espacio-temporales de historias, emociones, asociaciones espaciales al dolor, la alegría, los sucesos históricos o ficcionales, desde referencias específicas al espacio. Estas historias pueden ser orales, escritas o audiovisuales. Y por otro lado, los autores identifican también las aproximaciones a los mapas como narrativas. Es decir, como Perkins lo aludía en el último argumento citado aquí, se trata de la importancia de revisar críticamente la cartografía en el marco de su producción. Desde la perspectiva de una cartografía post-representacional entonces, el mapa en sí es menos importante que el proceso de su construcción y de su utilización. El giro procesual de esta aproximación apuesta pues por una concepción no acabada del mapa, sino en constante devenir (Caquard y Cartwright, 2014: 104). En este sentido, tanto el mapa como la narrativa se insertan en un proceso que describe su contexto de aparición, su proceso de producción y los discursos asociados a este, en tanto despliega las agendas políticas y personales implicadas en su devenir (Caquard y Cartwright, 2014:105).

En el marco de las cartografías post-representacionales, las discusiones contemporáneas occidentales han prestado atención, como Linda McDowell (1996) ya lo señalaba en sus apuntes sobre la crisis de la representación, al lugar de la virtualidad y la conectividad en la reconfiguración de las aproximaciones al espacio.

Siguiendo a Rebecca Bishop (s/f) de la Universidad Depauw en Estados Unidos, la configuración del espacio a partir de la multiplicación de las tecnologías informáticas y biotecnológicas posiciona las concepciones de subjetividad multimodal y multi-presencial implicadas en el compromiso perceptual/corporal con los artefactos o dispositivos materiales de la tecnocultura contemporánea. A partir de una revisión de distintos ejemplos de las representaciones del sujeto

posthumano en la cultura popular, concretamente, en algunas de las producciones cinematográficas en el género de ciencia ficción del Siglo XXI, el texto de Bishop explora los imaginarios vinculados al cyborg, lo virtual, el ser-en-el-mundo y los avatars, para posicionar las narrativas de la multi-presencia. Para ella, mientras las concepciones teóricas del cyborg en pensadoras como Donna Haraway aluden a la emergencia de una figura ontológica, la representación del cyborg en el cine popular opera a partir de los binarios fundamentales, que epistémicamente la primera tradición intenta superar. De este modo, en películas de cineastas como Mostow, Wachowski o Cameron, el cyborg se representa como un híbrido entre el humano y la máquina, que opera como figura límite expuesta a las consecuencias caóticas de reunir lo humano con lo no-humano.

Los mundos virtuales y la figura del avatar, para Bishop, abren la oportunidad de aproximarnos a reflexionar sobre las diversas formas de comprometernos con el espacio y los objetos de nuevas maneras que permiten ocupar otros cuerpos, otras entidades, otras especies y otras sensaciones del habitar (Frank en Bishop: 10). En este sentido, el cine del Siglo XXI comienza a facilitar historias con nuevas formas de espacialidad (espacios multimodales de percepción, espacios de transiciones somáticas) y realidades ontológicas emergentes en las que los sujetos, física y perceptualmente, negocian su propio ser-en-el-mundo (Bishop, s/f:13)

Por otra parte, para Rosi Braidotti (2011) de la Universidad de Utrecht en Países Bajos, los cuerpos tecnológicos y cyborgs no sólo se presentan con una función metamórfica siendo humanizados, sino también siendo feminizados y neutralizados como figuras de la hibridación, la interconectividad y la mezcla. Y a través de la conectividad, una economía política más compleja se articula conectando a los cuerpos con las máquinas, ya no necesariamente en

la forma de las representaciones cinematográficas de la ciencia ficción a las que aludía Bishop, sino de formas cada vez más íntimas, a través de la simulación y la mutua modificación. Por esto, para Braidotti, el reto es el de re-localizar el cuerpo, tarea que queda pendiente en el proceder posthumanista.

En contextos de desarrollo tecnológico semejantes, se trata pues de revisar éticamente las transformaciones y, siguiendo a Braidotti, de transformar el deseo de estar conectados por el del orgullo de "ser carne/cuerpo"; no procurando escapar del cuerpo sino regresando a este, como primer anclaje. Entonces, ¿qué es lo que los cuerpos del género tienen que ver con "el borramiento del embodiment" y la subsecuente hibridación de la máquina y la inteligencia humana en la figura del cyborg? ¿Cuando el género es fracturado en partes funcionales y códigos moleculares, dónde se localiza el género? (Hayles en Braidotti: 63). En el capitalismo cognitivo, la sexualidad y la reproducción se transforman a favor de la reproducción asistida, los úteros artificiales y las máquinas-madre. Para Braidotti, en este contexto, el cuerpo de la mujer está fracturado como sitio privilegiado de reinscripción de lo natural, vinculado a su feminidad generativa; cuerpos que devienen sitio de inscripción de lo artificial, como flexibilidad de género tecnológica, mientras mantienen su función como proyección de fantasías y deseos. El cuerpo fragmentado implica así una multiplicación de las prácticas que lo regulan (control médico e intervenciones farmacéuticas, biopolíticas, por ejemplo), y ante esto, Braidotti propone la reflexión sobre el cuerpo como un sistema de registro viviente y circuito de información. El cuerpo no es sólo multi-funcional sino "multi-parlante" (multilingual): Habla a través de su temperatura, movimiento, velocidad, emociones, entusiasmo, elementos que afectan el ritmo cardíaco y otros procesos corporales. La existencia de distintas formas de "re-embodiment", pueden entonces surgir de forma co-extensiva con la sociedad tecnológica. Con Deleuze, Braidotti

apuesta por un embodiment dispuesto a devenir y a transformarse, sin la necesidad de un último propósito o finalidad (como sería el caso del transhumanismo, por ejemplo, que propone la modificación corporal con la finalidad de aumentar las funciones del cuerpo. Braidotti se posicionará críticamente ante posturas como esta).

Entonces, el espacio, en el marco de las discusiones cartográficas post-representacionales, vinculado a las nociones fragmentadas del cuerpo (fracturándose por discursos alusivos a su reflexión molecular o de información genética) en contextos reflexivos del Norte Global, abre justo la dificultad epistémica de esta herencia colonial sobre las formas de relocalizar el cuerpo, como lo ha señalado Braidotti. Y si es así, en las sociedades en que este tipo de tecnologías avanzadas organizan el ritmo desarrollista y cultural del capitalismo tardío¹, atender a las complejidades de determinar las formas del anclaje respecto a la distribución del poder también parece una tarea pendiente. Desde el contexto de reflexión posthumanista de un espacio que se imagina híbrido, disimulando la neutralización de las partes, ¿cuál es el lugar de la diferencia? ¿cuál es el espacio en el que podemos reconocer la economía que implica la administración desigual de las partes y no la neutralización de las mismas, en una incapacidad discursiva que parece ya incapaz de nombrarles? ¿Cómo se produce desde ahí el discurso sobre la diferencia y sobre las historias particulares y compartidas, atravesadas por estas dinámicas? Y entonces, ¿cómo continuar desde aquí? ¿cuál es la relación de estas economías con respecto a nuestros territorios y los espacios que habitamos?

En una discusión muy distinta, pero alusiva al espacio y el discurso narrativo que a este se vincula, Aurora Pimentel (s/f) de la Universidad Nacional Autónoma de México, a partir del análisis literario de una de las obras de Balzac y otra de Fernando del Paso, analiza las posibilidades de la configuración

¹Latinoamérica y México no se excluyen de participar, con grandes diferencias de grado, de las tendencias globales de discursos desarrollistas organizados por las implicaciones de este tipo de tecnologías, basta revisar las legislaciones respecto a información genética de todas las formas de vida en territorios mexicanos, por ejemplo, participando en bases de datos genéticas administradas por farmacéuticas y protocolos internacionales, en el marco de discursos sobre el patrimonio de la humanidad, para corroborar algunas de las repercusiones con impactos geopolíticos diferenciados, vinculadas al proyecto de desarrollos tecnológicos y redefinición de la vida por el Norte Global.

imaginativa del espacio desde la forma en que se habla de él. Y esto lo hace a partir del tránsito por espacios diegéticos (ejemplo: descripciones sobre la movilidad de un personaje por un espacio exterior, urbano, y otro interior, doméstico) y por espacios en los que se subvierten los modelos retórico-lingüísticos para dar una ilusión de espacio representado. Y como hemos estado pensándolo, a través de este texto, las dimensiones agrupadas en una configuración del espacio exterior o inferior podrían multiplicarse en una serie de escalas. Por ejemplo, Pimentel imagina una asociación entre el espacio doméstico y el espacio interior para hablar del discurso narrativo en Balzac, pero este "interior" desde otras interpretaciones, que todavía se mantuvieran modernas y dualistas en términos de la representación sujeto-objeto traslada a la reflexión por el espacio, podría anclarse en una narrativa que describa la experiencia sensorial o reflexiva del personaje sobre las formas de significar los ambientes y los objetos que constituyen situaciones concretas. Así pues, la complejidad sigue abierta. Lo que me parece muy interesante del texto de Pimentel es la forma en que ella reconoce un efecto de movimiento (entre lugares, percepciones y escalas de significación), dispuestas al concebir la experiencia y al configurar la narrativa sobre los anclajes (empíricos, observables, las referencias) de esa experiencia. La atención al movimiento y la descripción de ese movimiento, desde recursos de horizontalidad sobre el espacio físico (el personaje describiendo su experiencia, al caminar recorriendo una calle, por ejemplo), verticalidad (para continuar con el ejemplo, imaginemos a este personaje dirigiendo su atención al cielo y entonces, comenzando a describir todos los objetos y evocaciones que emergen desde esa sensibilidad y esa atención puesta hacia lo que existe "arriba" de su cuerpo mientras camina) y, finalmente, recursos de prospectiva y profundidad, atendiendo a anticipaciones de la experiencia del espacio y dimensionalidad. El texto de Pimentel, así es que nos enfrenta al lugar de la discursividad, la imaginación y

la percepción en el reconocimiento de la multiplicidad de posiciones que bien podrían configurar, como propuesta analítica sobre el espacio, recorridos específicos imaginados por las posicionalidades situadas como reconfiguración constante de campos topográficos.

Al revisar el texto sobre El Palinuro de México de Fernando del Paso (en Pimentel, s/f), subvirtiendo abiertamente la ilusión referencial, no pude evitar recordar los efectos socializados por los registros audiovisuales contemporáneos, donde la función de zoom de las cámaras de video ha modificado las formas de registrar las tomas fijas en cine sobre los espacios, a través por ejemplo de los planos-secuencia, donde es justo a través del tránsito que el espacio se reconfigura en movimiento abriendo una experiencia distinta para el análisis de los ambientes y la infinidad de formas sobre el habitar.

Para Vanessa Vargas (2018), venezolana radicando en Brooklyn, coreógrafa e investigadora de temas relativos al cuerpo y su liminalidad, la corpo-realidad se articula con el movimiento y, por lo tanto, con la coreo-grafía.

"Pensar en la movilidad parece estar inevitablemente relacionado con la noción de superficie; es decir, la configuración de un área designada, una referencia específica a una cierta representación de un territorio, o una coordenada geopolítica y, por tanto, de una manera, no natural, totalmente representacional que define el movimiento. Por eso es importante considerar conceptos como la movilización y la migración, y cómo la experiencia de nuestra relación Estado-Nación transforma la corporeidad, incluso nuestra consideración del cuerpo sobre un paisaje designado. Precisamente en estos casos -los que implican representación y subjetivación- en los que nuestra comprensión común del cuerpo se hace insuficiente [...] ¿Cómo podemos bailar y actuar, fuera de la relación Estado-Nación, creando un camino, una ruta, una frase de

movimiento alternativo, basado en prácticas colaborativas y procesos creativos? Considero que tales aproximaciones al cuerpo, permiten diferentes enfoques no sólo a la práctica artística, sino también a nuestra configuración política mediante la formación de nuevas relaciones, que en palabras de Jaques Rancière se traducen en 'una redistribución de lo sensible', no solo a través de la emancipación del régimen representativo del arte [en este caso], sino también fuera de las consideraciones formales que se tienen con relación a la idea de cartografía, de superficie, de límites. ¿Cómo podría el movimiento tener la potencialidad de transformar nuestras nociones de representación política, soberanía y cartografía, para permitir que -lo no representado- se vea en un marco no totalitario?" (Vanessa Vargas, 2018).

De nuevo, me parece que la discusión por la diferencia, crítica a los universales, y la apuesta por otros marcos colaborativos y colectivos de representación de lo sensible se hacen presentes, volviendo nuestra atención hacia el ejercicio crítico que pudiera extenderse e implementarse en las tradiciones aprendidas, vinculadas a la reflexividad académica, donde el trabajo de asociación y producción discursiva suele ser un ejercicio arbitrario y solitario de imaginación, desde el contexto que le enmarca, produciéndolo, y privilegiándolo como "saber".

Sin duda, las discusiones abordadas hasta el momento se muestran como un tejido, forzosamente arbitrario y sesgado, que emerge del cruce de información (tan propio), marcado por reflexiones que han impactado mi propia imaginación, instalándose en las formas de incidir en esta aproximación al espacio. El esfuerzo ha sido el de complejizar, precisamente, las formas socializadas, académicamente, de situarnos al respecto. Anotación incómoda pero inevitable. Como se ha discutido, esto se ha gestado en el peso profundo de un proceder académico cargado de colonialismo en

las formas de atender las posiciones que crea, asume y reconoce, incidiendo así en dinámicas de producción de la alteridad y la desigualdad desde un proceder epistémico y discursivo que no termina de ser profundamente problemático. En este escenario, he intentado aportar al ejercicio de identificar anclajes (referentes) aludidos y posiciones discutidas, tomando como eje la elaboración reflexiva, crítica y representacional sobre el espacio; esto, sin dejar de lado el contexto privilegiado, académico, desde el que estas preguntas emergen y se socializan.

La reflexión por el espacio entonces, después de lo que se ha discutido en este texto, podría abrirse a ser revisada desde la forma en que se sitúa construyendo espacios de dilucidación específicos, que le posicionan con implicaciones geopolíticas particulares y epistémicas, que inevitablemente le enmarcan respecto a regímenes de adscripción identitaria, género, heteronormatividad, clase social, etnicidad, condición legal y colonialismo, en todas las dimensiones derivadas que aluden a los procesos de discursividad, saber-poder, subalternización y privilegio. Me parece importante que, ante estas implicaciones, el trabajo de investigación sitúe sus dimensiones mientras las problematiza, articulándolas con la revisión crítica de los criterios narrativos, procesuales y relacionales que se disputan la significación por el espacio o la institución de cualquier otro argumento que encuentre el mecanismo de su legitimación en el texto académico.

Si los anclajes empíricos espaciales siguen siendo prácticas epistémicas, instrumentalizadas para incidir en lo real pero también para defender la multiplicidad de lo real, desde la diversidad de posicionamientos situados, ¿cuáles son las limitantes y posibilidades de seguir apostando la redefinición de lo político desde un ejercicio cartográfico?

¿Qué aprendemos de las experiencias que, emergiendo de forma situada, otra o contrahegemónica, posicionan configuraciones alternas del espacio, del tiempo, que no necesariamente pasan por las discusiones de la modernidad como marcador temporal; incluso a pesar de los efectos que el progreso, el patriarcado, la colonialidad y, en general, el desarrollismo, han podido o no tener en la configuración espacio-temporal experimentada desde vivencias tan diversificadas? Y desde estas experiencias, ¿qué es lo que aprendemos del espacio?

Ante la complejidad de las tensiones que intervienen en la configuración del espacio y sus anclajes, siguiendo a Itziar Gandarias (2014), se trata de atender no sólo el qué investigamos, sino el cómo lo hacemos (Rossana Hertz en Gandarias, 2014: 292). De ahí que las palabras de Catherine Walsh en *Grietas, gritos y siembras de vida* (2017), resuenen en los gestos que hacen surgir este texto.

"Mi apuesta -personal, colectiva y en este libro- es desaprender a pensar desde el universo de la totalidad y aprender a pensar y actuar en sus afueras, fisuras y grietas, donde moran, brotan y crecen los modos-otros, las esperanzas pequeñas. Las grietas se han convertido en parte de mi localización y mi lugar. Son parte integral de cómo y dónde me posiciono política, epistémica, ética y estratégicamente. Son parte integral también de las transgresiones, indisciplinamientos, rupturas y desplazamientos que me obligan a mirarme críticamente, a aprender a desaprender para reaprender a pensar, actuar, sentir y caminar decolonialmente, a nivel individual y en colectividad. Así son constitutivos de cómo concibo, construyo y asumo mi praxis." (Walsh, 2017: 14).

Bibliografía

- Abend, G. (2008). "The meaning of 'Theory'", *Sociological Theory*, 26(2), pp.173-199
- Agee, J. (2009). "Developing qualitative research questions: a reflective process", *International Journal of Qualitative Studies in Education*, Jul-Ago, 22:4, pp. 431-447
- Beebeejaun, Yasminah. 2016. "Gender, urban space, and the right to everyday life", *Journal of Urban Affairs*, Vol. 39, núm. 3, pp. 323-334.
- Blunt, A. (2004). "Cultural geographies of the home", *Cultural geographies*, 11:3-16.
- Braidotti, R. (2011). "Meta(l)morphoses. Women, Aliens and Machines", en: *Nomadic Theory*, R. Braidotti. New York: Columbia University Press
- Caquard, S. y W. Cartwright. (2014). "Narrative Cartography: From Mapping Stories to the Narrative of Maps and Mapping", *The Cartographic Journal*, 51:2, 101-106, <https://doi.org/10.1179/0008704114Z.000000000130>
- Certeau, M. (1997). Introducción, en: *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*, M. Certeau, México: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Colectiva Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo. (2017). *Mapeando el cuerpo-territorio. Guía metodológica para mujeres que defienden sus territorios*, Quito: Miradas críticas del territorio desde el feminismo, Clacso.
- Cuervo S. (2017). "Plasticidad ontológica y construcción del objeto de estudio. Una propuesta para revisar críticamente la politicidad que habita nuestras investigaciones", *RevIISE*, 9:9, pp. 147-155.
- Doan, P. (2010). "The tyranny of gendered spaces. Reflections from beyond the gender dichotomy", *Gender, Place and Culture*, Vol. 17, Núm. 5, pp. 635-654.
- Fenster, T. (2005). "Gender and the city: The Different formations of belonging", en *A Companion to Feminist Geography*, L. Nelson y S. Seager (eds.), Australia: Blackwell Publishing.
- Foucault, M. (1984). "Space, knowledge and power", en *The Foucault Reader*, Paul Rabinow (ed.), Nueva York: Pantheon Books.
- Foucault, M. (2008). *Las palabras y las cosas*, México: Siglo XXI Editores.
- Gandarias, I. (2014). "Habitar las incomodidades en investigaciones feministas y activistas desde una práctica reflexiva", *Athenea Digital*, 14(4), Diciembre de 2014, pp. 284-304.
- Lefebvre, H. (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Ed. Alianza.
- Lefebvre, H. (1993). "Plan of the present work", en *The production of space*. Oxford y Cambridge: Blackwell.

- McDowell, L. (1996). "Spatializing feminism. Geographical perspectives", *BodySpace. Destabilizing geographies of gender and sexuality*, Nancy Duncan (ed.) Londres y Nueva York: Routledge.
- McDowell, L. (1993). "In and out of place. Bodies and embodiment", *Gender, identity and place. Understanding Feminist Geographies*, Minneapolis: Minnesota University Press.
- Papastergiadis, N. (2000). *The turbulence of Migration. Globalization, Deterritorialization and Hybridity*, Estados Unidos: Polity Press, pp.100-118.
- Perkins, C. (2003). "Cartography: mapping theory", *Progress in Human Geography* 27, 3, University of Manchester, pp. 341-351.
- Pimentel, A. (s/f). *El espacio en el discurso narrativo: Modos de proyección y significación*
- Rose, G. (1993). "Spatial divisions and other spaces: production, reproduction and beyond", *Feminism and Geography. The limits of Geographical Knowledge*, Minneapolis: Minnesota University Press.
- Sloterdijk, P. (2004). *Esferas II (Globos), Macrosferología*, Traducción de Isidoro Reguera, Madrid: Ediciones Siruela.
- Soto, P. (2011). "La ciudad pensada, la ciudad vivida, la ciudad imaginada. Reflexiones teóricas y empíricas", *La Ventana*, Núm. 34, pp.
- Soto, P. (2013). "Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: Discursos y prácticas sobre la corporeidad y las emociones", en *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales*. Miguel Ángel Aguilar y Paula Soto (coords.), M. Á. Porrúa/UAM-Iztapalapa, pp. 280.
- Torres, M. (2016). *Corporalidades transgresoras en espacios heteronormativos*. *Revista de Geografía Espacios*, Vol. 6, no. 12, pp. 71-81.
- Tuhiwai Smith, L. (2016). "Introducción", *A descolonizar las metodologías. Investigación y pueblos indígenas*, Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Vargas, V. (2018). "De la cartografía a la coreografía: Un cambio en el panorama de la movilización global", *Revuelo*, <http://espaciorevuelo.cl/web/1716-2/> Versión consultada el 16 de diciembre de 2020.
- Vélez, I, S. Rátiva, y D. Varela. (2012). "Cartografía social como metodología participativa y colaborativa de investigación en el territorio afrodescendiente de la cuenca del río Cauca", *Revista Colombiana de Geografía, Cuadernos de Geografía*, Vol. 21, núm. 2, julio-diciembre de 2012, Bogotá, pp. 59-73.
- Walford, G. (2018). "Ethnography is not qualitative", *Ethnography and Education*, pp. 1-14.
- Walsh, C. (2007). "¿Son posibles unas ciencias sociales/culturales otras? Reflexiones en torno a las epistemologías decoloniales", *Nómadas*, Universidad Central, abril, Núm. 26
- Walsh, C. (2017). "Gritos, grietas y siembras de vida. Entretejerer de lo pedagógico y lo decolonial", en Walsh, C., *Pedagogías decoloniales: prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir*, Quito: Ediciones Abya-Yala.

ESPACIO SOCIAL Y VIDA COTIDIANA DE ORGANIZACIONES DE MIGRANTES DE RETORNO DE LA GENERACIÓN 1.5 EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Arturo Montoya Hernández

Introducción

El presente documento analiza, a partir de la propuesta teórica de Henri Lefebvre, la dimensión espacial y la vida cotidiana de los movimientos sociales migrantes. En un primer momento, se revisará el contexto en el que el trabajo de Lefebvre toma lugar al respecto del giro espacial, que le permite revisar de manera crítica el materialismo dialéctico de Marx y Engels. En segundo lugar, se definirán los conceptos de espacio y vida cotidiana, siguiendo los planteamientos del autor. En un tercer momento, se presentarán algunas de las propuestas, que, desde la geografía feminista, complementan la reflexión social sobre el espacio. Después de este planteamiento teórico, se revisarán algunos aspectos sobre la migración de retorno, la generación 1.5 de migrantes, y la importancia de la Ciudad de México como lugar de retorno. Por último, se llevará a cabo una aproximación al contexto espacial y las escalas en las que se lleva a cabo el trabajo de las organizaciones formadas por migrantes deportados y retornados de Estados Unidos a México, pertenecientes a la llamada generación 1.5.

Henri Lefebvre y el giro espacial

La reflexión sobre el espacio y la vida cotidiana en las ciencias sociales y humanidades, ha tomado impulso a partir del llamado giro espacial (Soja, 1989, pp 10-11) que define el tránsito teórico y metodológico desde el historicismo formulado en el siglo XIX, y dominante como eje analítico en buena parte de las ciencias sociales del siglo XX, hacia una concepción amplia de la importancia del espacio como

complemento de la duración y la temporalidad, en cuanto variables privilegiadas del análisis social. El giro espacial está vinculado a la formulación de una imaginación sociológica geográfica, capaz de generar nuevos planteamientos de investigación, y de organizar una racionalidad espacial atenta a nuevos fenómenos. El tránsito crítico de una racionalidad histórica, hacia una concepción amplia de la importancia del espacio, defendida por autores como Foucault y David Harvey, ha tomado forma en enfoques de trabajo como la geografía humana y la teoría social crítica, las cuales recuperan el posicionamiento de formaciones discursivas como la geografía marxista y el feminismo (McDowell, 1996).

Uno de los autores considerado precursor de las transformaciones teóricas y metodológicas, que han permitido la valoración del espacio en las ciencias sociales, es Henri Lefebvre, autor asociado al marxismo francés, cuyo trabajo incorpora la reflexión sobre el espacio al materialismo dialéctico. De acuerdo con Soja (1989, p. 46), los motivos originales de la exclusión de la dimensión espacial en las lecturas ortodoxas del marxismo, se encuentran en que la crítica de Engels y Marx al idealismo hegeliano, fue interpretada también como una crítica a la figura del Estado, en cuanto territorialidad específica que servía de vehículo espacial al desarrollo y culminación histórica del espíritu absoluto. En ese sentido, el espacio fue leído como un fetiche, que pretendía determinar los procesos históricos, a través de una mezcla ideológica de comunalismo local, regionalismo, nacionalismo cultural y Estado, la cual omitía del modelo explicativo la materialidad de los procesos productivos, las condiciones materiales y las fuerzas de producción.

En contraposición, la postura de Lefebvre, lejos de enmarcarse en la lectura ortodoxa dominante, retoma como parte de su dinámica interna, la teoría política hegeliana del Estado-nación, el

materialismo dialéctico y la economía política marxista, y el método genealógico de Nietzsche, atento a lo vivido y a las potencias intempestivas de la voluntad (Lefebvre, 2007). Esta combinación de perspectivas filosóficas modernas, le permite a Lefebvre argumentar en favor de un marxismo flexible, ecléctico y abierto, con el cual combina dialécticamente elementos tenidos por contradictorios en las lecturas tradicionales: conciencia y vida material, estructura y superestructura, objetividad y subjetividad, existencialismo fenomenológico y estructuralismo althusseriano (Soja, 1989, p. 48). En consecuencia, el planteamiento heterodoxo lefebvriano encuentra expresión en la relación de dos dimensiones que se desplazan en el entremedio de la dinámica dialéctica: *producción del espacio y vida cotidiana*.

Espacio y vida cotidiana

El interés por reflexionar sobre el espacio y la vida cotidiana, surge en el trabajo de Lefebvre a partir de las impresiones que causaron en él los proyectos de planeación espacial dirigidos por el Estado mediante la Délégation à l'Aménagement du Territoire et à l'Action Régionale (DATAR), los cuales promovieron cambios en la espacialidad y vida cotidiana de algunas zonas rurales de Francia (Lefebvre, 1975, citado en Soja, 1989, p. 49). De este modo, se hizo patente para el autor, la importancia del espacio y su modulación en la definición de dinámicas sociales, capaces de incidir en los procesos de producción, reproducción y consumo. Como parte de esta reflexión, Lefebvre define la operación de la sociedad contemporánea como una sociedad burocrática de consumo dirigido, en la que el Estado capitalista instrumentaliza un modelo de planificación espacial, el cual genera un espacio social específico del capitalismo, y administra las prácticas de la vida cotidiana que tienen lugar en él (Soja, 1989, p. 49).

En consecuencia, la reflexión sobre el espacio de Lefebvre, se centra en el proceso de producción de

un espacio social, el cual es rastreado en la reflexión marxista sobre la división original entre trabajo material y trabajo intelectual, a partir de la cual surge la división del trabajo y el tiempo libre, la propiedad privada, la división sexual en roles de género, y la organización del espacio en áreas productivas y de esparcimiento (Marx y Engels, 1979, pp. 47-50). Esto implica, no solo que la producción y el consumo, la diversión y el trabajo, quedan divididas desigualmente entre distintos individuos y estratos sociales, sino que el acceso a espacios de vida dignos y a la participación en el espacio público, también se distribuyen asimétricamente. Esto se hace visible en procesos como la relación dialéctica entre el espacio urbano y el espacio rural, y en los espacios de vida de la clase obrera en las ciudades, cuya frugalidad dirigida a sostener con el mínimo indispensable la reproducción de su vida, contrasta con la acumulación y la riqueza de los estratos hegemónicos (Lefebvre, 2014).

El proceso de *producción* es entendido por Lefebvre (2014, p 29) como una producción de cosas, ideas, conciencia y conocimientos, que sirven de mediaciones para la satisfacción de necesidades materiales, y a partir de las cuales se producen nuevas necesidades. Así mismo, se trata del fundamento de una *praxis*, que reproduce el mundo y lo transforma, y de una ética, que transforma y produce al ser humano mismo, a través de las *relaciones sociales de producción* que surgen de la producción de la realidad material a la cual reproducen². Es en este sentido que la *producción del espacio* se liga a procesos económicos, sociales, políticos y culturales, en los que la producción de una materialidad concreta se ve acompañada de conocimientos y producciones lingüísticas que organizan un código, a partir del cual se determina cierta experiencia de la sociedad y el espacio, y se establecen *representaciones simbólicas* (Lefebvre, 1991, pp. 16-18). Estos códigos y representaciones, abren el espacio social como una entidad en disputa, con coloraciones y cualidades particulares,

²De acuerdo con Lefebvre (1991, p. 32), el capitalismo interrelaciona tres niveles de reproducción: 1) la reproducción biológica mediada por la familia, 2) la reproducción de la fuerza de trabajo, a través de la reproducción de la mano de obra, y 3) la reproducción de las relaciones sociales de producción.

que la distinguen del *espacio mental* de la filosofía cartesiana-moderna y las matemáticas, y del *espacio físico* de la experiencia práctico-sensible y las ciencias naturales.

El espacio social producido, es así mismo, resultado de las transformaciones dialécticas que ligan las condiciones materiales con los elementos superestructurales de la sociedad, a la manera de lo que Bergesen (1993) ha interpretado como una *dirección semiótica del marxismo*, atenta a la codeterminación de los aspectos estructurales y superestructurales de la realidad social. En Lefebvre (1991, p. 33) la comunicación entre estas dimensiones se da través de una triada, que permite dar cuenta del proceso de producción continua del espacio social: la práctica espacial, ligada a la producción y reproducción del espacio, la representación del espacio, conformada por los códigos, signos y conocimiento esquemático ligado a la producción del espacio, y el espacio representacional, comprendido por las imágenes y símbolos de la experiencia vivida. Esta triada pone en contacto la base material del espacio, con las ideas y representaciones que las configuraciones espaciales hacen posible.

Al respecto del a *vida cotidiana*, esta es entendida como parte de un proceso de *repetición y transformación* que organiza la práctica y experiencia en las sociedades. Esto implica una cierta manera de ocupar el espacio (los aspectos objetivos y subjetivos que lo producen), una temporalidad social marcada por ciclos y transformaciones (en las que momentos excepcionales como la fiesta tienen especial relevancia), una pluralidad de sentidos dependientes de los puntos de vista desde los que se vive la experiencia, un sistema simbólico que permite representar con imágenes y palabras las experiencias de lo cotidiano, y un conjunto de prácticas sociales, entre las que se encuentran la praxis creadora y reproductora (Lindon, 2004). La

vida cotidiana se vincula a la organización del espacio, participando de su producción y resultando determinada en el proceso. Es por eso que la transformación de las relaciones sociales, implica, no solo una transformación de los modos en que se produce el espacio, si no una transformación de los diversos aspectos que dan forma a la vida cotidiana (Lefebvre, 1972).

La geografía feminista y los límites del planteamiento de Lefebvre

Si bien, el trabajo de Henry Lefebvre permite una aproximación a la investigación del espacio, y su producción social y material, crítica ante las relaciones de explotación y despojo presentes en los modos de producción capitalista, es importante considerar las críticas al respecto de los límites y puntos ciegos de la propuesta Lefebvrina elaboradas desde el feminismo. Como se mencionó al principio de este ensayo, la geografía marxista feminista ha tenido un papel central en la recuperación del pensamiento de Lefebvre, sobre todo en el mundo anglosajón, donde en los últimos años se ha tornado central incorporar la perspectiva de género a la investigación.³ De acuerdo con Gillian Rose (1993) un punto de partida importante es la ruptura con las constricciones masculinistas de deseo y poder, para dar cabida a las mujeres y a los asuntos específicos de las mujeres en la investigación geográfica. Para lograr esto, la geografía radical, integra la crítica al capitalismo con la crítica al patriarcado, como una estructura conceptual que permite realizar un abordaje crítico tanto a las relaciones de producción, como a aquellas intrínsecas al trabajo reproductivo, feminizado y arrojado fuera de cuenta, a través de la contraposición-jerarquización dominante entre espacio público y espacio privado, donde se naturaliza la posición de hombres y mujeres.⁴

Al respecto de las diferencias en la producción del espacio, derivadas de las dimensiones de género,

³Como ejemplo de esto, es relevante la presentación retrospectiva realizada por Stuart Hall a propósito de la evolución de los Estudios Culturales en Birmingham, donde la lectura cultural marxista de Gramsci y el feminismo, reconfiguraron el enfoque del Centre for Contemporary Cultural Studies, marcando su tendencia de trabajo teórico-intelectual con compromiso político (Hall, 1992). Este proceso no fue sencillo, e implicó transitar procesos de fricción y negociación, atravesados por la interseccionalidad de género, raza y clase (hooks y Hall, 2020).

⁴Uno de los ejemplos empíricos presentados por Rose (1993, p. 122-125) es el de la vida en los suburbios, modelo de urbanización en países como Estados Unidos, Canadá e Inglaterra, donde los centros urbanos son reservados para las actividades sociales, políticas y comerciales, en torno a los cuales se construyen archipiélagos habitacionales, donde se desarrolla gran parte del tiempo y espacio de vida de las mujeres encargadas del trabajo doméstico y reproductivo. Si bien, estos espacios justifican y reproducen el aislamiento de las mujeres, en ellos es posible encontrar dinámicas de apoyo y sororidad, vinculadas al género, la raza y la clase.

raza y clase, vinculadas a distintas experiencias de vida en contextos rurales y urbanos, el trabajo de Doren Massey (1998) permite enfocar las implicaciones que estas dimensiones tienen en la organización de espacios diferenciados para hombres y mujeres, las cuales implican procesos de exclusión, inclusión (como en el recuerdo de la autora, sobre los campos de fútbol públicos, ocupados en su infancia, casi en su totalidad por hombres), y segregación espacial. Así mismo, esta dinámica resulta constitutiva de las relaciones de género, reforzando los roles y las expectativas sobre las actividades (y el trabajo) que hombres y mujeres realizan. Otra posición importante, que vincula al feminismo con la reflexión espacial, es la de Linda McDowell (1996), quien, centrándose en la imbricación entre conceptos como lugar y espacio, con las dinámicas económicas, sociales y políticas de las mujeres, revisa la manera en que la organización del espacio y el tiempo en el postfordismo, ha proletariado a las mujeres, al explotar por partida doble su trabajo, tanto en el espacio público productivo, como en el espacio privado reproductivo. Para establecer una teoría crítica a estos procesos, Mc Dowell deriva de perspectivas postestructuralistas, herramientas para realiza el análisis multiescalar de las experiencias geográficas desiguales basadas en el género.

A partir del trabajo de las geógrafas radicales feministas, quienes aportan herramientas para incorporar las implicaciones de las diferencias de género, raza y clase, en la producción del espacio, y en la definición de las relaciones de producción y reproducción, otras autoras han profundizado en la revisión de la experiencia situada de las mujeres en los espacios urbanos. En este sentido, Yasminah Beebeejaun (2016) revisa la interacción entre urbanismo y geografía crítica en la organización de espacios que garanticen el derecho a la ciudad y a las expresiones de vida cotidiana para las mujeres. Esto implica la equidad en posibilidades de acceso y uso de espacios públicos, y el equilibrio en el tiempo

dedicado al trabajo, a los cuidados y al tiempo libre. Otras autoras, como Tovy Fenster (2005) se han centrado en los aspectos de las ciudades que les permiten a las mujeres iniciar procesos de pertenencia e identificación. Estos se ligan, principalmente, a referentes étnicos, raciales, religiosos y nacionales (dimensión que incorpora las experiencias de migración) como instancias de regulación de acceso e inclusión, administradas por política públicas y sociales. En el contexto latinoamericano, trabajos como el de Paula Soto (2011), articulan la ciudad pensada, la ciudad vivida, y la ciudad imaginada, como instancias de atención a la relación entre violencia y género, poniendo atención a las sexualidades disidentes, a la migración y a los procesos de ocupación del espacio. Esta perspectiva se complementa con los estudios de los afectos, que atraviesan los cuerpos de las mujeres en contextos violentos (Soto, 2013).

La migración de retorno y el activismo de la generación 1.5

En las últimas décadas, la dinámica migratoria entre México y Estados Unidos ha variado; de un patrón estacional de circulación entre el lugar de emigración y las comunidades de origen, se ha pasado a un asentamiento prolongado de los migrantes mexicanos en el lugar de destino (Massey, Durand, y Malone, 2002) y a una dinámica de repatriación marcada por la deportación y el retorno forzado (Masferrer y Roberts, 2012). Una comprensión profunda de las implicaciones de este fenómeno, requiere atención a las variables con que se estudia el retorno como parte de la trayectoria de los migrantes (Durand, 2004; Hirai, 2013): la duración y periodicidad de estancia en el país de origen, la evolución del proceso migratorio, y el retorno transgeneracional de hijos, nietos o bisnietos.

En México, la mayoría de las personas retornadas elige como lugar de destino espacios urbanos y

estados fronterizos como Baja California y Chihuahua, seguidos en las preferencias por los lugares de origen (Gandini y Aranzalez, 2019). La Ciudad de México también es un punto de asentamiento importante, en el cual las personas retornadas pueden movilizar los capitales adquiridos durante su estancia en Estados Unidos, para lograr reinsertarse laboralmente, formar redes (Rivera Sánchez, 2013), e incluso organizarse en grupos activistas conformados por personas retornadas y deportadas, que buscan el reconocimiento de derechos sociales, económicos, políticos y culturales que les permitan (re)integrarse al lugar de retorno (Ortiz Domínguez, 2018).

Parte de ese activismo se encuentra alimentado por la experiencia bicultural de la llamada generación 1.5 (Rumbaut, 2004), conformada por migrantes que llegaron siendo niños a Estados Unidos, país en el que aprendieron patrones de lenguaje, culturales, educativos y sociales a lo largo de sus trayectorias de socialización. Muchos de estos jóvenes pasaron, en la transición a la edad adulta, de sentirse incorporados a la sociedad de Estados Unidos a experimentar una condición migratoria irregular, al ser excluidos de la posibilidad de acceder a estudios universitarios, trabajos regulares, seguridad social y documentos de identidad (Gonzalez, 2011). Al retornar a México, como producto de una deportación o de una migración de retorno, la generación 1.5 se enfrenta también a un proceso de integración complicado por el lenguaje, las dificultades para revalidar estudios, y los obstáculos para conseguir trabajo (Anderson, 2019), lo cual los coloca en una posición de ciudadanía extrañada (estranged citizenship) que limita su participación en la sociedad (Khosravi, 2018).

Como respuesta a esta situación, el activismo de las organizaciones conformadas por personas de retorno de la generación 1.5 procura participar de manera efectiva en el ejercicio de derechos e identidades que faciliten su (re)incorporación. En

ese proceso, destaca la utilización de la cultura como un recurso (Yúdice, 2002) desde el que organizan sus reivindicaciones y negocian los encuadramientos (Haynes, Merolla y Ramakrishnan, 2016) con que se los representa en México y en Estados Unidos. De acuerdo con Ortiz Domínguez (2019), la participación política que los migrantes retornados son capaces de movilizar depende de sus trayectorias migratorias y de los capitales acumulados. En ese sentido, el grado de preparación del retorno, o la participación política-activista en Estados Unidos, son aspectos que marcan diferencia, al igual que la disponibilidad de redes sociales transnacionales que asistan su retorno. En consecuencia, el activismo de la generación 1.5, puede centrarse en el empoderamiento de Dreamers en Estados Unidos y México, en la organización de procesos de ayuda mutua a retornados, y en la incidencia en políticas públicas (Ortiz Domínguez, 2019, p. 281).

Un ejemplo de estas prácticas se encuentra en la organización binacional Otros Dreams en Acción (ODA), interesada en la acción política y el apoyo a mexicanos deportados y de retorno. Su actividad se centra en la reunificación familiar, en la disputa por el reconocimiento de derechos entre las comunidades migrantes en Estados Unidos y México, y en la construcción de dinámicas de integración que atiendan el carácter bicultural de esta población de retorno (Otros Dreams en Acción, 2018). Parte de sus prácticas incluye la comunicación de narrativas y experiencias de los jóvenes retornados, el acompañamiento en la reinserción y la capacitación para el trabajo. Además de disponer de un espacio físico en la Ciudad de México conocido como Poch@ House, difunden sus actividades en las redes sociales digitales. También resulta relevante la relación que esta organización tiene con otros proyectos, dentro y fuera de la Ciudad de México, atentos a la migración, al feminismo y a la perspectiva de género, tales como el Instituto para las Mujeres en la Migración, A.C. (IMUMI), Las

Vanders, Alianza Americas, Espacio Migrante, Deportados Unidos en La Lucha, Alma Migrante, entre otras (Otros Dreams en Acción, 2020).

La Ciudad de México como lugar de retorno

A diferencia de los contextos rurales, donde estados de larga tradición migratoria como Jalisco, Michoacán, Puebla, y Oaxaca (García Zamora, 2017) han establecido desde mediados del siglo XX procesos circulares de retorno, en los que la propia migración es vista como un elemento constituyente de las relaciones sociales, comunitarias, económicas, religiosas y de género, que implican el tejido de vínculos transnacionales en continua transformación (Besserer y Kearney, 2006; Hirai, 2013a), los contextos urbanos ocupan un lugar diferencial en los procesos migratorios, al proporcionar distintas estructuras de oportunidades y una valoración menos receptiva a la idea del retorno como momento culminante del trayecto migratorio (Hirai, 2013). De acuerdo con Paris Pombo, Hualde Alfaro y Woo Morales (2019) existe una diversidad de situaciones relevantes para el estudio del retorno en contextos urbanos, como la precarización laboral, los obstáculos burocráticos para la revalidación y obtención de documentos, así como para la integración escolar de niños, niñas y adolescentes. A estas dificultades, se suma el estigma que enmarca las experiencias de deportación y retorno, la cual también proyecta prejuicios sobre las familias de origen nacional mixto.

Estudiar los procesos de retorno a la Ciudad de México, implica así mismo, considerar su relación con la zona conurbada del Estado de México, con la que la capital de país tiene una dinámica social, económica y cultural de continuo intercambio y dependencia. De

acuerdo con Rivera Sánchez (2013), siguiendo datos del Censo de Población y Vivienda (INEGI, 2010), la mayor parte de las personas retornadas⁵ al centro del país (en específico, en la zona conurbada de Ciudad Nezahualcóyotl) se encontraban en edad productiva (entre 20 y 39 años), y distribuidas en términos de sexo en 65% hombres y 35% mujeres (Rivera Sánchez, 2013, p. 65). Entre esta población, siguiendo una metodología narrativa del trayecto migratorio, la autora identifica dos casos prototípicos de experiencia de retorno: la reinserción con establecimiento, que implica la posibilidad de establecer nuevas redes sociales, que se unen a aquellas que acompañan el proceso migratorio, en las cuales resulta posible desplegar el capital cultural acumulado; y la reinserción con reemigración, la cual resulta de las dificultades para la adaptación plena en el lugar de retorno, que derivan en un nuevo proceso migratorio⁶.

De acuerdo con datos del Prontuario sobre movilidad y migración internacional (Unidad de Política Migratoria y el Consejo Nacional de Población-SEGOB, 2016), entre 2009 y 2014, el 8.2% de los migrantes (47, 928) con destino a Estados Unidos, tenían la Ciudad de México como entidad federativa de nacimiento. Sumado a esto, el 3.5% (20,249) habían nacido en el Estado de México. En otro dato relevante, en el mismo periodo, el 6.3% (36,547) tuvieron como última entidad de residencia, antes de migrar, el Estado de México, y 4.2% (24,684) la Ciudad de México. Al respecto de los migrantes de retorno desde Estados Unidos en 2015, el 5.8% (25, 752) y el 5.0% (22,054) tenían como entidad federativa de origen la Ciudad de México y el Estado de México, respectivamente. A este dato podemos agregar que, tomando en cuenta el mismo periodo, el 6.5% (28,632) del total de migrantes de retorno optó por el Estado de

⁵Debido a que el diseño del censo se centra en contabilizar como retornados, a aquellas personas que tenían cinco años o más viviendo fuera del país, antes del levantamiento de datos, no es posible desglosar información referente al tipo de retorno experimentado por los encuestados. Sin embargo, este tipo de información, puede encontrarse referida en el Emif, al respecto de otras ciudades donde ocurre el retorno.

⁶Esta tipología puede contrastarse con la presentada por Sergio Chávez (2016) a propósito de los procesos migratorios en la frontera (Tijuana-San Diego), quien identifica cuatro grupos, que se distinguen por sus estrategias de movilidad: El primero corresponde a los migrantes internos que llegan a Tijuana con la intención de cruzar hacia Estados Unidos, pero que terminan asentándose definitivamente en la ciudad. El segundo está conformado por los migrantes de retorno que deciden quedarse en Tijuana, en lugar de volver a sus comunidades de origen. El tercero incluye a los migrantes progresivos (stepwise migrants) que llegan a Tijuana de manera temporal, para obtener los recursos necesarios o los documentos legales que les permitan continuar su viaje hacia Estados Unidos. El último grupo, el de migrantes de retorno progresivo (stepwise return migrants), está integrado por aquellas personas que después de haber vivido en Estados Unidos, deciden volver a Tijuana para mantenerse cerca de la frontera, en lo que definen su siguiente destino.

México como nuevo lugar de residencia, y el 3.3% (14,762) optó por la Ciudad de México. Así mismo, del total de migrantes de retorno procedentes de Estados Unidos en 2015, el 67.8% (300,139) correspondió a hombres y el 32.2 (142,364) a mujeres, con una mediana de 35 años de edad, 2.8% sin instrucción escolar, 10.5% con primaria incompleta, 18.8% con primaria completa, 35.5% con secundaria, 22.7% con educación media superior, y 9.7% con educación superior. También resulta relevante el que, del total de 418,546, solo el 4.2% (18,506) habla alguna lengua indígena.

De acuerdo con la normatividad del Instituto Nacional de Migración (2016), "El artículo 81 de la Ley General de Población señala como repatriados a <<los emigrantes nacionales que vuelvan al país después de residir por lo menos dos años en el extranjero>>". El Programa de Repatriación Humana del gobierno mexicano surgido en 2007, y ejecutado en principio como un programa piloto en Tijuana, Baja California, funciona en once módulos en cinco estados de la frontera norte, donde se llevan a cabo la mayor cantidad de eventos de retorno y devolución de migrantes irregulares por parte de las autoridades migratorias de Estados Unidos. La Ciudad de México también representa un lugar importante donde se llevan a cabo estas devoluciones-deportaciones, con alrededor de 14,300 eventos en 2016; 19,100 eventos en 2017 y 8,000 eventos en 2018 (EMIF Norte, 2020). Las distintas organizaciones e instancias de apoyo que se ofrecen en la ciudad a esta población retornada-deportada, se condensan en el Directorio de Programas para la repatriación en México (CNDH, 2018) donde además de programas como "Somos Mexicanos", del Instituto Nacional de Migración, "Repatriados Trabajando" del Servicio Nacional de Empleo, el "Seguro de Desempleo" de la Secretaría de Trabajo y Fomento al Empleo de la Ciudad de México, o el "Apoyo integral a mujeres repatriadas" del DIF (Sistema Integral para el Desarrollo Integral de la Familia), se presentan datos para el contacto de organizaciones y asociaciones de la sociedad civil

como New Comienzos, Otros Dreams en Acción y Deportados Unidos en la Lucha.

Espacio y vida cotidiana de las organizaciones de migrantes de retorno en la ciudad de México

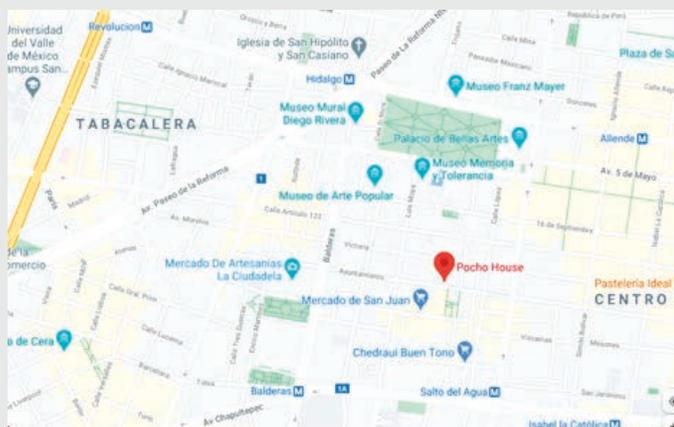
Uno de los elementos a destacar de las organizaciones que atienden a migrantes de retorno y deportados en Ciudad de México, es la interseccionalidad que atraviesa su trabajo. De manera análoga a lo presentado por Christina Hansen (2019) en sus investigaciones en la ciudad de Malmö, donde la intervención en el espacio público urbano, implicaba la presencia de diversas organizaciones, con trasfondos e identidades colectivas heterogéneas, la variedad de asociaciones que colaboran en redes de sinergia se hace visible con eventos como Florecer Aquí y Allá (Otros Dreams en Acción, 2019) que convocó a organizaciones en diversas partes de México, Centroamérica y Estados Unidos, a manifestarse en favor de la libre movilidad de los migrantes, la equidad de género, y el derecho a las familias a permanecer unidas. Esta colaboración multiescalar e interseccional, también se hizo presente en el Encuentro Transnacional de Organizaciones en Solidaridad con la Comunidad Migrante y Refugiada 2020: Géneros, Infancias y Juventudes en Movimiento, llevado a cabo en febrero de 2020 en la Ciudad de Tijuana, donde diversas organizaciones de apoyo a los migrantes, las mujeres y los niños, de México, Centroamérica y Estados Unidos, se reunieron para intercambiar experiencias y reunir fondos para su trabajo activista (participación-observación personal como relator del taller Interseccionalidad y Poder, 20 de febrero de 2020).

En la Ciudad de México, la Colonia Tabacalera, ubicada unas cuadas alrededor del Monumento a Revolución, ha condensado varios negocios y espacios sociales-culturales, abiertos por la comunidad de mexicanos retornados-deportados de los Estados Unidos. Se trata de la pequeña Los

Angeles, "Little L.A.", como se llama con cariño a la zona donde el splanish y los referentes culturales México-norteamericanos son comunes (Bialostozky, 2018). Este espacio, visto como un lugar de refugio seguro para la comunidad bicultural, tiene su origen en los Call Centers ubicados en la zona, los cuales concentran buena parte del trabajo tecnológico que se ofrece a los migrantes de retorno-deportados, el cual aprovecha su afluencia en el inglés y su educación media (que incluye, muchas veces, habilidades en computación) para atender vía remota y outsourcing a clientes en Estados Unidos (Alarcón Medina, 2018). A unos cientos de metros de la Colonia Tabacalera, al sur del Barrio Chino, se encuentra ubicada Poch@ House (Ilustración. 1), centro cultural de Otros Dreams en Acción, donde se ofertan actividades culturales para los vecinos de la colonia, y se brinda apoyo a los deportados-retornados para ayudarlos a conseguir alojamiento y tramitar sus documentos. En esta zona de la ciudad de México, se gesta, por tanto, buena parte de la actividad de las organizaciones, la cual se conecta multiescalarmente con el activismo transnacional en apoyo a las familias transnacionales y a la población migrante en Estados Unidos (Donohue, 2018).

Mapa 1. Ubicación Poch@ House

Con la declaración de la pandemia de SARS-CoV-2 en los primeros meses de 2020, los Estados, en la



atribución de su autonomía territorial soberana, comenzaron a adoptar medidas geopolíticas y bioseguritarias para contener la propagación del virus. Además del cierre de fronteras y la limitación de la movilidad territorial, las medidas más difundidas han sido el confinamiento masivo, el continuo lavado de manos, el uso de cubrebocas, la sanitización de los espacios, y el distanciamiento social, promovidas en México bajo el lema "Quédate en Casa" (Gobierno de México, 2020). Esta situación ha generado un incremento en la tasa de desempleo (Forbes, 2020) como efecto del cierre de las actividades económicas no esenciales (Gobierno de México, 2020a), y la disminución de los ingresos de quienes se dedican a actividades económicas no formales o por cuenta propia (Rendón, 2020). La situación de este último grupo, se agrava ante el dilema que contrapone el riesgo de contagio a la necesidad de continuar laborando, para mantener un ingreso mínimo que permita su subsistencia, situación ligada a la precariedad laboral y a las estructuras de oportunidades desiguales, hilvanadas en términos de raza, género, etnia y situación migratoria (Organización Internacional del Trabajo, 2020).

Debido a esto, las actividades de Otros Dreams en Acción y otras organizaciones, se han transferido a redes sociales digitales⁷, y se han iniciado campañas de apoyo como Join La Resistencia, la cual liga la necesidad de los trabajadores esenciales, informales y por cuenta propia, a seguir trabajando en medio de la contingencia sanitaria, con el apoyo a los grupos migrantes vulnerables, que han perdido sus empleos o requieren un ingreso suplementario ante la disminución de sus ganancias. Esta campaña ha tenido dos grandes momentos, el primero, en mayo de 2020 cuando se lanzaron los primeros modelos de cubrebocas, la segunda entre septiembre y noviembre de 2020, con nuevos

⁷Si bien, el uso de redes sociales digitales no se da de manera exclusiva en tiempos de pandemia, pues ha formado parte de los repertorios de acción de los movimientos sociales, debido a las medidas actuales de distanciamiento social, se ha convertido en una instancia central para la realización de las actividades de las organizaciones.

diseños y una estrategia más elaborada de publicidad. Además de la difusión en las redes sociales digitales de ODA (Facebook, Twitter e Instagram), la venta de los cubrebocas se ha realizado a través de la plataforma Bazar Mexicano, la cual promueve la difusión del diseño mexicano, el consumo local, y el apoyo a proyectos con enfoque social (Bazar Mexicano, 2020).

Conclusiones

En este documento se han revisado los conceptos de espacio y vida cotidiana trabajados por Henri Lefebvre, en un intento de caracterizar su origen materialista y dialéctico, ligado a las propuestas filosóficas y económico-políticas de Marx y Engels. En el proceso ha sido posible conocer la lectura heterodoxa que Lefebvre hace del marxismo, y destacar la centralidad del concepto de producción del espacio social en su propuesta. Así mismo, se ha realizado una revisión contextual de los aspectos multiescalares de la migración de retorno y del trabajo de las organizaciones en favor de los migrantes de retorno y deportados, integrados por migrantes de la generación 1.5, con atención a los procesos de producción del espacio y organización de la vida cotidiana. Al tratarse de un fenómeno transnacional, en el que el activismo se realiza a través de redes multisituadas, la escala concreta de las organizaciones de estudio, ubicadas en la Ciudad de México, se conecta con procesos translócales como los festivales de apoyo a las migraciones o los encuentros transnacionales, que extienden la escala a instancias móviles, los cuales toman como centro las comunidades de asociaciones y organizaciones en diversos países. Así mismo, elementos como la interseccionalidad, que atraviesan las alianzas entre

organizaciones, abren la observación al estudio de sinergias específicas entre el trabajo de las organizaciones y la producción del espacio y la vida cotidiana, produciendo entornos de vida, lucha y resistencia, que movilizan la cultura como potencia de organizaciones político desde nuevas identidades colectivas y formas de participación. Un reto en la configuración del contexto, sobre el cual es necesario indagar más, es la respuesta de las organizaciones ante la epidemia del SARS-Cov-2, cuyas implicaciones espaciales, organizativas y en la configuración de la vida cotidiana, quedan pendientes de una elaboración a profundidad.

Bibliografía

Alarcón Medina, R. (2018). Informational returnees: deportation, digital media, and the making of a transnational cybertariat in the Mexican call center industry. *Dialectical Anthropology*, 42, 293-308. Obtenido de <https://doi.org/10.1007/s10624-018-9518-5>

Anderson, J. (7 de Mayo de 2019). The deportability continuum as activist research. *Cultural Dynamics*, 31(1-2). doi:<https://doi.org/10.1177/0921374019826203>

Bazar Mexicano. (2020). Página Web Bazar Mexicano: ¿Quiénes Somos? Recuperado el 15 de Noviembre de 2020, de Página Web Bazar Mexicano: <https://bazarmexicano.com.mx/>

Beebeejaun, Y. (2016). Gender, urban space, and the right to everyday life. *Journal of Urban Affairs*, 323-334.

Bergesen, A. (Primavera de 1993). The Rise of Semiotic Marxism. *Sociological Perspectives*, 36(1), 1-22. doi:10.2307/1389439

Besserer, F., & Kearney, M. (2006). San Juan Mixtepec. Una comunidad transnacional ante el poder clasificador y filtrador de las fronteras. México: Casa Juan Pablos; Fundación Rockefeller; Universidad de California Riverside; Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa.

Bialostozky, H. (18 de Agosto de 2018). "Little L.A." o el barrio de los repatriados: de Estados Unidos a la Tabacalera. Recuperado el 21 de Noviembre de 2020, de Página Web Local.MX - Guía de la Ciudad de México por Travesías: <https://local.mx/zonas/zona-centro-norte/tabacalera/little-la/>

Chávez, S. (2016). *Border Live. Fronterizos, Transnational Migrants, and Commuters in Tijuana*. New York: Oxford University Press.

Donohue, C. (23 de Marzo de 2018). At Poch@ House, Mexican Deportees and Returnees Find Help Starting Over. Recuperado el 21 de Noviembre de 2020, de Sitio Web Remezcla - Culture: <https://remezcla.com/features/culture/mexico-city-pocho-house-deportees-returnees/>

Durand, J. (2004). Ensayo teórico sobre la migración de retorno. El principio del rendimiento creciente. *C u a d e r n o s g e o g r á f i c o s (3 5) , 1 0 3 - 1 1 6 .* Obtenido de <http://revistaseug.ugr.es/index.php/cuadgeo/article/view/1784/1974>

Emif Norte. (2020). Encuesta sobre Migración en la Frontera Norte de México. Informe Anual de Resultados 2019. Tijuana y México: El Colegio de la Frontera Norte; Unidad de Política Migratoria, Registro e Identidad de Personas; Consejo Nacional de Población; Secretaría de Gobernación; Secretaría de Relaciones Exteriores; Secretaría del Trabajo y Previsión Social.

Forbes. (8 de Octubre de 2020). Tasa de desempleo en México podría llegar al 11.7% a fin de año: OIT. Recuperado el 2020 de Noviembre de 15, de Página Web Forbes: Economía y Finanzas: <https://www.forbes.com.mx/economia-tasa-de-desempleo-mexico-llegar-11-7-fin-de-anio-oit/>

- Gandini, L., & Aranzalez Ramos, C. A. (2019). El retorno migratorio en el escenario post-crisis. Una mirada a las tendencias recientes en México. En L. Rivera Sánchez, *¿Volver a casa? Migrantes de retorno en América Latina. Debates, tendencias y experiencias divergentes* (págs. 127-163). Ciudad de México: El Colegio de México.
- García Zamora, R. (2017). El retorno de los migrantes mexicanos de Estados Unidos a Michoacán, Oaxaca, Puebla, Guerrero y Chiapas 2000-2012. México: Universidad Autónoma de Zacatecas; Miguel Ángel Porrúa.
- Gobierno de México. (2020). Quédate en casa. Recuperado el 15 de Noviembre de 2020, de Página web del Gobierno de México: Coronavirus: <https://coronavirus.gob.mx/quedate-en-casa/>
- Gobierno de México. (2020a). Semáforo COVID-19. Recuperado el 15 de Noviembre de 2020, de Página web del Gobierno de México: Coronavirus: <https://coronavirus.gob.mx/semaforo/>
- Hall, S. (1992). Cultural Studies and its Theoretical Legacies. En L. Grossberg, C. Nelson, & P. Treichler, *Cultural Studies* (págs. 277-294). New York and London: Routledge.
- Hansen, C. (2019). *Solidarity in Diversity. Activism as a Pathway of Migrant Emplacement in Malmö* (Doctoral dissertation in International Migration and Ethnic Relations). Holmbergs, Malmö: Malmö University, Faculty of Culture and Society. Obtenido de <http://muep.mau.se/handle/2043/29782>
- Haynes, C., Merolla, J., & Ramakrishnan, K. (2016). *Framing Immigrants. News Coverage, Public Opinion, and Policy*. New York: Russell Sage Foundation.
- Hirai, S. (2013). Formas de regresar al terruño en el transnacionalismo: Apuntes teórico sobre la migración de retorno. *Alteridades*, 23(45), 99-105. Obtenido de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0188-701720130001000008&script=sci_abstract
- Hirai, S. (2013a). Supermercado de la nostalgia: la migración mexicana a los Estados Unidos y la construcción de suburbios étnicos en el sur de California. En M. Barros Nock, & H. Valenzuela García, *Retos y estrategias del empresario étnico. Estudios de caso de empresarios latinos en los Estados Unidos y empresarios inmigrantes en España* (págs. 133-151). México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social.
- hooks, b., & Hall, S. (2020). *Funk sin límites. Un diálogo reflexivo*. (J. Sáez del Alamo, Trad.) Barcelona: ediciones bellaterra.
- INEGI. (2013). *Perfil sociodemográfico Estados Unidos Mexicanos. Censo de Población y Vivienda 2010*. México: Instituto Nacional de Estadística y Geografía.
- Instituto Nacional de Migración. (09 de Junio de 2016). *Acciones y Programas*. Recuperado el 26 de Febrero de 2018, de Página oficial del Instituto Nacional de Migración: <https://www.gob.mx/inm/acciones-y-programas/programa-de-repatriacion-12469>
- Khosravi, S. (2018). Introduction. En S. Khosravi (ed), *After Deportation. Ethnographic Perspectives* (págs. 1-14). Melbourne: Palgrave Macmillan.

- Lefebvre, H. (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza.
- Lefebvre, H. (1975). *Le Temps des méprises*. Paris: Stock.
- Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*. (D. Nicholson-Smith, Trad.) Oxford & Cambridge: Blackwell.
- Lefebvre, H. (2007). *Hegel, Marx, Nietzsche (o el reino de las sombras)*. (M. Armiño, Trad.) Ciudad de México: Siglo XXI.
- Lefebvre, H. (2014). *El pensamiento marxista y la ciudad*. (L. de Cardoza, Trad.) Ciudad de México: Ediciones Coyoacán.
- Lidon, A. (s.f.). *Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana*.
- Lindon, A. (2004). *Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana*.
- Marx, C., & Engels, F. (1979). *La ideología alemana*. Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular.
- Masferrer, C., & Roberts, B. (2012). Going back home? Changing demography and geography of mexican return migration. *Population Research and Policy Review*, 31(4), 465-496.
- Massey, D. (1998). *Space, Place and gender*. Minneapolis: Minnesota University Press.
- Massey, D. S., Durand, J., & Malone, N. J. (2002). *Beyond Smoke and Mirrors. Mexican Immigration in an Era of Economic Integration*. New York: Russell Sage Foundation.
- McDowell, L. (1996). Spatializing Feminism. *Geographic Perspectives*. En N. Duncan, *Bodyspace. destabilizing geographies of gender and sexuality* (págs. 28-44). New York: Routledge.
- Meza González, L. (julio-diciembre de 2014). Mexicanos deportados desde Estados Unidos: Análisis desde las cifras. *Migraciones Internacionales*, 7(4), 265-276.
- Organización Internacional del Trabajo. (7 de Mayo de 2020). El contagio o el hambre, el dilema de los trabajadores informales durante la pandemia del COVID-19. Recuperado el 15 de Noviembre de 2020, de Página Web de la Organización Internacional del Trabajo: Newsroom: https://www.ilo.org/global/about-the-ilo/newsroom/news/WCMS_744028/lang--es/index.htm
- Ortiz Domínguez, L. (2019). Integración social y participación política. El caso de los migrantes de la generación 1.5 retornados a México. En M. D. París Pombo, A. Hualde Alfaro, & O. Woo Morales, *Experiencias de retorno de migrantes mexicanos en contextos urbanos* (págs. 261-289). Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Ortiz Domínguez, L. C. (2018). *De "Dreamers" a "Doers". Ejercicio de ciudadanías de migrantes mexicanos de la generación 1.5 en Estados Unidos y México [Tesis de Doctorado]*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Otros Dreams en Acción. (14 de Abril de 2018). *Otros Dreams en Acción Nosotr@s*. Obtenido de Otros Dreams en Acción Web site: <http://www.odamexico.org/nosotras>

Otros Dreams en Acción. (2 de Octubre de 2020). Página de Facebook de Otros Dreams en Acción. Recuperado el 15 de Noviembre de 2020, de #CubrebocasCampaign: <https://www.facebook.com/OtrosDreams/posts/3249269331867343>

París Pombo, M. D., Hualde Alfaro, A., & Woo Morales, O. (2019). Debates Teóricos: Retornos y (Re)inserción social de los migrantes y sus familias en México. En M. D. París Pombo, A. Hualde Alfaro, & O. Woo Morales, Experiencias de retorno de migrantes mexicanos en contextos urbanos (págs. 23-51). Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.

Rendón, P. (26 de Mayo de 2020). COVID-19 evidencia precariedad de trabajadores informales: CDHCM. Recuperado el 15 de Noviembre de 2020, de Página Web Ibero Ciudad de México: Prensa: <https://ibero.mx/prensa/covid-19-evidencia-precariedad-de-trabajadores-informales-cdhcm>

Rivera Sánchez, L. (Julio-Diciembre de 2013). Migración de retorno y experiencias de reinserción en la zona metropolitana de la ciudad de México. *Revista Interdisciplinaria da Mobilidade Humana*, XXI(41), 55-76.

Rose, G. (1993). Spatial Divisions and Other Spaces: Production, Reproduction and Beyond. En G. Rose, *Feminism and Geography. The Limits of Geographical Knowledge* (págs. 113-136). Mineapolis: Minnesota University Pres.

Rumbaut, R. G. (Otoño de 2004). Ages, Life Stages, and Generational Cohorts: Decomposing the Immigrant First and Second Generation in the United States. *The International Migration Review*, 38(3), 1160-1205.

Soja, E. W. (1989). *Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. London & Brooklyn: Verso Books.

Soto Villagrán, P. (2011). La ciudad pensada, la ciudad vivida, la ciudad imaginada. *Reflexiones teóricas y empíricas. La ventana*(34), 7-38.

Soto Villagrán, P. (2013). Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: Discursos y prácticas sobre la corporealidad y las emociones. En M. Á. Aguilar, & P. Soto, *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales*. México: Miguel Ángel Porrúa; Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa.

Tony, F. (2005). *Gender and the city: The Different formation of belonging*. En L. Nelson, & S. Seager, *A Companion to Feminist Geography*. Australia: Blackwell Publishing.

Unidad de Política Migratoria y el Consejo Nacional de Población-Secretaría de Gobernación. (2016). *Prontuario sobre movilidad y migración internacional. Dimensiones del fenómeno en México*. México: Centro de Estudios Migratorios/Unidad de Política Migratoria/Subsecretaría de Población, Migración y Asuntos Religiosos/ Secretaría de Gobernación.

Yúdice, G. (2002). *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa.

MIGRACIÓN, VIDA COTIDIANA Y GÉNERO EN LA CIUDAD: RELATOS DE EXPERIENCIAS DE MUJERES Y HOMBRES VENEZOLANOS EN BOGOTÁ

Erik Fabián Jerena Montiel

Introducción

En el presente ensayo se lleva a cabo un análisis de los vínculos entre migración, vida cotidiana y las relaciones de género en la producción de espacialidades en el centro urbano de Bogotá, a partir de los relatos de experiencia de mujeres y hombres venezolanos que migraron a esta ciudad en los últimos tres años. Bogotá alberga cerca de 357.000 migrantes provenientes de Venezuela, el 20% del total registrado en Colombia hasta inicios de 2020, de los cuales se estima que el 49,4% son mujeres (Migración Colombia, 2020). Ante la presencia creciente de estos extranjeros en la ciudad, masificada en los últimos tres años, en su mayoría en condiciones de precariedad y vulnerabilidad, emergen diversas narrativas-textualidades en las que subyacen una serie de tensiones culturales, cada vez más visibles en los espacios de la vida social urbana, que evidencian dinámicas de aceptación/rechazo, solidaridad/xenofobia, inclusión/exclusión, reconocimiento/discriminación.

En este contexto multiescalar han incursionado los migrantes venezolanos y venezolanas quienes, siguiendo en buena medida la pauta del itinerario de los migrantes y desplazados internos en Colombia (Osorio, 2007), se posicionan mayoritariamente en los espacios de la informalidad y la marginalidad urbana, lo que se expresa, a su vez, en las materialidades y espacialidades de su nueva vida cotidiana en Bogotá. Además de las condiciones materiales de (re)producción de su vida cotidiana, la incursión de los migrantes involucra recuerdos, anhelos, emociones y deseos que son pilares de su

experiencia en el espacio urbano (Soto-Villagrán, 2011). Así mismo, el espacio existe, a través de estas percepciones y tiene un carácter significativo que intersecta la identidad nacional, el género y las espacialidades. En esa perspectiva, las narrativas emergentes vinculan la experiencia espacial en temporalidades y apropiaciones del espacio específicas que pueden ser analizadas en términos de género. En los relatos de experiencia de hombres y mujeres migrantes se crean y se fijan las formas de experimentar e imaginar la ciudad, en las que se intersectan el género, la identidad nacional, la clase, entre otros marcadores de identificación, para construir los modos de vivir y narrar la experiencia particular en el espacio urbano.

Las relaciones de género varían no solo en el tiempo sino en el espacio, es decir, contrastan sistemáticamente de un lugar a otro, incluso en un mismo país (Massey, 1998). Es necesario, entonces, indagar en los múltiples posicionamientos y subjetividades, cuyo conocimiento sistemático debe ser a la vez contextual-local y variado-diverso (McDowell, 1996). En ese orden, en primer lugar, se articula un encuadre teórico-metodológico de análisis narrativo que nos posibilita indagar en los relatos de experiencia migratoria de mujeres y hombres venezolanos integrantes de tres familias que actualmente viven en Bogotá, y que entrevisté vía WhatsApp el pasado mes de agosto. En seguida, se sitúa el contexto socio-espacial de la migración venezolana en Bogotá, teniendo en cuenta las intersecciones multiescales que confluyen con la incursión de estos migrantes en las espacialidades urbanas y, por último, se presentan algunos hallazgos interpretativos sobre la (re)producción de la vida cotidiana y la configuración de las espacialidades de los migrantes desde la particularidad de la experiencia narrada, que supone el punto de vista de los sujetos y las oscilaciones de sentido que se observan en relación con el género, la otredad y la ciudadanía.

Los relatos de espacio de mujeres y hombres migrantes: encuadre teórico-metodológico para el análisis de las narrativas espaciales

La confluencia entre las geografías feministas y los estudios urbanos han puesto en evidencia las maneras en que hombres y mujeres habitan y significan la ciudad de formas diferentes (Soto-Villagrán, 2018). Así, es posible comprender cómo se involucran, a la vez, tanto en la construcción social del espacio urbano como en la construcción social del género. En esta línea, aunque la mirada sobre el género ha sido tardía en la investigación urbana, la reflexión sobre la ciudad ha avanzado en esta perspectiva, concibiéndola como un espacio contradictorio en términos de género, en la medida en que el espacio urbano puede ser tanto restrictivo como (potencialmente) liberador para las mujeres (Soto-Villagrán, 2018). La geografía feminista problematizó el sesgo masculino en las maneras de analizar y representar el espacio, diferenciando lo femenino y lo masculino en las formas de producción de la ciudad (Massey, 1998). La vida urbana está llena de restricciones y limitaciones, en términos de tiempos, desplazamientos (movilidad cotidiana) y acceso al espacio, que se relacionan tanto con las estructuras de organización espacial de la ciudad (planificación urbana) como con la asimetría propia de la división sexual del trabajo y del cuidado no remunerado (Soto-Villagrán, 2018). En estas dinámicas espaciales multiescalares se insertan las experiencias de hombres y mujeres migrantes en la ciudad, a lo cual hay que agregar la interseccionalidad de sus posicionamientos (raza, etnia, clase, edad y sexualidad) y las limitaciones-restricciones y posibilidades que supone su no-pertenencia (formal) a la comunidad nacional-urbana, esto es, su extranjería.

Los lugares van siendo ordenados, entrelazados, en cada relato de experiencia. Los relatos cotidianos, al igual que los literarios, fungen como transportes

colectivos para transitar entre los lugares, son "relatos de viaje" y, a la vez, son las prácticas del espacio centrales para las prácticas de la vida cotidiana (De Certeau, 2000). Los itinerarios narrados producen "geografías de acciones" que no se limitan al campo del lenguaje sino que, de hecho, "organizan los andares", antes, durante y después de los recorridos de cada sujeto. En este sentido, el énfasis del análisis se orienta hacia las prácticas espacializantes (acciones narrativas). La narratividad (White, 1992), en esta perspectiva, alude a la estructuración de significado que supone el orden de los acontecimientos en cuanto trama y, en esa vía, remite a las oscilaciones de sentido que surgen de las tensiones culturales entre los sujetos de la interacción social que, a su vez, se sitúan temporalmente y se producen espacialmente. Las narrativas están moldeadas por contextos, pero también crean nuevos contextos al movilizar y articular nuevas comprensiones del mundo, al alterar las relaciones de poder entre los sujetos, al constituir nuevas prácticas (Ryan, 2012; Lindon, 2008).

Una narrativa de vida espacial es un relato organizado y secuencializado espacio-temporalmente de experiencias vividas por el sujeto en ciertos lugares. La realidad accesible, entonces, es el producto de un trabajo de reconstrucción y las narrativas son parte de la misma. Se establece así una ruta teórico-metodológica para estudiar el espacio y las espacialidades de hombres y mujeres migrantes en la multiescalaridad de la ciudad.

Bogotá como contexto multiescalar de recepción y (re)producción de la vida cotidiana

Comenzando el año 2020 se calculó en 357.667 el número de inmigrantes venezolanos en Bogotá, constituyendo el 20% del total del flujo migratorio que estaba recibiendo Colombia, entre personas con situación migratoria regular e irregular

(Personería de Bogotá, Acnur, 2020). Para una ciudad de 7,6 millones de habitantes, este incremento demográfico cercano al 5% (DANE, 2020) conlleva inminentes cambios sociales y culturales que reconfiguran la ciudad como contexto multiescalar de recepción. Bogotá se convierte así en un referente de relevancia regional para estudiar los cambios culturales que traen consigo los procesos de significación en los que convergen la migración, la vida cotidiana y el género en las espacialidades urbanas. Por ejemplo, en el caso de Leiny, una joven venezolana de 22 años que llegó a Bogotá a mediados de 2017, su trayectoria fue determinada por el rol que desempeña en el cuidado de su hija recién nacida, mientras su compañero fue quien efectuó la avanzada de incursión en la ciudad, migrando algunos meses antes que ella para instalarse y adecuar las condiciones de llegada de su familia:

Ha sido muy duro dejar uno su país, es una decisión muy fuerte... primero se viene mi pareja y luego [...] me vine con mi bebé de tres meses y medio. Cuando llegué fue un poquito duro porque ya uno acostumbrado a su país, a su comida, a sus costumbres de allá. (Leiny, 22 años, agosto 2020)

Desde 2017 los migrantes venezolanos han incursionado masivamente en la vida social de Bogotá, conmocionando a los locales, que no habían tenido antes tal experiencia de interacción con inmigrantes extranjeros, si bien la ciudad ha sido un polo central de las migraciones internas en Colombia (Osorio, 2007). De manera que en la configuración de Bogotá como contexto de recepción de la migración venezolana es necesario tener en cuenta aquellas intersecciones urbanas que se producen entre lo local, lo transnacional y lo global, para poder articular el nivel estructural de estas dinámicas a la perspectiva de los sujetos y sus prácticas, desplazamientos y emplazamientos en cuanto procesos multiescalares (Besserer, 2016; Ça?lar y Glick-Schiller, 2018). Margaret, una joven venezolana

que contaba con derecho a la nacionalidad colombiana por la historia de migración de su familia, recrea en su relato esta multiescalaridad de su red familiar.

Mi familia por parte de papá están todos regados, tengo familia acá, en Barranquilla, acá en Bogotá, tengo familia en Venezuela, tengo familia en México, tengo familia en Estados Unidos... y pues la verdad nosotros siempre hemos sido bastante unidos, aunque la distancia pues no nos permita estar en contacto todo el tiempo. (Margaret, 20 años, agosto de 2020).

Así, se evidencian las múltiples relaciones que establecen quienes migran, tanto con sus lugares de asentamiento como con otras localidades del mundo y, a la vez, se identifican los puntos en común entre la población no-migrante y los migrantes en el marco de la experiencia urbana del capitalismo neoliberal. Ahora bien, la incursión en el espacio urbano está impregnada de extrañeza y giros emocionales que involucran las distintas dimensiones de la identidad (género, clase, raza, nacionalidad) y que activan, también, la memoria cultural.

[...]yo sé que no es fácil pa'l inmigrante porque llegar a otro país pues... de pronto nosotros, nosotros igual lo hicimos en Venezuela, yo no lo viví, fue que Colombia tuvo una situación bastante fuerte hace algunos años atrás y que de Colombia emigró mucha gente a Venezuela, y gente que hasta recibió cédulas y todo... pues algunos dicen que fueron bien recibidos allá, yo no tuve una experiencia así de decir yo recibí un colombiano, o tuve trato con un colombiano, porque no la tuve, pero sé que aquí pues uno llega y hay mucho recelo porque no somos dos ni tres, aquí son millones los venezolanos que entraron... (Carmen, 57 años, agosto de 2020)

La acogida que se da a los inmigrantes está condicionada, a su vez, por la armadura cultural de la

ciudad, la cual se expresa en la combinación de su trayectoria demográfica, su historia y geografía cultural, sus narrativas de auto-presentación y re-desarrollo urbano, así como en el ethos prevaleciente hacia los inmigrantes, particularmente visible en las políticas locales y la actitud de los residentes hacia los migrantes (Jaworsky, Levitt, Cadge, Hejtmanek, y Curran, 2014).

Bogotá siempre ha sobresalido por tener mejores indicadores sociales que el resto del país, aunque también han persistido los mismos problemas de desigualdad social, que se expresan en la marcada segregación socioeconómica y la segmentación espacial. Justamente es en las periferias de la ciudad donde se ha ubicado la población en situación de desplazamiento forzado desde finales de los años noventa hasta el presente, expandiendo la frontera urbana. La migración venezolana confluye también en la intersección de estos patrones de movilidad que se dan entre las migraciones internas, en busca de oportunidades sociales y económicas, y los desplazamientos forzados por cuenta del conflicto armado en Colombia (Salcedo, 2015), ubicándose mayoritariamente en los espacios de la informalidad y la marginalidad urbana.

En este sentido, llama la atención que los migrantes venezolanos se han integrado territorialmente en toda Bogotá, pues no se han conformado áreas tipo ghetto (Proyecto Migración Venezuela, 2020), sino que se distribuyen de acuerdo a la escala de estratificación socioeconómica de la ciudad, según sus posibilidades (los estratos 1 y 2 son bajos, 3 y 4 medios y 5 y 6 altos), produciendo aglomeraciones significativas en el suroccidente y el noroccidente. Estos sectores se destacan por su alta densidad poblacional, elevados índices de informalidad y de demanda de servicios sociales. De otro lado, también resaltan algunas zonas atípicas donde se han instalado los migrantes, como el centro de la ciudad - donde se sitúan los relatos de experiencia que se analizan en este trabajo-, pues allí encuentran

distintas posibilidades de acceso y generación de recursos para la (re)producción de su vida cotidiana que, además, resultan en nuevas configuraciones de otredad y pertenencia.

Los migrantes venezolanos encuentran posibilidades en la economía informal que, aunque restrictiva, les permite obtener algún ingreso económico sin tener que mostrar documentos de regularización de su estatus migratorio. Carmen, vendedora informal en la Carrera Séptima, un corredor comercial peatonalizado en el Centro de la ciudad, donde acuden a diario miles de vendedores informales, obtiene mejores resultados trabajando en la calle que cumpliendo un turno de doce horas en un restaurante donde apenas gana \$25.000 COP (cerca de siete dólares), a pesar de que esta opción de venta callejera conlleva múltiples riesgos y vulneraciones, como lo manifiesta en su relato:

A veces hay abusos, porque eso no hay que dejarlo a un lado, porque a veces lo agarran a uno así in fragante (sic), pero ellos (los policías) también cumplen con su trabajo... y si uno no sale tampoco a ayudarse entonces cómo hace, o sea es contradictorio, (...) Y tampoco hay proyectos donde lo lleven a uno "mire, en este espacio van a trabajar los informales", porque no son dos ni tres, eso son miles de trabajadores informales los que hay en la calle. (Carmen, 57 años, agosto de 2020)

Los migrantes van ajustando su proyecto migratorio mientras avanzan en su trasegar. Muchos llegan a Bogotá luego de pasar por diversas estancias en otras ciudades, en donde otros migrantes les suministran información sobre posibilidades y restricciones para incursionar en esta ciudad. Sin embargo, cuando por fin llegan a esta, los abruma su incompreensión de los patrones de funcionamiento de los diferentes sistemas textuales de la urbe, lo que los lleva algunas veces a caer en las trampas de timadores y delincuentes que sacan partido de su situación de evidente vulnerabilidad. En el estudio

que realizó la Personería Distrital (2020), el 40% de los inmigrantes venezolanos manifestó haber sido víctima de asaltos o robos, lo cual se relaciona, según lo refieren ellos mismos, con el desconocimiento que tienen de la ciudad.

Bogotá muy linda, tiene mucho qué conocer, nosotros no hemos tenido oportunidad de salir a conocer, tiene muchas cosas hermosas qué ver, hay mucho peligro también [...], yo estuve en una cuadra y vi a unos jóvenes asaltando, atacando a un chico y lo apuñalaron, y vi que la gente se paró alrededor y nadie se metió ahí para nada, y eso yo nunca lo había visto en Venezuela. Para mí eso, o sea... hay que andar como a cuatro ojos. Me monté en un bus, me trasladaba del Centro a Policarpa y llevaba un bolsito de lado y no vi en qué momento me sacaron el monedero, pues lo que llevaba eran las vueltas del pasaje, pero no sentí en qué momento me metieron la mano al bolso y me sacaron la carterita donde llevaba lo de los pasajes. Muy insegura... hay que pensarlo pa' salir cuando ya oscurece el día... (Carmen, 57 años, agosto de 2020)

De acuerdo con datos de la Personería Distrital, el 95% de las consultas que hacen los migrantes se relacionan con el objetivo de registrarse en cuanto extranjeros para adelantar su proceso de regularización. La primera experiencia de los migrantes en Bogotá es de desorientación. Desconocen el espacio urbano, las normas, las pautas culturales, las dinámicas laborales, y también las trampas de la ciudad (Aliaga, Flórez, García y Díaz, 2020).

La vida cotidiana y las espacialidades prácticas de los migrantes

Las espacialidades urbanas resultan precisamente de las prácticas espaciales de los sujetos, es decir, son sus actividades cotidianas las que dotan de significado a los lugares. De esta manera, en la ciudad se producen procesos de apropiación territorial que permiten concebir el espacio como un

lugar práctico (De Certeau, 2000). Así, la ciudad es también un proceso continuo de espacialización en el que los habitantes van desplegando formas continuas de negociación en las articulaciones de la vida urbana-cotidiana (Beebeejaun, 2016). De tal forma que al centrar la atención en cómo se negocia la vida cotidiana, se accede a información clave sobre la multiplicidad de prácticas espaciales que suponen las experiencias (narradas) de género en determinados contextos sociales (Beebeejaun, 2016).

Diariamente, acuden al Centro de Bogotá cerca de un millón y medio de personas, lo cual hace que las espacialidades de la vida cotidiana en esta zona de la ciudad resulten de una gran diversidad de dinámicas, interacciones y prácticas de usos compartidos de estos lugares (Lulle, 2019) que, en las representaciones narrativas que elaboran mujeres y hombres migrantes en sus relatos, ponen de relieve valoraciones distintas y cambiantes de tales espacios, también relacionadas con la interseccionalidad de distintas dimensiones de la identidad y el capital social-cultural. Ahora bien, desde la escala del hogar se producen y extienden las espacialidades de la vida cotidiana, fluyendo hacia los demás lugares donde se llevan a cabo las otras actividades diarias (laborales, afectivas, académicas, rituales, recreativas, etc.). Son, en efecto, espacialidades multiescalares donde se cruzan el cuerpo, la casa, la vecindad y las centralidades, como lo manifiesta Daniel, un joven venezolano que llegó a Bogotá a inicios de 2017:

Yo recuerdo la experiencia de empezar a trabajar... Michelle [su novia] consiguió su empleo a los cuatro días, de haber llegado acá, yo estuve un poco más de un mes buscando trabajo. La verdad sí fue un poco complicado, fueron días de mucha tensión, incluso yo traje algunas cosas de Venezuela porque pues era algo que tenía en cuenta, que podía pasar, que de repente el tiempo pasaba y no conseguía nada, así que traje algunas cosas que fui vendiendo, empecé algunas cositas, vendí otras, para tener algo de

capital para la comida, para el transporte y para hojas de vida, fotografías y así. Este, fue aproximadamente un mes y diez días que tardé consiguiendo trabajo. (...) era una cafetería acá en el Centro que se llama 'La Flauta', está ubicada por la calle 12b entre octava y novena, al lado del Pasaje Hernández, diagonal al Ministerio del Interior. En ese entonces vivíamos en el Tunal, todavía. [...] Y sí, esa fue mi primera opción de trabajo y la verdad fue... tuvo sus altos y sus bajos porque, mi relación con Pablo siempre fue excelente pero con su señora esposa siempre fue muy complicada, muy complicada, entonces, eh, por eso terminé desistiendo de ese trabajo, ya luego. (Daniel, 26 años, agosto 2020)

En su relato se observan tanto las vicisitudes que enfrentan como las tensiones culturales que subyacen en el proceso de inmersión en la ciudad. El trasegar de los inmigrantes expresa múltiples cambios de itinerario que se dan de acuerdo a las posibilidades y restricciones que encuentran. Así mismo, estas dinámicas de inmersión que desarrollan los inmigrantes suponen nuevas experiencias no solo para los extranjeros sino también para los locales, que van dando lugar a procesos de narrativización a través de los cuales los sujetos interpretan su propia experiencia en el contexto de la racionalidad neoliberal y multicultural de la ciudad, esto es, el nivel estratégico. En todo caso, las prácticas de la vida cotidiana son de tipo táctico, es decir, son fragmentarias y contingentes, resultan de la lectura de las condiciones restrictivas y de las oportunidades que se identifican en cada lugar (De Certeau, 2000). La vivienda, por ejemplo, en cuanto lugar central de la vida cotidiana, es el primer reto que deben sortear los migrantes, pues es difícil conseguir dónde vivir en esta ciudad cuando se es extranjero.

[...] Cuando [mi hija] llegó aquí a Bogotá llegó hacia la parte sur, no sé exactamente en qué localidad estaba ella. Y cuando yo decidí venirme pues llegué fue al barrio Belén (en el centro de la ciudad). [...] no era fácil que nos arrendaran, pero nosotros llegamos a una

señora que fue la que nos arrendó las habitaciones, pues que nos dio toda su confianza y como que vio en nosotros a buenos venezolanos, y con ella estuvimos viviendo más de un año ahí, y de verdad que crecí una buena amistad y hasta hoy en día ella nos tiene mucho aprecio y siempre nos estamos saludando. Y en el resto de los arriendos ha sido así, como que la gente ve que uno es buena gente y le da la confianza, aparte de los requisitos que normalmente piden pues, y uno les cumple y hasta ahora pues no hemos quedado mal. (Carmen, 57 años, agosto de 2020)

En su despliegue táctico los migrantes van construyendo nuevas formas de relacionamiento con los pobladores locales, negociaciones tácitas o explícitas que producen espacialidades prácticas en las que se gestionan la materialidad y la (re)producción de su vida cotidiana en Bogotá.

La colonialidad de la otredad y la ciudadanía oscilante de los migrantes

La construcción narrativa de los extranjeros y extranjeras también da lugar a formas diferenciadas de otredad y clasificación de los 'extraños', que resultan en múltiples posicionamientos de acuerdo a las posibilidades y restricciones que presentan los contextos de recepción. Durante el proceso de masificación de la migración venezolana, las prácticas de discriminación y xenofobia han empezado a ser comunes en ciertos grupos sociales, expresadas en narrativas de rechazo, segregación y exclusión, lo que desencadena conflictos entre los migrantes y la comunidad de acogida. El lenguaje discriminatorio para hacer referencia a los extranjeros venezolanos se está "viralizando", señalándolos como la causa que explicaría por qué la "ciudad se ha venido dañando" (Personería de Bogotá-ACNUR, 2020). Términos como 'veneco', 'ladrones', 'ilegales', 'socialistas', 'invasores', 'hambrientos' hacen carrera en las conversaciones cotidianas de los locales (García-Durán y Cuevas, 2020). En contraste, los migrantes reaccionan y

también despliegan su narrativa, rechazando estas acusaciones y reclamando sus derechos ciudadanos, apelando a un principio de igualdad mientras argumentan que "no hay diferencia entre colombianos y venezolanos"⁸. Por ejemplo, Margaret cuenta en su relato que fue rechazada varias veces en su búsqueda laboral después de que identificaran su acento venezolano:

Llegué el 23 de febrero [...] y el lunes yo de una salí con mi currículó, ahí camine, camine, camine, pasaba todo el día caminando, llevando hojas, y cuando ya me cansaba de caminar iba a la casa y me metía en Computrabajo, en Indeed, cualquier página de cosas de trabajo, y hacía todo, llenaba todo, y siempre estaba pendiente del teléfono y pues por cuatro meses no conseguía nada, nada, nada, nada, o sí conseguía pero entonces cuando me escuchaban hablar por teléfono era como "ah, ¿pero eres venezolana?", y yo "pues sí, pero pues tengo nacionalidad [colombiana]", porque a veces ponían problema por lo de los papeles o cosas así, pero yo siempre decía "tengo una nacionalidad", para que se sepa que estoy totalmente legal, y era como que "no, no, nosotros no estamos aceptando venezolanos", y pues eso me pasó muchas veces"... o me cortaban, o incluso una vez que fui a una entrevista y, o sea ya me habían dicho por teléfono que sí, todo bien, "venga el día de mañana y nos entrevistamos", y cuando llegué me entrevistó una persona distinta a la que había hablado por teléfono y de una vez me rechazó. (Margaret, 20 años, agosto de 2020)

Siguiendo el trazado de la conceptualización simmeliana sobre la extranjería, en cuanto paradójica extrañeza que supone esta cercanía con lo lejano (Simmel, 2012), estaríamos hablando de una otredad construida categóricamente en términos culturales, que permite matizar la discusión en torno a la diferenciación y la discriminación desde la idea de la negación (Alexander, 2004). Al revisar la particularidad de la acción narrativa como cuestión cultural central para pensar la otredad, se abre un

espectro de posibilidades de significación a partir de la relación entre la posición estructural del extraño, la abstracción cultural y la respuesta emocional; la extrañeza no solo construye la comunidad (el nosotros), también la diferencia (los otros). En esa línea, Quijano (2014) elaboró el concepto de *colonialidad* del poder, entendido como un "patrón de poder mundial" en la dinámica estructural del capitalismo colonial-moderno que se basa, entre otras cosas, en la clasificación social sobre la idea de *racialización* de las poblaciones mundiales, que pone de relieve la experiencia básica de dominación colonial, fundamentada en la racionalidad eurocéntrica, que conlleva la idea de la superioridad de los colonizadores y la inferioridad de los otros (colonizados). Así, persistiría también una fundamentación colonial en las formas en que nos relacionamos con los extranjeros, pues históricamente se ha aprendido a clasificar a los otros racialmente, con base en la diferenciación de los cuerpos que resulta de identificaciones aleatorias relacionadas con su apariencia física, su performatividad, su origen nacional, su género o su identidad de clase, activando un dispositivo de *colonialidad* de la otredad que restringe las posibilidades del reconocimiento y el diálogo intercultural. La otredad también está permeada por la colonialidad.

Precisamente, siguiendo una perspectiva genealógica, Santiago Castro-Gómez (2019) plantea que esta colonialidad del poder se despliega también en el nivel microsociológico, en el de la subjetividad. Esto permitiría entender cómo la microfísica del poder opera en la configuración del sentido común de una sociedad, donde la correlación de fuerzas es consentida/negociada por los dominados. En el caso de Margaret, la posibilidad de su doble nacionalidad (colombo-venezolana), despliega una serie de oportunidades prácticas en un escenario en el que predominan las restricciones para los migrantes.

⁸En un episodio de discriminación que se "viralizó" en redes sociales una mujer colombiana le reclamaba a unos jóvenes venezolanos por ocupar el espacio público en su barrio residencial 'estrato 5' en el norte de Bogotá, señalando a uno de ellos de 'veneco invasor' y exigiéndole que se fuera antes de que llamara a la policía. Frente a esto el joven le respondió que lo hiciera, para que 'conversemos en familia, porque no hay diferencia entre colombianos y venezolanos.' Ver <https://www.youtube.com/watch?v=Ok1-BzlvbbU>

Mi plan era como reunir (ahorrar) bastante, traer a mi mamá en diciembre, y pues el resto del año me iba a nutrir educativamente, o sea en cursos de barismo para quedar bien empapada con eso, ya que pues estoy en la meca del café, hacer otra cosa con laboratorios, si podía conseguir trabajo en otra empresa de laboratorios mejor y así tengo más experiencia, lo mío era más que todo como para nutrirme de información y aprovechar esa ciudadanía, porque pues yo tenía la venezolana, y pues no me sirvió de mucho, la verdad, la tenía y pues nada, lo que se pudo hacer allá, pero de resto uno no tenía tantas oportunidades como aquí, que apenas me vine o sea pude hacer tantas cosas simplemente teniendo un documento, porque eso es lo que es la ciudadanía, un documento y ya, porque de resto yo soy venezolana de pura cepa (Margaret, 20 años, agosto de 2020)

La idea de ciudadanía es generalmente invocada para aludir a un estado de pertenencia o inclusión democrática que, a la vez, está basada en una concepción de comunidad limitada y exclusiva. No obstante, si bien la ciudadanía como 'ideal' incorpora un compromiso contra la subordinación, puede representar un 'eje de subordinación' en sí misma (Bosniak, 2006, p. 7). Linda Bosniak (2006) propone el concepto de no-ciudadanía en cuanto refiere a un estatus del inmigrante, para analizarlo en contraste con la ciudadanía de quienes formalmente pertenecen a la sociedad receptora. Se trata de repensar la ciudadanía desde la ambigüedad que contiene, la cual se expresa en términos de desigualdad y exclusión, particularmente en el caso de la inmigración.

La pertenencia puede tener varias acepciones: ser miembro, ser residente, ser correctamente ubicado o clasificado, encajar en un ambiente específico. La pertenencia, además, tiene dimensiones multinivel, esto es, se manifiesta en múltiples capas, a la vez que se asocia con experiencias del pasado y el presente, de la memoria y el futuro conectados a un lugar (Fenster, 2004). De esta forma, se despliegan las

prácticas cotidianas de pertenencia que construyen este sentimiento, y que varían entre hombres y mujeres en relación con la división de los roles de género que deben asumir los migrantes cuando incursionan en la ciudad. En teoría, los inmigrantes venezolanos que tienen documentación, según el tipo de que se trate (Visa, Permiso Especial de Permanencia, Tarjeta de Movilidad Fronteriza), podrán acceder al mercado laboral, a servicios educativos, de salud, etc. En contraste, aquellos en situación "irregular" enfrentan mayores barreras para acceder a los derechos ciudadanos más básicos y son más proclives a todo tipo de explotación (Cabrera, Cano y Castro, 2019). En Bogotá los inmigrantes buscan obtener la regularización migratoria y el acceso a la ciudadanía. De hecho, este es el principal motivo de consulta que refieren migrantes y retornados en la Personería de Bogotá⁹ (70%).

En ese sentido, cabe preguntarse: ¿ciudadanía de y para quién exactamente? Los inmigrantes venezolanos tienen una ciudadanía dividida en la práctica dentro las espacialidades urbanas. Esta exclusión del estatus de ciudadanía formal genera la inquietud acerca de cuáles son las posibilidades de aplicabilidad de la ciudadanía a las personas más allá de los límites de la sociedad nacional, y qué implicaciones tiene para aquellas que incursionan en contextos urbanos multiescalares y que carecen de ciudadanía por definición legal (los no-ciudadanos).

Reflexiones finales

Las mujeres y los hombres venezolanos llegan a Bogotá porque ven en la capital un escenario de mayores posibilidades para generar ingresos, lo que les permite sobrellevar su situación, también esperan encontrar menores niveles de discriminación y acceso a los servicios sociales básicos, dada la infraestructura institucional de la ciudad. Además, procuran ser reconocidos como

⁹Entidad encargada de velar por los Derechos Humanos de las personas en Bogotá.

ciudadanos y buscan regularizar su estatus migratorio. De otro lado, su trasegar expresa múltiples cambios de itinerario y desplazamientos al interior del espacio urbano que se dan de acuerdo a las posibilidades y restricciones que encuentran para la (re)producción de su vida cotidiana.

Los migrantes ingresan al dominio espacial de la ciudadanía universal, pero siguen siendo forasteros en un sentido significativo, la frontera los sigue efectivamente dentro (Bosniak, 2004). Para el caso que nos ocupa, lo paradójico, e interesante a la vez, es que en algunas narrativas institucionales en las que se indican las rutas de atención en salud, educación, empleabilidad, etcétera, se denominan los inmigrantes como "ciudadanos venezolanos" (Personería de Bogotá, ACNUR, 2020). Esta narrativa pareciera definirlos así precisamente para ratificar que esta es su principal carencia. Los inmigrantes venezolanos tienen una ciudadanía oscilante en la práctica dentro del espacio urbano.

El análisis de las narrativas espaciales de los migrantes constituye un proceso de mediación entre la realidad empírica -fijada en registros diversos- y el analista cultural, para rastrear los procesos de narrativización e identificar las tensiones culturales que no son evidentes a primera vista, y que dinamizan los procesos de significación social y cultural de la extranjería en las espacialidades urbanas, en los cuales parece operar un dispositivo de colonialidad del poder que permea la configuración de la otredad y, en algunos casos, alienta la discriminación y la xenofobia. En la medida en que en el espacio urbano confluyen estructuras desiguales de poder dentro de múltiples redes jerárquicas (Çağlar y Glick-Schiller, 2018), la relación entre los migrantes y la ciudad es tensionante y, por ende, es necesario analizarla en las múltiples

intersecciones que se producen y que dan lugar a diversos modos de emplazamiento de los migrantes en cuanto extranjeros en la producción-construcción multiescalar de la ciudad.

En Bogotá los venezolanos no hacen parte de la nación, son "otros", son inferiorizados por su identidad nacional frente a quienes "realmente" (se supone) tienen derecho a permanecer en el territorio. Sin embargo, los inmigrantes se resisten a tal inferiorización cuando aducen que "no hay diferencia entre colombianos y venezolanos", recurriendo al principio universal contenido en su clasificación abstracta como ciudadanos extranjeros para reclamar una ciudadanía en la práctica, esto es, en el espacio urbano. Se configura así una tensión cultural que desestabiliza las estructuras de significación, a la vez que produce nuevos significados sobre la ciudadanía y la otredad en relación con la extranjería en las espacialidades prácticas de la vida cotidiana en la ciudad. Mientras los inmigrantes van incursionando en la ciudad, los colombianos van construyendo narrativamente a los venezolanos como extraños, y estos, a su vez, narrativizan su experiencia en la ciudad. De esta forma, se despliegan dispositivos de clasificación mediante la intervención activa de los sujetos, que interpretan la interacción y la diferencia cultural para justificar su rechazo o condicionar su aceptación. Así, en el análisis de las narrativas espaciales de los migrantes es posible identificar y analizar las tensiones culturales que ponen en evidencia nuevos procesos de significación sobre la ciudadanía y la otredad en relación con la extranjería, particularmente en la multiescalaridad de las espacialidades urbanas.

La narrativización de la experiencia migratoria, al incorporar las espacialidades, construye significativamente los lugares en los que se

(re)produce la vida cotidiana (De Certeau, 2000). Las ciudades representan una compleja trama material y simbólica que, más allá del ordenamiento y la planificación urbana, resulta de la experiencia de las personas con los espacios urbanos, expresada en términos de prácticas, imágenes e itinerarios, que deben ser analizadas, también, en términos de género (Soto-Villagrán, 2011). En ese sentido, las significaciones de la extranjería se articulan, a su vez, a los lugares del espacio urbano que se fundamentan en la experiencia, en los lugares practicados, en los que resaltan las diferencias de comprensión y construcción de espacialidades en las que participan los migrantes en la ciudad y que incorporan, así mismo, sentidos multiescalares.

Bibliografía

Beebeejaun, Y. (2016). Gender, urban space, and the right to everyday life. *Journal of Urban Affairs*. <https://doi.org/10.1080/07352166.2016.1255526>

Besserer, F. (2016). Ciudad transnacional y ciudad global. Intersecciones teóricas y empíricas. En F. Besserer (ed.) *Intersecciones urbanas: Ciudad transnacional / Ciudad global*, (pp. 16-41) Universidad Autónoma Metropolitana.

Bosniak, L. (2006). *The citizen and the alien: Dilemmas of contemporary membership*. Nueva Jersey: Princeton University Press.

Blunt, A. (2004). Cultural geographies of the home. *Cultural geographies*, 11:3-16.

Cabrera, D. C., Cano, G. M. y Castro, A. (2019). Procesos recientes de movilidad humana entre Venezuela y Colombia: 2016-2018. En *Crisis y migración de población venezolana. Entre la desprotección y la seguridad jurídica en Latinoamérica* (pp. 59-94). Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Çağlar, A. and Glick-Schiller, N. (2018). *Multiscalar City-Making and Emplacement: Processes, Concepts, and Methods*. En A. Çağlar y N. Glick-Schiller, *Migrants and City-making. Dispossession, Displacement, and Urban Regeneration*. Duke University Press.

Carmen (2020, 21 de agosto). [Entrevista registrada en audio] (archivo personal de trabajo de campo).

Corredor, C. (2010). *Política social en clave de derechos*. Universidad Nacional de Colombia.

DANE (2020). *Pobreza multidimensional en Colombia 2019*. <https://bit.ly/2XLfAnN>

DANE (2020). *Principales indicadores del mercado laboral, junio de 2020*. https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/ech/bol_empleo_jun_20.pdf

DANE (2019). *Pobreza multidimensional Bogotá, D. C. Año 2018. Boletín técnico pobreza multidimensional departamental año 2018*. <https://bit.ly/33JF600>

Daniel (2020, 19 de agosto). [Entrevista registrada en audio] (archivo personal de trabajo de campo).

De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano I. Artes del hacer*. Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

De Urbina, A. y Lulle, T. (2011). Rasgos físico-espaciales y usos en el Centro Histórico. En A. Urbina y Lulle, T. (ed.), *Vivir en el Centro Histórico de Bogotá. Patrimonio construido y actores urbanos* (pp. 37-66). Universidad Externado de Colombia.

Fenster, T. (2004). *Gender and the City: The Different Formations of Belonging*. https://www.tau.ac.il/~tobiws/gender_companion.pdf

Graham, J. y Guerrero M. (2020). El efecto del COVID-19 sobre la inclusión económica de los venezolanos en Colombia. Policy Paper 189. Center for Global Development and Refugees International. <https://www.cgdev.org/publication/effect-covid-19-economic-inclusion-venezuelans-colombia>

Lefebvre, H., (2013). La producción del espacio. Capitán Swing Libros.

Lefebvre, H., (1974). La vida cotidiana en el mundo moderno. Alianza Editorial.

Leiny (2020, 20 de agosto). [Entrevista registrada en audio] (archivo personal de trabajo de campo).

Lulle, T. (2019). Diversificación de la población del centro de Bogotá y diferenciación de los espacios de vida cotidiana. En Derecho a la ciudad: una evocación de las transformaciones urbanas en América Latina. F. Carrión-Mena y M. Dammert-Guardia (ed). Clacso, Flacso - Ecuador, IFEA.

McDowell, L. (1996). "Spatializing feminism. Geographical perspectives", BodySpace. Destabilizing geographies of gender and sexuality, Nancy Duncan (ed.) Londres y Nueva York: Routledge.

Massey, D. (1998). Introducción, Caps. 8 y 9. En Space, place and gender, D. Massey, Minneapolis: Minnesota University Press. P.177-211.

Margaret (2020, 20 de agosto). [Entrevista registrada en audio] (archivo personal de trabajo de campo).

Migración Colombia. (2020). Venezolanos en Colombia corte a 30 de abril de 2020. <https://bit.ly/3gLOupT>

Osorio, F. (2007). Territorialidades en suspenso. Desplazamiento forzado, identidades y resistencias. CODHES. Personería de Bogotá, ACNUR (2020). Informe sobre la situación de las personas provenientes de Venezuela en Bogotá, D.C. <https://bit.ly/3a9jVGB>

Proyecto Migración Venezuela (2020). ¿Más integrados de lo que creemos? Migración venezolana en Bogotá y municipios vecinos. En <https://migravenezuela.com/web/articulo/mas-integrados-de-lo-que-creemos-migracion-venezolana-en-bogota-y-cundinamarca/2125>

Salcedo, A. (2015). Víctimas y trasegares: forjadores de ciudad en Colombia 2002-2005. Universidad Nacional de Colombia.

Soto-Villagrán, P. (2011). La ciudad pensada, la ciudad vivida, la ciudad imaginada. Reflexiones teóricas y empíricas. La ventana, 34/ 2011.

Soto-Villagrán, P. (2018). Hacia la construcción de unas geografías de género de la ciudad. Formas plurales de habitar y significar los espacios urbanos en Latinoamérica. Perspectiva Geográfica, 23(2). 10.19053/01233769.7382

NOCTARIAS: ESPACIALIZANDO EL TRABAJO INFORMAL DE LAS VENDEDORAS AMBULANTES DE LA AVENIDA REVOLUCIÓN EN LA CIUDAD DE TIJUANA

Introducción¹⁰

Con la emergencia de las modalidades de producción y organización propias del capitalismo, se ha producido una redefinición de las estructuras y dinámicas laborales caracterizadas por su deterioro. Ante este panorama, el presente ensayo constituye un análisis espacial del trabajo informal de mujeres vendedoras ambulantes en la Avenida Revolución, zona centro de la ciudad de Tijuana, como generador de precariedad laboral.

Para tal propósito, el primer apartado revisa los aportes teóricos del concepto de informalidad vinculado al trabajo, a través de un conjunto de acepciones que enmarcan los procesos de ajuste y reestructuración del trabajo propios de

una lógica capitalista de organización económica y social. Se trata, desde la teoría socioespacial, de pensar que el nexo entre el fenómeno del trabajo informal, la precariedad que genera y el espacio como articulador de las interacciones y relaciones sociales que dan forma y significado a la vida social, puede comprenderse a partir de tres dimensiones: una estructural, una simbólica y una de género.

En el segundo apartado, dedicado a la ciudad y los trabajos informales, nocturnos y precarios, presentamos algunas ideas para repensar sus características e implicaciones centrándonos en el comercio ambulante realizado por mujeres. Planteamos las bases analíticas que permiten comprender cómo está configurada una parte del centro de la ciudad de Tijuana en una temporalidad específica: la noche.

El tercer apartado gira en torno a un ejercicio de deriva y observación participante que nos aproxima al espacio urbano con la finalidad no



Foto 1. Archivo fotográfico de derivas. Tijuana, Agnes del R. Jiménez Romo, 2020.

¹⁰Reconociendo que todo texto es un tejido que se construye con ideas en común en el que confluyen distintas perspectivas, optamos por una redacción en primera persona del plural y el uso de la "x" para señalar una polifonía de voces, así como de presencias femeninas, masculinas, y de mujeres y hombres.

Aportes teóricos del concepto de trabajo informal

La cuestión de la informalidad

El estudio e interpretación de la informalidad como un fenómeno vinculado al trabajo nos pone de frente a situaciones socio-económicas caracterizadas por actividades que generan ingresos que no provienen de los empleos contractuales regulados (Portes, 1995). Esto nos plantea repensar las formas actuales de producción y organización capitalista que se ubican en un contexto global de reestructuración laboral, permeado por la ausencia de derechos laborales e ingresos dignos que remuneren el trabajo productivo y reproductivo que permita sostener y mejorar las condiciones de vida de las mujeres y, que como veremos más adelante, las coloca en una particular situación de incertidumbre y vulnerabilidad.

Keith Hart (1973) a inicios de los setenta abrió el campo de estudio de la informalidad y, desde una perspectiva antropológica, observó que las personas recurrían hacia fuentes de ingreso complementario como una alternativa ante las limitaciones e insuficiencias de ingreso que presentaba el empleo organizado. Sus reflexiones lo llevaron a asociar la "formalidad" con el trabajo asalariado y la "informalidad" con el realizado por cuenta propia. La perspectiva dualista del autor, y su profundización, fue retomada por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y el Programa Regional de Empleo para América Latina y el Caribe (PRELAC) para caracterizar la informalidad laboral a través de una serie de factores, tales como: a) la facilidad de entrada a dicho mercado de trabajo, b) la dependencia hacia los recursos locales, c) la operación de actividades a pequeña escala, d) la ausencia de tecnología para la fuerza de trabajo, e) los ingresos bajos e inestables, así como f) los escasos niveles de capital que propiciaban la operación en mercados no regulados (OIT en Rendón y Salas, 2000).

A estas características que conceptualizan el trabajo informal, se unen los aportes relevantes de otros autorxs que han identificado que este mismo opera fuera de relaciones contractuales oficiales, sin ninguna garantía de seguridad social y que por lo tanto, genera una reducción de los ingresos al mínimo -o muchas veces inferior a eso- establecido por las leyes (Cotay Navarro, 2016).

Por su parte, Alejandro Portes y William Haller (2004) ponen el foco en el análisis empírico del sector informal representado por lxs trabajadorxs por cuenta propia, lxs trabajadorxs familiares no remuneradxs y trabajadorxs del servicio doméstico, a partir de lo cual arguyen que el trabajo informal no debe inscribirse en marcos teóricos generales que lo analicen como un fenómeno universal. Los autores se separan de la propuesta de Hart y la OIT puesto que consideran que sitúa a la informalidad como sinónimo de pobreza y por lo tanto, es necesario considerar la presencia de múltiples e independientes criterios entre las diversas y heterogéneas concepciones de informalidad, como lo es el declive del trabajo formal marcado por la flexibilización y la precariedad, (Pérez Sáinz, 1991, 1995).

La perspectiva que plantea Enrique De la Garza (2011) es de especial relevancia, pues nos ayuda a comprender de manera más amplia la noción de trabajo. Esta afirma que las prácticas laborales no deben reducirse a su forma clásica, representada por la condición asalariada, sino que deben expandirse a otras prácticas heterogéneas que toman la calle, la casa o el barrio como espacialidades laborales. Para el autor, el mundo del trabajo se amplía al "mundo de vida" (p.20) para dotar de sentido tanto a las actividades laborales como a las formas de llevarlas a cabo.

La cuestión de la informalidad, más allá de pretender alcanzar su caracterización, nos pone en dirección a entenderla como un modo de adjetivar las

condiciones de las relaciones laborales, en tanto que actividades de producción, que detentan modalidades de empleo y de contratación irregulares. Esto implica tanto estudiar la informalidad en términos de quienes la llevan a cabo y a profundizar en algunos contextos en los que la informalidad laboral fortalece y reproduce un continuo de precariedades en las condiciones de vida, gracias a la ausencia de garantías y protecciones sociales que lo asocian con empobrecimiento y exclusión (Benería y Roldán, 1992).

El anclaje espacial del trabajo informal

Así presentados estos planteamientos sobre la dimensión conceptual del trabajo informal, nos interesa reflexionar sobre la misma desde una perspectiva socioespacial. Para tal propósito, es imprescindible partir de que la dimensión espacial nos permite comprender las formas en las que el espacio y el tiempo constituyen una díada inseparable para comprender cómo se estructuran los fenómenos de la vida social.

Con la incursión del llamado giro espacial de las ciencias sociales se subsanaron las obviedades que durante algún tiempo provocaron la poca atención a desarrollar una reflexión teórica profunda y explícita sobre el papel del espacio en la constitución y transformación de la sociedad (Lindón, 2004). En este sentido, gracias al trabajo de diversos autorxs como Henri Lefebvre (1978, 2013), Michel De Certeau (1997), Doreen Massey (1998) y Pierre Bourdieu (1999), se inaugura un análisis del espacio que trasciende la idea de ser un receptáculo de acontecimientos históricos, políticos y sociales, para verlo como un proceso, activo, dinámico y heterogéneo donde se despliegan lazos y relaciones sociales que dan forma y significado al complejo entramado de la vida social y su esfera cotidiana (Lefebvre, 1978).

De acuerdo con Bourdieu (1999), todo espacio cuenta con una dimensión material y una dimensión simbólica que se mantienen interrelacionadas, donde se expresan los encuentros y las tensiones vinculadas a la forma en que los actores sociales se apropian de él. Siguiendo al autor, el nexo inquebrantable que se establece entre los procesos sociales y el espacio, se distingue porque los primeros se materializan en el segundo, porque en el espacio se reifica la diferenciación social pero también se expresan las complejidades de la vida social.

Por otro lado, Lefebvre (2013) pone en consideración la perspectiva histórico-materialista propia del pensamiento marxista, que ve al espacio como el escenario donde se producen las mercancías y que por lo tanto, agrega a toda la clase trabajadora. Para superar este planteamiento, afirma que el espacio no debe verse como una materialidad que carece de sentido, como los productos que solo se intercambian o se consumen, sino como una constante dialéctica entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas, "el espacio no se puede concebir de manera aislada [...] es producto y productor, soporte de las relaciones económicas y sociales" (Lefebvre, 2013:56). En este sentido, cada sociedad va a producir su propio espacio a través de formas específicas de concebirlo, apropiarlo, organizarlo, practicarlo, nombrarlo y relacionarse con él, y al hacerlo, se va configurando poco a poco a sí misma. Desde nuestra perspectiva, y con base en las argumentaciones conceptuales propuestas, podemos dar cuenta de por lo menos tres dimensiones en el nexo entre el trabajo informal y el espacio. La primera de ellas, estructural, a partir de los planteamientos de Lefebvre (2013), da cuenta de la dialéctica entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas para afirmar al espacio como producto y productor. La segunda, añade la dimensión simbólica del espacio (Bourdieu, 1999) y lo coloca como materialización de los procesos

sociales. Y finalmente, una tercera, de género (Massey, 1998), que al ser construida socialmente, al igual que el espacio, es producto de la relacionalidad, es abierto e inacabado. En ella se inscriben significados y creencias que reproducen la cultura, el devenir histórico-contextual y las dinámicas del poder.

Podemos decir entonces que el trabajo informal se sostiene a través de dispositivos temporales (jornadas laborales) y espaciales (de trabajo y degradación de sus condiciones) que, junto a las modalidades de producción y organización capitalista (explotación de la fuerza de trabajo), se erigen como los rasgos que acompañan la supervivencia laboral frente a un modelo de trabajo estable y asalariado cada vez más lejano. Esto permite comprender el trabajo informal, desde una de sus formas de adjetivación, la precariedad laboral a la que son expuestos a diario diversos sectores de población.

La ciudad y los trabajos nocturnos y precarios

Trabajo informal, precariedad y género

El trabajo informal es una realidad que persiste en América Latina a través de desigualdades que sitúan a las mujeres en una incrementada tendencia a acceder al trabajo no formal o al subempleo (Vega, Del Valle y Saltzmann, 2019). De acuerdo con Cristina Cielo y Cristina Vega (2015), las mujeres experimentan la peor parte de esta realidad, puesto que viven las desigualdades de género en los mercados laborales a través de normas informales presentes en la división sexual del trabajo y en la falta de políticas públicas y privadas que garanticen la igualdad de acceso a oportunidades laborales.

En la actualidad las mujeres tienen una alta participación en el trabajo remunerado, pero en este mismo se concentran altos índices de irregularidad e informalidad (Vargas, 2019) en los que persiste una segregación basada en el género. Es el caso del

comercio ambulante, actividad económica que al no estar regulada ni protegida por el Estado, posee un carácter feminizado que lo asocia a un proceso de empobrecimiento y exclusión provocado por las grandes crisis económicas vividas en América Latina (Benería y Roldán, 1992; Vega y Bermúdez, 2019).



Foto 2. Archivo fotográfico de derivas. Paisaje nocturno, Agnes del Rosario Jiménez.

Las mujeres que llevan a cabo trabajos como vendedoras ambulantes, poseen escasos recursos económicos y con frecuencia son jefas de familia que buscan un complemento al ingreso familiar, como parte de una estrategia de supervivencia (Vega y Bermúdez, 2019). Trabajos informales con bajas remuneraciones que implican largas jornadas, pero que al mismo

tiempo pueden generar mayores ingresos que el trabajo formal. Así ha sido documentado por Laura Velasco (en López, 1998) en un estudio sobre las dinámicas de las mujeres migrantes mixtecas vendedoras ambulantes en la ciudad de Tijuana. Estos trabajos no eximen a las mujeres de las tareas reproductivas de sus hogares, por lo que se ven obligadas a "estirar" las horas del día para poder cumplir con dobles o triples jornadas laborales.

Esta situación se ha posicionado como una opción laboral subalterna para amplios sectores de mujeres y es ahí donde emergen vulnerabilidades que se encadenan con otras precariedades en las condiciones de vida (Vega y Bermúdez, 2019). Según los últimos datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOEN), a nivel nacional 4.8 millones de mujeres integran el sector informal del comercio ambulante. El 50.03% de ellas conforman la tasa más alta de ocupación por grupo de edad representada por mujeres de 60 y más años que dedican un promedio de 32.42 horas semanales a realizar actividades productivas, generando un ingreso aproximado de 22.15 pesos por hora (INEGI, 2020). A pesar de la situación alarmante que reflejan las cifras, todavía pueden ser consideradas una subestimación puesto que muchas vendedoras no informan de sus actividades por temor a las repercusiones que puedan surgir si sus lugares de trabajo son identificados¹¹.

Al disminuir las oportunidades de trabajo formal y como respuesta a las crisis económicas, las mujeres han tenido que recurrir al empleo por cuenta propia (López, 2002), y la venta ambulante resulta una opción inmediata pero llena de complicaciones. Además de las grandes cantidades de competencia y el descenso en la demanda de los consumidores locales, el contexto actual de contingencia sanitaria, expresado en discursos como el "quédate en casa", puso en evidencia un sistema económico y laboral profundamente desigual y explotador para muchas mujeres que no pudieron dejar de salir a las calles para generar sus ingresos, los cuales se vieron significativamente reducidos por el cese de actividades comerciales y la consecuente ausencia de consumidores locales en los espacios públicos urbanos.



Foto 3. Archivo fotográfico de derivas. Paisaje nocturno, Agnes del R. Jiménez Romo, 2020.

Otro indicador de subestimación se refiere a los sesgos que presentan las propias encuestas, por ejemplo, debido a la pandemia Sars-Cov2 (Covid19) las encuestas presenciales que estaban siendo realizadas para recabar los datos de la ENOEN, tuvieron que trasladarse a una modalidad telefónica. Esta variable presenta un sesgo en la información puesto que no todas las personas cuentan con servicio telefónico en el hogar.

Como ya hemos mencionado, se trata de mujeres que además de realizar trabajo reproductivo no remunerado, aprovechan las ocupaciones y labores que se desarrollan por la noche como fuente de ingreso y que viven una doble o triple jornada de trabajo precarizada e invisibilizada. Que son vistas como "fuera de lugar" en muchos contextos sociales porque trasgreden la dicotomía opresora público-privado, que perpetúa nociones patriarcales del lugar que les corresponde a las mujeres en la vida social (Ortiz, 2017) y por ello, están forzadas a asumir los riesgos de experimentar violencias, sobre todo las que atacan a sus cuerpos, tales como la violencia sexual y sus distintas modalidades, hasta el feminicidio (Ortiz, 2017; Soto, 2013). Lo anterior se manifiesta en sensaciones de temor, preocupaciones, miedo, desventaja y vulnerabilidad (Soto, 2013).

Las reflexiones anteriores en torno al trabajo informal, y sobre todo la precariedad laboral que le es consecuente, nos ofrece elementos de profundización y nos sirven para ubicar la urgencia con la que debe estudiarse la situación laboral para las mujeres. Consideramos que aún existen muchos vacíos sobre su contexto, sobre todo la falta de categorías analíticas que permitan nombrar las especificidades de su adjetivación. Es por ello que proponemos la categoría de Noctariado para teorizar la precariedad del trabajo informal en un tiempo-espacio delimitado y Noctarias como una categoría que nos da la posibilidad de nombrar a las mujeres insertas en trabajos informales, nocturnos y

en condiciones precarias. Categoría que retomaremos en el tercer apartado de este ensayo.

2.2 Ciudad, nocturnidad y trabajo informal

Situarnos en la ciudad implica adentrarnos en una trama de tiempos y espacios con dimensiones sensoriales y simbólicas donde se contienen encuentros, desencuentros, disputas y apropiaciones espaciales. Una mezcla de distintos registros experienciales conformados por escenarios que narran lo cotidiano, que como describe José Manuel Valenzuela (2012), permanecen abiertos a la exploración, a través de desplazamientos dinámicos, visuales, y sonoros donde se regulan pero, también se trasgreden las experiencias corporales y afectivas.

La ciudad es un espacio interconstruido (Lindón, 2013), configurado por materialidades particulares como las calles, los edificios, las casas y otros elementos que constituyen el paisaje urbano, pero configurado también por las experiencias, subjetividades de quienes la habitan y significan el espacio urbano. Esta compleja y dinámica trama de interacciones y subjetividades puede entenderse como la experiencia urbana (ibid, 2013), que incluye las circunstancias que tejen la vida cotidiana en la ciudad como base empírica para la concepción del espacio, las diversas posibilidades en las relaciones entre lxs sujetos y entre el espacio y la variedad de usos y significados otorgados al espacio por sus habitantes.



Foto 4. Archivo fotográfico de derivas. Viagra, Agnes del R. Jiménez Romo, 2020.

Situamos el análisis en Tijuana, una ciudad heterogénea cuya mirada frontal hacia el muro metálico que la divide de Estados Unidos, le ha constituido un contexto económico determinado por el flujo transfronterizo y las dinámicas del comercio internacional. Para muchas y muchos el inicio de los sueños delinea esta ciudad, mismos que se fincan bajo el horizonte de la mejora en las condiciones de vida.

Tijuana, al ser una ciudad de paso, ha ido construyendo un mercado laboral en el cual el comercio ha significado una fuente importante para la permanencia del empleo en el sector informal. Tal como Silvia López (2002) lo explica en su estudio sobre las mujeres que trabajan por cuenta propia en sus hogares como vía de generación de ingresos familiares. La autora afirma que el empleo en el sector informal y sus distintas modalidades han estado presentes en la ciudad desde la crisis económica detonada a principios de la década de 1990, lo que expandió el trabajo femenino en un mercado laboral no estructurado. Así, podemos encontrar actualmente a mujeres vendedoras ambulantes que son parte del tejido urbano de la ciudad, especialmente concentradas en diversos puntos de la zona centro, en sus diversas avenidas.

El centro de la ciudad de Tijuana se caracteriza por ser un espacio donde convergen un sinnúmero de actividades comerciales enfocadas en el comercio y el turismo. Su ritmo está marcado por el tránsito de la temporalidad, donde lo diurno y lo nocturno intervienen en la configuración de las prácticas espaciales y de las formas de sociabilidad que se articulan en las calles. Entorno en el que es posible identificar la noche desde su perspectiva laboral, que pone el foco en la generación de capital a través de la llamada economía del tiempo nocturno¹² (Becerra, 2018) integrada por bares, restaurantes, centros nocturnos, las llamadas discotecas o salones de baile. Esta dinámica productiva también propicia la emergencia de economías subalternas como la

generada por el trabajo informal y el comercio ambulante, a través de la venta de alimentos elaborados para el consumo inmediato y una diversidad de productos afuera de los centros nocturnos y demás comercios privados que aprovechan el flujo de personas.

La noche, más allá de ser un tiempo natural, es una construcción social y espacial (Lindón, 2013) que está determinada por complejos procesos históricos y culturales (Margulis, 1994), que a la vez están significados por las experiencias particulares de los actorxs sociales. A este proceso de significación social, cultural, temporal y espacial alrededor de la noche y de quienes participan de ella, Alicia Lindón (2013) lo llama nocturnidad y lo vincula al consumo producido por la demanda lúdica, con un carácter urbano cuya espacialidad no se extiende a toda la ciudad sino a puntos específicos que actúan como espacios liminales donde actos habituales como el tránsito pueden transformarse en encuentros.

Siguiendo las ideas de Lindón, la nocturnidad ocurrirá en tiempos y espacios particulares e interconstruidos por las interacciones sociales y el encuentro de las subjetividades. Por lo tanto las prácticas determinan la nocturnidad, para quienes son consumidorxs de la economía de tiempo nocturno las prácticas estarán determinadas por el ocio, lo lúdico y la dispersión, mientras que para quienes laboran la nocturnidad los determinantes serán las posibilidades de generación de ingresos. La nocturnidad que se produce en el centro de Tijuana se ancla tanto al interior (lo privado) de los distintos espacios comerciales donde se generan interacciones sociales lúdicas, como en la calle (lo público) a través de trayectorias y derivas que, al estilo de De Certeau, dan cuenta de la producción de sentido que se genera a través del uso, apropiación, práctica y consumo de las ciudades y de lo urbano. Lo privado y lo público, al ser constitutivos de las redes espaciales que

¹²De acuerdo con Julio Becerra (2018) la economía del tiempo nocturno o Night Time Economy es una fuente de empleo que diversifica la oferta de actividades sociales y económicas para las ciudades. También es una oportunidad para regenerar y revitalizar áreas urbanas que caen en desuso a una hora determinada, pero también puede ser un mecanismo de control y segregación social.

producimos, renuevan la lectura urbana al generar nuevos recorridos que no forman parte de los relatos centrales de la ciudad, donde es posible que emerjan experiencias y se propicie el carácter interconstruido de la ciudad.

Las mujeres vendedoras ambulantes son productoras de nocturnidad, con sus prácticas de trabajo informal, bajo condiciones profundamente desiguales, inestables y precarias, se tensan las normas que regulan el espacio público puesto que la gran mayoría de las vendedoras ambulantes trabajan sin permiso y por lo tanto son objeto de acoso policial o de la expulsión de sus sitios de venta. Pero también trasgreden la dicotomía opresora público-privado, que perpetúa nociones patriarcales del lugar que les corresponde a las mujeres en la vida social. A consecuencia de esta tensión y transgresión, disputan el espacio a través de mecanismos de negociación con las instancias estatales, que en clave de De Certeau, funcionan como tácticas de resistencia para poder ocupar el espacio y con ello,

hacer efectivo el ejercicio de un derecho que les permita subsanar las desigualdades a las que se enfrentan.

Las nocturnas de la Avenida Revolución

Para poder aproximarnos al espacio urbano y con ello identificar a las mujeres vendedoras ambulantes de la Avenida Revolución en el centro de la ciudad de Tijuana, realizamos un ejercicio de deriva que incluyó observaciones participantes. Estas fueron anotadas en un diario de campo con el objetivo de que, a través de la experiencia urbana en primera persona, poder hilar una red de situaciones y descripciones sensibles sobre las mujeres que trabajan en el comercio ambulante, sobre las actividades que llevan a cabo y sobre el espacio donde están ubicadas, así como las dinámicas que ocurren en el entorno urbano que ocupan. Esto con el fin de producir una cartografía subjetiva de la ciudad.



Foto 5. Archivo fotográfico de derivas. Rojo, Agnes del R. Jiménez Romo, 2020.

Ejercicio de deriva y observación

En su análisis sobre la invención de lo cotidiano, Michelle de Certeau (1997) propuso el concepto de deriva para comprender la producción de sentido que se genera a través del uso, apropiación, práctica y consumo de las ciudades y los diversos espacios que las constituyen. La deriva es para el autor, la expresión de una relación de naturaleza polisémica con la ciudad, a través de trayectorias sin rumbo para permitir que las interacciones, conversaciones y otros acontecimientos emerjan de los flujos físicos y subjetivos.

Entendemos la deriva como una exploración, un reconocimiento espacial, para identificar cómo están constituidos los espacios y las dinámicas socio-espaciales de las personas que los ocupan o habitan (Colectivo Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo, 2017). A través de estos recorridos se involucra la experiencia sensorial y emocional, motivo por el cual la metáfora visual de una fotografía que está siendo revelada, nos parece ideal para explicar cómo la deriva va develando la morfología y composición de la ciudad.

Nos apropiamos de la noción de deriva, pero a diferencia de De Certeau, esta se construyó de manera situada a través de dos trayectorias que fueron trazadas a partir de los puntos terminales del taxi colectivo en el que nos trasladamos cotidianamente al centro. Ambas trayectorias tienen como eje central la Avenida Revolución, y fueron elegidas debido a la concentración de negocios que responden a la economía nocturna de la ciudad. Esto propicia que a los alrededores, en las aceras, se establezcan actividades de trabajo informal y ambulante donde hay participación de mujeres, un espacio idóneo para observar las dinámicas del noctariado.

La técnica de la observación participante, como ejercicio activo de la deriva, permite relacionar la materialidad del espacio con quienes lo ocupan y las

formas en las que lo hacen, para con ello, comprender el uso social del espacio. Esta técnica se utilizó para hacer un reconocimiento del espacio e identificar a las mujeres que trabajan en él, cómo son y cuáles son algunas de sus dinámicas de trabajo, para con ello crear una descripción sobre una cotidianidad localizada.

Tanto las derivas como las observaciones fueron realizadas a lo largo de 6 noches con el objetivo de conocer el ritmo de esta zona de la ciudad a lo largo de la semana. Estar en el lugar nos permite saber qué sucede en él y comprender las relaciones sociales y espaciales que suceden. Se realizó un registro fotográfico y videográfico¹³ sobre elementos y situaciones que consideramos importantes para describir el entorno urbano. En el diario de campo se incluyen la descripción del paisaje urbano, las sensaciones percibidas, la vida en la calle, las mujeres trabajadoras ambulantes encontradas durante el trayecto y los pensamientos, recuerdos, emociones e ideas evocadas durante el mismo.

Este ejercicio de deriva y observación no intenta recrear una experiencia como sucede habitualmente para crear descripciones totalizadas del espacio, sino que toma en cuenta el carácter dinámico e inacabado del mismo. Pues como menciona Edward Soja (1996), el espacio puede ser al mismo tiempo subjetivo y objetivo, material y metafórico, proceso generador de la vida social, pero también resultado de esta misma.

Hallazgos

La Avenida Revolución es una arteria comercial que conecta el circuito de calles principales del centro de la ciudad de Tijuana. Es un corredor estratégico que enlaza a los distintos barrios aledaños. Sus calles se nutren de peatones que transitan las calles por el flujo del comercio. A continuación, presentamos los hallazgos recogidos durante las derivas y la observación del espacio.

¹³El registro derivó en la realización de un StoryMap que permite la creación de narrativas multimedia a través de herramientas cartográficas. El ejercicio puede ser consultado en el siguiente enlace <https://arcg.is/1TzjTK>

Tabla 1. Deriva 1

Fecha	Lunes, miércoles y viernes (5, 7 y 9 de octubre de 2020)
Hora de inicio	7:30 pm.
Hora de término	11:30 pm.
Trayectoria	Sobre la Av. Niños Héroes hasta la calle Carrillo Puerto o Tercera. Después sobre esa calle hasta llegar a la Av. Revolución. De ahí hasta llegar a la calle Miguel Hidalgo u Octava. Después mismo recorrido de manera inversa.
Distancia recorrida	6.32 kilómetros caminados.
Descripción del paisaje urbano	Las cuadras caminadas sobre la calle Tercera están poco iluminadas, en las aceras caminan pocas personas, algunxs solo esperan el transporte público, todos los comercios están cerrados. Hay muchas bolsas de basura en la calle y varias personas durmiendo en las calles. Las fachadas de los comercios son homogéneas: cortinas de metal con grafitis. Los edificios son de uno o dos pisos, los segundos pisos aparentemente están desocupados. Sobre la Avenida Revolución todo cambia, es muy iluminada y con muchos negocios abiertos, los edificios que allí se encuentran no son de gran altura, 5 pisos como máximo. Predominan los comercios de servicios (bares y restaurantes), los de bienes están cerrados, salvo la farmacia, la licorería, y las tiendas de conveniencia. En estos días la Avenida Revolución se transformó en un espacio de tránsito peatonal, se bloqueó el acceso a los vehículos y la gente puede caminar a lo largo y ancho de la avenida. Los restaurantes y bares han tomado parte de las banquetas para colocar mesas para recibir más personas. Hay muchos locales con letreros de "Se Renta".
Sensaciones	Los olores que se pueden percibir cuando caminas sobre la Avenida Revolución cambian conforme el andar. En las esquinas predomina el olor de la carne y las salchichas para las hamburguesas y hotdogs, en algunas cuadras el aroma de la comida se mezcla con el olor a orín y basura. Se percibe una sensación festiva, la avenida está viva, el sonido de la música es alto. El clima está particularmente fresco.
Vida en la calle	Gente de "paso" que sale de sus trabajos, caminan por la Avenida Revolución quizá porque está más iluminado. Gente que sale de los bares y restaurantes, hay más varones que mujeres, pocas caminan solas. Hay bastante flujo de autos y transporte público. No hay gente sentada en las bancas. "Dicen" que los primeros negocios en el centro de Tijuana fueron licorerías, farmacias y casas de cambio.
Mujeres trabajando en la calle	Las mujeres comerciantes ambulantes instaladas sobre la Avenida Revolución se ocupan de vender alimentos preparados (burritos, hamburguesas, hotdogs) así como, dulces, flores, globos, cubre bocas. No cuentan con un espacio permanente, sino que todos los días arman y desarman su puesto de trabajo, que normalmente consiste en pequeños cajones de madera montados sobre estructuras metálicas que funcionan como carritos para transportar sus mercancías. Los puestos de alimentos por su parte son estructuras con llantas para poder circular por las calles.

	<p>Durante este recorrido exploratorio encontramos 12 mujeres vendedoras ambulantes, la edad de 7 de ellas oscila entre los 60 a 70 años aproximadamente, las demás entre 20 a 35 años. La mayor parte de ellas están acompañadas por varones, niños o por otras mujeres más jóvenes, intuyo sean sus familiares. En algunas se logra observar una actitud amable y sociable, en otras se puede percibir el cansancio en sus cuerpos, sus posturas encorvadas, sus pies hinchados, dos de ellas están sentadas en sillas de ruedas y algunas se mueven constantemente en su espacio de trabajo porque están paradas y no tienen donde sentarse. Dos de ellas tienen una actitud más tímida y pasiva, son vendedoras de hamburguesas, no hablan con los clientes incluso llevan prendas sobrepuestas en la parte superior y el gorro de la sudadera para que cubra sus cabezas.</p>
--	--

Tabla 2. Deriva 2

Fecha	Martes, Jueves y Sábado (6, 8 y 10 de octubre 2020)
Hora de inicio	8:30 pm.
Hora de término	01:00 am.
Trayectoria	De la Av. Niños Héroes y la calle Carrillo Puerto o Tercera hasta llegar a la Avenida Revolución, de ahí hasta llegar a la calle Artículo 123. Sobre esa misma calle hasta llegar a Av. Constitución y de ahí hasta Av. Juárez para regresar a Av. Revolución y llegar nuevamente a la calle Carrillo Puerto.
Distancia recorrida	8.01 kilómetros caminados.
Descripción del paisaje urbano	Sobre la Av. Revolución solo hay bares distintos entre sí, son lugares de baile y su interior no es tan visible. También está la estructura del metrobús. Cruzando la Calle Segunda todo se vuelve más luminoso, al interior de los bares hay mucha gente. Al tomar la calle primera el paisaje cambia por completo, es la calle del trabajo sexual, las banquetas están por completo ocupadas por trabajadoras sexuales y varones jóvenes y viejos. Algunos parecen clientes y otros acompañantes o vigilantes. La presencia masculina es apabullante, hay bares, olor a basura, hoteles y negocios "casuales": una peluquería, una tienda de abarrotes, una cabina telefónica, un café internet. El flujo de autos es constante, formando intermitentemente tráfico. Huele mucho a basura y las calles están descuidadas.
Sensaciones	Olor a basura, a smog, a comida callejera, a tacos, a cigarros. Hace calor, la calle está iluminada.
Vida en la calle	Sobre la Av. Revolución hay gente caminando, platicando afuera de los bares. Sobre la Calle Primera camina poca gente, pero hay muchas personas sobre la acera (en ambos lados) el tráfico es constante, el sonido de la música es alto. En la Plaza Santa Cecilia hay mucha gente en los bares, es la única parte donde he visto que se usan los segundos pisos para los bares. Muchos varones mayores.
Mujeres trabajando en la calle	Las 7 mujeres vendedoras ambulantes encontradas en esta trayectoria comercian artesanías, flores y comida, tampoco cuentan con un espacio permanente. Mujeres entre los 20 y 60 años aproximadamente, casi todas acompañadas por varones, esposos, hijos o jóvenes que no parecen estar trabajando, simplemente acompañan. Las vendedoras de flores cargan cubetas que tienen el logotipo de algunos bares que están en la plaza Santa Cecilia. Esto hace pensar que quizá entablan relaciones de trabajo con esos espacios para que les permitan el ingreso a vender sus productos.

A partir del ejercicio de derivas y observaciones hemos podido percatarnos de la presencia de las nocturnas de la Avenida Revolución, es decir, mujeres vendedoras ambulantes que aprovechan las actividades nocturnas para generar ingresos económicos. Reconocer la presencia de las mujeres insertas en un sector de trabajo informal y precario, nos implica reconocer las desigualdades sociales y económicas que giran alrededor de esta realidad. La mayor parte de las mujeres están en una etapa de vejez, lo cual nos indica que la edad funge como un elemento que determina el acceso a oportunidades laborales, dejando para las mujeres de edad avanzada y con escasos recursos económicos trabajos informales y precarios. Al mismo tiempo, esto también nos indica que la experiencia de la precariedad laboral no se presenta de manera universal, por lo tanto, es necesario profundizar en cómo intersectan otros dispositivos de opresión como el género, el sexo, la raza, el estrato social y la edad para con ello reconocer las particularidades de la precariedad laboral.

La presencia de mujeres con acompañantes nos permite dilucidar dos rutas de análisis. Por un lado, la que tiene que ver con los imaginarios de la inseguridad, sobre los riesgos que hay que asumir por llevar a cabo trabajo en las calles y durante la noche (Ortíz, 2017). Estar acompañadas puede hacer que la ciudad y la noche se experimenten de una manera más "segura" (Soto, 2013). La segunda ruta es la que nos indica las implicaciones de naturalizar que el trabajo reproductivo y de cuidados recaiga exclusivamente en las mujeres y se exprese en pasar las jornadas de trabajo con lxs hijxs en brazos cuando son pequeñxs. Sus implicaciones se expresan en dificultades de movilidad para las mujeres, puesto que el tránsito por la ciudad se complica cuando hay que trabajos de cuidado al mismo tiempo. Con esto se reafirman las dificultades para conciliar la vida familiar y laboral (López, 2002), el esquema social doméstico y reproductivo genera tensiones para las mujeres puesto que no es posible dedicarse exclusivamente al trabajo productivo o reproductivo.

En cuanto a la materialidad del espacio, es posible observar que la escasez de servicios públicos genera desigualdades para las mujeres. El transporte público no tiene servicio 24 horas, la infraestructura urbana es precaria y no hay baños públicos, ante lo cual las mujeres tienen que crear estrategias para poder acceder a estos

servicios y cuidar sus puestos de trabajo al mismo tiempo. Esto aunado a que también tienen que soportar las inclemencias del tiempo, la lluvia, el frío y los cambios de horarios.

Con relación a la dimensión simbólica, podemos intuir que el habitar el espacio es un ejercicio que va más allá de la ocupación y que implica su apropiación. Esto refleja el nexo inquebrantable ente las relaciones sociales y el espacio (Bourdieu, 1999). Así lo pudimos experimentar en las derivas, la disposición de las mujeres en las calles da cuenta de un espacio configurado por una inagotable multiplicidad de capas sobre las cuales se pueden advertir las imbricaciones entre la historia, las relaciones de poder, la cultura, la dominación, la identidad y las subjetividades. Esto es, sin más, un modo específico de vivir la informalidad, de crear significados y valores que dan sentido al trabajo.

Conclusiones

Para algunas mujeres trabajar en las calles y la noche a través del comercio ambulante es una opción disponible para generar ingresos, muy a pesar de que les implique acumular un gran número de horas de trabajo, muy a pesar de las dobles o triples jornadas laborales, y sobre todo, muy a pesar de que signifique asumir los riesgos e inseguridades de un entorno urbano históricamente desigual. Es a partir de esta constatación que nos seguimos sintiendo impulsadas a profundizar en la informalidad laboral, con miras a encontrar caminos de solución, con miras a acompañarnos en nuestras luchas como mujeres. Ofrecemos aquí algunas conclusiones que, sin duda, servirán para formular futuras problematizaciones, futuras preguntas que arrojen nuevas respuestas.

Como hemos visto, en el espacio se fijan las marcas de quienes se apropian material y simbólicamente de él, como un dispositivo donde se reproducen las relaciones sociales y económicas de las sociedades. El espacio se constituye como un soporte que resulta fundamental para articular, reproducir y transformar tanto la fuerza de trabajo como el trabajo en sí mismo. El trabajo informal y el nexo que guarda con el espacio, nos permite comprender cómo se presentan algunas de las desigualdades estructurales que, aunadas al capitalismo y la contribución de políticas neoliberales, han perpetuado

la colonización del trabajo, a través de una larga historia de formas de desprotección laboral, trabajo informal y subalternidad que han facilitado la administración actual del trabajo precario (Gago, 2015).

La incorporación de las mujeres al trabajo remunerado sigue siendo asimétrica en términos de oportunidades, beneficios y salarios. En este sentido, la crítica feminista (Federici, 2018, Cielo y Vega, 2015) ha sido contundente al enfatizar que capitalismo y patriarcado constituyen parte del engranaje de un sistema opresivo que genera formas de explotación articuladas a diversas violencias machistas que por un lado, han invisibilizado el trabajo femenino orientado a la producción y reproducción de la vida y por otro lado, han reproducido y perpetuado la subordinación de las mujeres a través de la explotación de sus cuerpos al servicio del trabajo y de la socialización en la familia. Pues como lo escribe Silvia Federici (2018), "la ideología que contraponen la familia a la fábrica, lo privado a lo público, el trabajo productivo al improductivo, está profundamente enraizada en la división capitalista del trabajo que encuentra una de sus expresiones más claras en la organización de la familia nuclear" (p.30).

Esta es una clave feminista que amplía la comprensión sobre las formas en que las actividades laborales "femeninas" han sido ineludiblemente vinculadas a la precariedad y utilizadas como base de una estructura donde se imbrican complejos sistemas de opresión como la raza, el género, el sexo, la clase social, la etnicidad y la edad, y que han servido para sostener un orden hegemónico que capitaliza la vida. También devela la permanencia del sistema patriarcal que sigue depositando exclusivamente en las mujeres la carga de trabajo doméstico y de cuidados no remunerado, incorporándolas de manera limitada a la fuerza de trabajo o hasta impidiendo su acceso al mercado laboral. Así, la relación entre el género, el espacio y el trabajo informal, nos permite situar espacial y temporalmente las formas diferenciadas en las que se presentan las desigualdades sociales y económicas hacia las mujeres en distintos contextos.

A lo largo de este ensayo hemos desarrollado una problematización sobre el trabajo informal, la espacialidad de una de sus prácticas particularizada en el comercio ambulante y el género desde una perspectiva socioespacial y feminista, situando y definiendo los vínculos que la entretienen. Consideramos que para estudiar el espacio hay que acercarnos, distanciarnos, reconocerlo y mirarlo con extrañamiento, como una actividad de conjunto. Al ser observadoras y partícipes del espacio, la experiencia se sitúa como una categoría central para comprender la imbricación de nuestros itinerarios personales y colectivos y los modos en los que le damos sentido a nuestra cotidianidad.

Bibliografía

Becerra, J. (2018). Productores y productoras de nocturnidad: subjetividad y diferencia de género en la práctica, requerimientos y riesgos del trabajo realizado en bares de la Ciudad de México. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, (4), 1-29.

Benería, L. y M. Roldán. (1992). *Las encrucijadas de clase y género: Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México*. México, D. F.: El Colegio de México.

Bourdieu, P. (1999). Espacio social, espacio simbólico, en *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. España: Editorial Anagrama.

Cielo, C. y C. Vega (2015). Reproducción, mujeres y comunes. Leer a Silvia Federici desde el Ecuador. *Revista Nueva Sociedad*, (256), 132-144.

Colectivo miradas críticas del territorio desde el feminismo. (2017). *Mapeando el cuerpo territorio: guía metodológica para mujeres que defienden sus territorios*. Quito, Ecuador.

Cota, R. y A. Navarro. (2016.). Análisis del concepto de empleo informal en México. *Análisis Económico*, (78), vol, XXXI, 125-144.

De Certeau, M. (1997). *La invención de lo cotidiano*. Vol 1. México: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

De la Garza, E. (2011). *Trabajo no clásico, organización y acción colectiva: construcción de la identidad y acción colectiva entre trabajadores no clásicos como problema*. Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa. México: Plaza y Valdés.

Federici, S. (2018). *El Patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Madrid: Traficantes de sueños.

Gago, V. (2015). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Hart, K. (1973). Informal income opportunities and urban employment in Ghana. *The Journal of modern African studies*, 11, 61-89.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2020). *Nueva Encuesta Nacional sobre Ocupación y Empleo (ENOEN)*. INEGI. Recuperado el 18 de noviembre de 2020, de https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enoe/15ymas/doc/resultados_ciudades_enoe_2020_trim1.pdf

Lefebvre, H. (1978). *El Derecho a la Ciudad*. Barcelona: Península.

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros.

Lindón, A. (2004). Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana. *Revista Veredas*. Vol. 5 (8) 39-60.

Lindón, A. (2013). *Performatividades urbanas: la construcción social de la ciudad a través de los cuerpos que la habitan*. XXIX Congreso Latinoamericano de Sociología-2013: Crisis y Emergencias Sociales en América Latina, Chile.

- Lindón, A. (2017). La ciudad movimiento: cotidianidades, afectividades corporizadas y redes topológicas. *Revista Inmediaciones de la Comunicación*. Vol. 12 (1) 107-126.
- López, S. (1998), Women, urban life and city images in Tijuana, Mexico, *Historical Geography*, Vol. 26, pp. 5-26.
- López, S. (2002). Work, gender and space in a dynamic society. Women´s homebased work in Tijuana, Mexico. *Journal of Developing Societies*, Volume 18, Num. 2-3, pp. 169-195.
- Margulis, M. (1994). *La cultura de la noche: La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Biblos: Buenos Aires.
- Massey, D. (1998). *Space, place and gender*, Minneapolis: Minnesota University Press.
- Ortiz, S. (2017). El lado nocturno de la vida cotidiana: un análisis feminista de la planificación urbana nocturna. *Ágora* Vol,4 (7) 55-78.
- Pérez Sáinz, J. P. (1991). *Informalidad urbana en América Latina. Enfoques, problemáticas e interrogantes*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Pérez Sáinz, J.P. (1995). *Globalización y neoinformalidad en América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Portes, A. (1995). El sector informal: definición, controversia y relación con el desarrollo nacional en *En torno a la informalidad: ensayos sobre teoría y medición de la economía regulada*. Alejandro Portes (coord), M. Á. Porrúa-FLACSO.
- Portes, A. y W. Haller. (2004). *La economía informal*. Santiago de Chile: Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina (CEPAL).
- Rendón, T. y C. Salas. (2000). El cambio de la estructura de la fuerza de trabajo en América Latina, en *Tratado latinoamericano de sociología del trabajo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Soja, E. (1996). *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Soto, P. (2013). Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: Discursos y prácticas sobre la corporeidad y las emociones en *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales*. Miguel Ángel Aguilar y Paula Soto (coords.), M. Á. Porrúa/UAM-Iztapalapa, pp. 183-215.
- Valenzuela, J. M. (2012). *Tijuanas Invisibles. De sueños, miedos y deseos*, Tijuana Baja California. El colegio de la Frontera Norte
- Vargas, L. (2019). Relaciones de gubernamentalidad/colonialidad/trabajo: el caso de las transformaciones en el gobierno de las trabajadoras de la industria de flor cortada en Colombia, 1995-2010. *Cuadernos de administración* 32(58).
- Vega, C. y H. Bermúdez. (2019). Informalidad, emprendimiento y empoderamiento femenino. *Revista de Antropología Social* (28), 345-370.

MUJERES EN LA CIUDAD: ENTRE LOS PAISAJES DEL MIEDO Y LAS RESISTENCIAS COTIDIANAS

Marisol Anzo Escobar

Quien quiera que me acompañe: la caminata es larga, es sufrida... pero es vivida.

CLARICE LISPECTOR

Punto de partida

Se dice que para conocer una ciudad hay que caminarla. Sin embargo, caminar en una ciudad que se percibe como hostil y amenazante convierte esta actividad en una hazaña cotidiana que ha de llevarse a cabo sólo para cumplir los deberes y compromisos sin los cuales la vida, propia o de otros, no puede sostenerse, limitando el andar lúdico, relajante u ocioso. Muchas mujeres estamos familiarizadas con esta situación, con el uso contenido del espacio en aras de sentirnos más seguras transitándolo, lo que nos ha privado deambular, vagar, sumergirnos y adentrarnos en lugares que invitan a ser recorridos (Careri, 2009). Hay una prohibición social implícita y explícita que, valiéndose de distintos discursos, representaciones y dispositivos, pretende restringirnos la movilidad por medio de la amenaza contra nuestra integridad, la cual se apoya en las experiencias violentas reales que vivimos, o que viven otras, y que circulan en el imaginario.

En este ensayo me propongo reflexionar acerca de las maneras en que el miedo a la violencia afecta la forma en que las mujeres experimentamos el espacio vivido de la ciudad y las formas de resistencia cotidiana que llevamos a cabo con nuestro transitar. Para facilitar la exposición, el trabajo se divide en cinco partes. En la primera parte, explico a qué se refiere la propuesta de la producción social del espacio, enfatizando, con la ayuda de la perspectiva feminista, que no sólo el capitalismo sino también el patriarcado intervienen en su configuración y ello tiene consecuencias específicas en la forma en que mujeres y varones habitamos y vivimos el espacio. Luego abordo la relación ciudad-miedo y las consecuencias que ello tiene en la configuración de determinados paisajes invisibles. Enseguida reflexiono acerca de las repercusiones corporales que tiene para las mujeres habitar estos paisajes, al modificar sus hábitos y prácticas cotidianas. Posteriormente llevo a cabo una etnografía

mínima de mi llegada a Tijuana y los primeros tránsitos a pie que hice aquí, enfatizando las emociones y las sensaciones que recorrieron mi cuerpo, así como la influencia que han tenido en mi imaginario de la localidad y también abordo algunas resistencias cotidianas desarrolladas luego de más de un año de vivir en esta ciudad. Finalizo hablando de la necesidad de repensar el derecho a la ciudad desde una perspectiva feminista.

La producción social (capitalista y patriarcal) del espacio desde la mirada feminista

Desde su obra más temprana, Henri Lefebvre señaló que el uso del término espacio era particularmente ambiguo en las ciencias sociales, situación que lo llevó a conceptualizarlo detalladamente hasta afirmar que se trata de un producto social. Este aporte, que en su momento fue crucial en la escena académica, sigue siendo vigente y de sumo valor para serguirlo pensando y problematizando hasta el día de hoy. Pero ¿qué quiere decir exactamente que el espacio sea producido socialmente?

De entrada, esta afirmación nos lleva a pensar que, a contrapelo de la concepción clásica proveniente de la geografía física, el espacio no es algo dado o algo que "está ahí", sino es el resultado de un proceso social de significación (Lefebvre, 1993), de lo que se desprende que el espacio es al mismo tiempo un proceso y un producto surgido en el seno de una sociedad determinada. Esto quiere decir que cada grupo social produce un espacio determinado de acuerdo a un momento histórico particular, lo que nos permite comprender que la producción social del espacio es un proceso inacabado y en contante reelaboración en tanto resulta de una dialéctica conformada por la práctica espacial, las representaciones del espacio y el espacio de la representación o, en la terminología lefebvriana, el espacio percibido, el espacio concebido y el espacio vivido. El espacio percibido, o la práctica espacial, se refiere a la dimensión material de la interacción social. El espacio concebido, o las representaciones del espacio, se refiere al espacio planificado por los expertos. El espacio vivido, o el espacio de la representación, es el espacio interior de las personas, donde conviven la imaginación y el simbolismo (Lefebvre, 1993). A través de esta dialéctica quedará en evidencia que el espacio, además de ser un proceso, es una relación social.

Ahora bien, para Lefebvre (2017) será muy importante destacar que el modo de producción capitalista impuso las condiciones para el surgimiento de una sociedad específica, misma que configuró el espacio capitalista y la forma en que habría que habitarlo. Esto da cuenta que no existe un espacio natural, ni formas naturales de habitarlo, sino que, en tanto construcción social, es histórico y, por lo tanto, está enmarcado en una espacio-temporalidad concreta que a su vez da paso a unos usos específicos. De modo que la forma en que concebimos el espacio en la actualidad se vincula a la idea de propiedad privada instaurada por el capitalismo, misma que ha obturado la posibilidad de pensarlo si no es a la luz de las relaciones sociales desiguales que tienen lugar en él y que al mismo tiempo lo producen y reproducen.

Así, en el espacio capitalista es común observar distintos procesos de acumulación y apropiación y quizá es donde más crudamente se observan los contrastes que genera la riqueza de algunos a costa de la explotación de otros. En el espacio capitalista, mujeres y varones de distinto origen social conviven dentro de la más profunda desigualdad, la cual no se deriva únicamente de la cantidad de recursos económicos que se poseen o no, sino que también tiene expresiones en las diferencias que conlleva habitar el espacio dependiendo de si eres mujer o varón (Bourdieu, 1999). Gracias a la perspectiva feminista hemos podido comprender la estrecha relación entre diferentes sistemas de opresión como lo son el capitalismo y el patriarcado y su reforzamiento mutuo en diferentes sociedades a lo largo de la historia (Dos Santos, 2015).

Por consiguiente, en este trabajo asumo la idea de que el espacio además de ser capitalista es patriarcal, lo que puede observarse en las lógicas genéricas de apropiación no sólo material sino corporal de unos sobre otras. Así como quien posee los medios de producción considera de su propiedad a los trabajadores que venden su mano de obra, debido al componente de poder que existe en la relación laboral y que supone cierto grado de subordinación que le es útil al capital, en la relación entre mujeres y varones sucede algo similar: los sistemas patriarcales operan bajo el entendido de la subordinación explícita del grupo de las mujeres hacia el grupo de los varones (Hunnicut, 2009), lo que se hace manifiesto en un sinnúmero de situaciones. Una de ellas tiene que ver con la forma en que unas y otros recorren y habitan la ciudad.

Algunas geógrafas feministas como Doreen Massey (1998) y Gillian Rose (1993) han señalado que el espacio producido por el capitalismo fue generizado, de modo que la dicotomía sexo-género se extendió a la configuración espacial, generando dos asociaciones: espacio público/trabajo productivo/varones y espacio privado/trabajo reproductivo/mujeres, las cuales ayudaron a reforzar el orden simbólico de género que sitúa a los varones y lo relacionado con ellos por encima de las mujeres y lo relacionado con ellas. Así, en el imaginario social, se reforzó la idea de que a cada espacio le corresponden determinados sujetos, mientras que otros le son ajenos, por lo que si el espacio público es percibido como de sumo derecho para los varones, se verá con extrañeza la presencia de las mujeres o incluso se les percibirá como intrusas, lo que limitará su movilidad y tránsito por determinados espacios.

Cabe señalar que, a través de nuestras prácticas cotidianas, las mujeres hemos puesto en tela de juicio las dicotomías espacio público y privado, trabajo productivo y reproductivo, mostrando que se trata de ideales patriarcales que en la realidad son inexistentes, pues a lo largo de la historia las mujeres hemos tenido presencia y participación en los diferentes espacios y modos de producción y reproducción. Al respecto, cabe señalar que la dicotomía de las dos esferas oscurece la realidad del patriarcado en cuanto que no toma lo privado o personal en el rango, digamos, de una instancia epistemológica para descubrir las relaciones de poder que se dan en la vida personal, relaciones que, en cuanto representan una situación de opresión, afectan y comprometen al todo social (Molina, 1994: 178).

En este sentido, se puede comprender la importancia del esfuerzo feminista por desdibujar las falsas dicotomías que, por un lado, han propiciado el desconocimiento de la compleja trama de relaciones de poder patriarcal que circula en los diferentes espacios y, por el otro, han privado o dificultado el acceso de las mujeres a determinados espacios. En relación al espacio público, las formas en que se nos hace sentir intrusas son variadas, mismas que van desde "inocentes" exclusiones hasta violencias troqueladas por prácticas patriarcales de antiguo raigambre. Estas exclusiones y violencias, que modifican nuestra trayectoria vital y nuestro estar en el mundo, son de distinta índole y se manifiestan con diferentes grados de intensidad, van desde socializarnos

en el temor al afuera, hasta el acoso sexual, la violación, la desaparición y el feminicidio.

A este respecto, Mariana Berlanga (2017), señala que el feminicidio es una práctica esencial para mantener el status quo patriarcal, pues sirve para advertir a las mujeres del peligro que representa vivir solas o salir sin la compañía de un hombre, etc., lo que apunta al control de sus acciones y sirve como "recordatorio de que el espacio público es masculino y la presencia de las mujeres está condicionada a la aprobación de los hombres" (Berlanga, 2017: 109). De acuerdo con Melissa Wright (2007), esto constituye un discurso antidemocrático en tanto apoyan las creencias que sitúan a las mujeres como sujetas cuyo espacio "natural" es el privado, al considerarse que el público es inadecuado y/o peligroso para ellas. En cualquier caso, se está ante estrategias que históricamente se han utilizado para garantizar el control social de las mujeres (Madriz, 2001).

Es importante señalar que las lógicas y prácticas patriarcales generan violencias tanto el espacio público como en el privado, pero las que ocurren en el primero tienen a justificarse socialmente bajo el argumento de que nuestra presencia resulta inapropiada, sobre todo en espacios que tienen una impronta violenta y en temporalidades específicas como la noche. La perspectiva crítica feminista nos permite refutar la idea que estos razonamientos traen consigo, a saber, que el espacio público guarda peligros para las mujeres y, por lo tanto, hallan seguridad en el espacio privado, pues sabemos que uno de los lugares más riesgosos para las mujeres en su propio hogar y que las situaciones de violencia que experimentan en su mayoría son generadas por varones conocidos o con los que tienen algún tipo de vínculo. Pero entonces ¿a qué responde esta falsa asociación?

Violencia y paisajes del miedo

En un interesante replanteamiento de los estudios sobre violencia contra las mujeres, Liz Kelly (1988) señala que a diferencia de la creencia común donde se afirma que las agresiones y maltratos son anormales y episódicos, desde su punto de vista, se trata más bien de una situación normativa y funcional que se encuentra presente a lo largo de experiencia vital de las mujeres, determinando y moldeando sus actitudes en función de una

reglamentación de género que amenaza con castigarlas si desobedecen sus mandatos. De acuerdo con estas ideas, va a proponer el concepto continuum de violencia (Kelly, 1988), el cual pretende dar cuenta del carácter reiterado de la agresión en distintos momentos de la vida de las mujeres, apuntando contra la idea de que el espacio privado es más seguro que el público en aras de mostrar la persistencia que tiene en ambos. Sin embargo, a pesar de que su aporte es insoslayable, resulta de suma importancia señalar que aspectos como la clase social, la racialidad, la adscripción religiosa, etc., van a dotar de especificidad a la situación violenta.

Aquí cabe señalar que la violencia contra las mujeres tiene diferentes arraigos espaciales, pero ahora me interesa centrarme en el relacionado con el espacio público. Como señalé anteriormente, siguiendo la afirmación de que el espacio es una construcción social, se puede derivar que también es una construcción patriarcal que asigna a cada sujeto el lugar "natural" para ser y realizarse; en el caso de las mujeres ese espacio es el privado, cuya representación por excelencia es el hogar. De esta representación se derivan dos consecuencias principales. La primera es que en el imaginario social se configura la idea de que el espacio público es riesgoso para las mujeres, cuando en un sistema patriarcal cualquier espacio lo es. La segunda, es que las mujeres sentimos como ajeno dicho espacio.

El hecho de que las mujeres sientan como más riesgoso el espacio público es paradójico, pues de acuerdo a diferentes estudios es menos probable que sean agredidas en él, lo que hace que su temor sea percibido como algo sin fundamento y sea tildado de irracional (Soto, 2013). Este hecho ha cobrando interés para la perspectiva feminista: ¿si la amenaza no es real a qué se debe el miedo de las mujeres? ¿dónde se origina? ¿cómo se configura? ¿cuál es su función? ¿por qué es desestimado por la sociedad? Atender el miedo que sentimos las mujeres al ocupar y transitar el espacio público es de gran relevancia porque las emociones también forman parte de su construcción social y afectan las experiencias individuales y colectivas que ahí se originan.

Sin embargo, las emociones no son algo tangible en la materialidad del espacio público, por lo que para hacerlas visibles es necesario atender a su dimensión inmaterial.

En este sentido, me parece útil recuperar la noción de paisajes del miedo (Lindon, 2007), los cuales se hacen visibles sólo a través de la experiencia de determinadxs sujetxs, en este caso las mujeres, por lo que resultan invisibles a los ojos del resto de la sociedad. Esto ocurre, porque la realidad observada y experimentada por las mujeres es singular, así como la forma en que ocupamos el mundo. De este modo, los paisajes del miedo suelen ser invisibles, porque resultan de la creación de una interioridad dentro de la exterioridad, esto significa que sólo serán reconocidos "por quien participa de la situación o bien, quien tenga memoria espacial al respecto" (Lindon, 2007: 224). Aquí la interioridad adquiere el estatuto de "recinto de sentido" y en tanto inmaterial no es accesible a todos, lo que no significa que sólo exista para una persona, pues su configuración requiere de un código compartido, que para el caso de las mujeres es el género y las reglas subyacentes a él.

Estos paisajes van a profundizar el sentido del riesgo, fragilidad e inseguridad, de tal modo que la sensación de miedo se identifique con una espacialidad concreta. Sin embargo, los paisajes del miedo no serán estático en tanto se vinculan a elementos materiales e inmateriales, por ejemplo, la materialidad de una calle oscura y empedrada o la experiencia y el recuerdo de habitar un lugar en el que se experimentó la sensación de fragilidad (Lindon, 2004). Como señalé anteriormente, esto tendrá una repercusión en las prácticas concretas de las mujeres, sobre las cuales hablaré a continuación.

Técnicas corporales y hábitos espaciales

Al igual que el espacio, el cuerpo también es una construcción social. Al menos esa es la perspectiva ofrecida por la sociología y la antropología, la cual nos ha permitido saber que tanto el cuerpo como sus formas y movimientos, no se pueden interpretar a la luz de lo que consideramos naturaleza, sino que deben comprenderse como técnicas que surgen dentro de un marco social y espacial determinado (Mauss, 1971). Estas ideas fueron pensadas hace más de un siglo por Marcel Mauss, refiriendo que "los hombres [y las mujeres], sociedad por sociedad, hacen uso de su cuerpo en una forma tradicional" (1971: 337). Esto quiere decir que independientemente de que somos animales humanos, usamos el cuerpo de acuerdo a pautas socioculturales específicas.

En su estudio sobre estas particularidades culturales, Mauss hizo una observación detallada de diferentes técnicas corporales que varían, desde su punto de vista, por el sexo, la edad, la educación, etc. Así habla de técnicas de nacimiento y obstetricia, de crianza, de adolescencia y adultez, de sueño, de actividad y movimiento, entre otras. Esta perspectiva destaca un nivel complejo de observación que desnaturaliza por completo cada movimiento o forma que creemos obvia para utilizar el cuerpo, despojándolo del rasgo monolítico a partir del cuál ha sido pensado y transfigurándolo en lo que Linda McDowell (1999) denomina corporeidad, concepción que, a decir de la autora, da cuenta de mejor manera de esa maleabilidad y plasticidad por medio de la cual el cuerpo se transforma y moldea.

Sin embargo, suele decirse que nadie escapa de su tiempo, por lo que Mauss pasó por alto las implicaciones del género en la construcción del cuerpo y sus movimientos, mucho menos consideró las diferentes opresiones y violencias como determinantes de las técnicas corporales, por lo que se torna necesario detenernos en este punto para pensar cuál es la relación del uso del cuerpo con las violencias experimentadas por las mujeres en los diferentes espacios que habitamos y concretamente en el espacio público.

Al respecto, algunxs autorxs han hecho un llamado a reflexionar sobre las formas en que la violencia incorporada por las mujeres modifica su andar en el mundo (McDowell, 1999; Bourdieu, 2000). Se pueden citar muchos ejemplos, uno es la socialización de género que desde temprana edad establece unos estándares a partir de los cuales las mujeres nos evaluaremos como bellas o feas y llevaremos a cabo toda una serie de técnicas para apegarnos lo más posible al estándar. Otro ejemplo lo encontramos cuando usamos prendas como faldas o vestidos y nos revisamos constantemente para asegurarnos de no mostrar "más de lo debido", llegando incluso a evitarlas si vamos a usar transporte público. Estas técnicas que atentan contra nuestra comodidad, seguridad y libertad, son experimentadas por muchas mujeres, pues el cuerpo guarda la memoria del miedo que provoca estar en un espacio donde nos sentimos limitadas o amenazadas. Estas sensaciones pueden hacernos modificar nuestras rutinas cotidianas, afectando la seguridad con que ocupamos y transitamos

el espacio, obligándonos a desarrollar estrategias que nos den una sensación de mayor confianza.

Los cambios que experimentamos en la forma de llevar el cuerpo, nos revelan que estamos ante un problema que se origina cuando hacemos uso del espacio público. Si transitamos con miedo a raíz de la violencia es, entre otras cosas, porque se encuentra en entredicho nuestro derecho a hacer uso de él, pues nos sentimos y somos vistas como intrusas, cuya presencia en este espacio nos implica riesgos y amenazas. Esta sensación de no pertenencia, vehicula emociones que deterioran la seguridad, pero también genera cambios en la vestimenta y el calzado, en las rutinas y los trayectos realizados, afectando nuestra seguridad ontológica, nuestras prácticas y hábitos cotidianos, autorizándonos ciertos tránsitos y prohibiendo otros, modificando nuestras corporalidades y nuestros sentires. A todas estas modificaciones podemos denominarlas técnicas corporales de la violencia, pues se desarrollan a partir de la situación particular de sentirnos en riesgo, amenazadas, intranquilas e intimidadas en espacios abiertos y públicos como las ciudades.

Llegar a la esquina de Latinoamérica: una autoetnografía mínima

La etnografía como metodología, como método y como forma de escritura ha enriquecido la manera de aproximarnos a nuestro tema de interés a partir de reconocer la imposibilidad de narrar ciertas experiencias mediante el lenguaje científico tradicional. En este sentido, algunos autores la han definido como una antidisciplina (Holmes et. al., 2005; en Quiróz, 2007), en tanto rastrea los conocimientos fugitivos que escapan a las gramáticas habituales. Por otra parte, la etnografía crítica muestra como aquello que consideramos hechos incuestionables, son en realidad ficciones construídas por quien observa (Carter, 2018), en este sentido resulta cuestionadora de las formas canónicas de hacer ciencias sociales y apuesta por destacar la relacionalidad entre autorxs, lectorxs y textos.

En concordancia con los argumentos que pretendo destacar en este escrito, recurro a la etnografía mínima y a la autoetnografía. Retomo la primera porque "es una etnografía breve pero intensa, es decir, una etnografía reducida por/con sentimiento" (Quiróz, 2007: 9) cuya

finalidad es analizar la dialéctica entre lo particular y lo universal. Por su parte, la segunda es retomada en tanto destaca la experiencia personal al considerarla significativa, accesible y evocadora, abriendo paso a la subjetividad, la emocionalidad y al reconocimiento de las múltiples formas en que quien investiga influye en la investigación (Ellis, 1999; Ellis et. al., 2010; Campbell, 2016). Al presentar una autoetnografía mínima también estoy tratando de dar énfasis a aspectos epistemológicos, teóricos y metodológicos de la investigación feminista, que no sólo ha buscado poner en el centro la experiencia vital de las mujeres sino también validarla como objeto de conocimiento. En este sentido la experiencia cobra importancia a través de la mirada analítica que se posa sobre ella y que permite observar que por más particular que sea una vivencia está estrechamente relacionada con una serie de estructuras, en este caso opresivas para las mujeres, de modo que la experiencia que parece ser personal en realidad es compartida con un grupo amplio de sujetas.

A continuación presento una autoetnografía mínima donde relato mi llegada a Tijuana y algunas experiencias vividas en mis primeros meses aquí, destacando los aspectos discutidos en los apartados anteriores.

Era la primera vez que volaba de madrugada. Como el despegue estaba programado algunos minutos después de las cuatro de la mañana, debía presentarme en el aeropuerto con dos horas de anticipación, por lo que decidí quedarme en vela con tal de no tener un contratiempo. Acercándose la hora pedí un Uber y al recibir la confirmación en lo primero que me fijé fue en las placas: MTY2666. Dos mil seiscientos sesenta y seis. Por un momento pensé que Bolaño me jugaba una broma desde el más allá. Cuando el vehículo llegó a recogerme me aseguré de tomar las precauciones "habituales": verifiqué la placa, el nombre del conductor, que no hubiera más personas dentro del vehículo y una vez arriba me fijé que las manijas no estuvieran bloqueadas, que pudiera manipular los cristales de la puerta... "lo normal". Aunque había recorrido infinidad de veces el camino de mi casa al aeropuerto, nunca lo había hecho a esa hora y sola. Llevaba el teléfono en la mano y volteaba constantemente como si supiera que me perseguían. Al mismo tiempo pensaba en lo apacible que se veía la avenida a esa hora, oronda en su quietud. Sólo uno que otro local abierto, uno que otro auto despistado yendo o

viniedo, cuando de pronto apareció una camioneta de la policía con su violenta luz sirena, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Llegamos rápido al destino, la Terminal 1 del Aeropuerto de la Ciudad de México, gracias al nulo aforo vehicular. Una vez ahí, me bajé rápidamente del coche y fui a la cajuela para sacar mi maleta, le di las gracias al conductor y me metí rápidamente. ¡Vaya sorpresa!, por la hora y la temporada ese lugar parecía un desierto. Me dirigí al mostrador para documentar y librarme del equipaje. Todavía me quedaban dos largas horas para deambular por ahí. Lo primero que hice fue ir al baño, más que nada por costumbre porque no tenía necesidad. Al salir me dispuse a recorrer el espacio destinado a las exposiciones, que en días y horas normales resulta el único oasis tranquilo en medio del ruido y la gente que viene y va, pero mis ojos perdieron rápidamente el interés. Por un momento pareció que era la única persona ahí, sola en todo ese lugar. Me sentí un poco abrumada, ¿cómo era posible sentir miedo en un lugar que, si bien solitario a esa hora, sabía seguro? Yendo de aquí para allá llegó el momento de abordar. Por fin dormiría un rato o eso pensaba. Por más que trataba de calmarme no dejaba de pensar que me esperaba en Tijuana. Aunque había ido de visita en otras ocasiones, era la primera vez que la recorrería sola. De los viajes anteriores me quedaba el recuerdo de la superficie irregular, subidas y bajadas por doquier, ni siquiera de la Línea o el Malecón, lo primero que visualizaba eran los cerros y sus curvas, también me acordaba un poco del polvo. Apenas me estaba acomodando para dormir cuando alertaron del próximo aterrizaje por el altavoz. Una vez en tierra me di cuenta que el huso horario me había jugado una mala pasada. Eran poco más de las cinco de la mañana y valoré qué sería mejor hacer, salir del aeropuerto a esa hora realmente no era una opción. Decido esperar a que se haga más tarde para encontrar más gente en la calle e ir reconociendo el lugar. Por más veces que la vea, no sé si algún día dejaré de temer a la valla metálica y al vacío que advierto de aquél lado. Es un imaginario que he desarrollado a partir de los fragmentos de relatos de migrantes, noticias de violencia y canciones de Tijuana No, Manu Chao y Nortec. Como urbanita de nacimiento (la colonia Doctores de la Ciudad de México me vio llegar al mundo) y de corazón (la mayor parte de mi vida la he pasado en "El Chilango"), mi sistema de geolocalización interno se rige por referencias como las estaciones del metro o lugares emblemáticos de la ciudad: el Poli está al norte, en la estación Cien Metros; la UNAM al sur, en la estación, CU; el Aeropuerto al oriente y

al poniente el Auditorio Nacional. Aquí ninguna de esas referencias me sirve y para mi mala suerte todo lo veo igual: avenidas enormes que dan a voladeros, calles en picada y la ciudad regada por todas partes. Nunca me he subido a las camionetas de transporte colectivo que llaman Taxi, y además no comprendo por qué les dicen así, si son la cosa más lenta del mundo. Pienso en lo difícil que es ser transeúnte aquí. Más que por las distancias, porque no veo muchas aceras. Aparte en las épocas de mucho calor o de mucho frío no creo que sea tan agradable andar por ahí. Es una tierra para formar carácter, pienso. Cuando por fin se hace claro el día, me atrevo a salir. Me dijeron hacia donde tengo que caminar para tomar el Taxi, y aunque mencionaron que color era la camioneta que debía tomar, me equivoco y termino en, lo que después sé que se llama, Ciudad Industrial. No sé ubicarme, ni tampoco sé qué tan seguro es bajarme en ese lugar. Al final me arriesgo y le pido al chofer que me deje en la esquina. No hay esquina próxima, todo ese lote es una calle, pero veo muy solo y pienso "si me pasa algo ni siquiera para gritar". ¿Cuándo incorporé el sistema de alerta para pensar en posibles riesgos? Me quedo ahí para tratar de ubicarme con ayuda del celular, mientras pasa un Taxi que va casi vacío y no me subo por desconfianza. Eso también lo aprendí en la ciudad, esperar un transporte donde vaya algo de gente porque "no vaya a ser". Cuando por fin pasa la camioneta del color que debí tomar desde el principio y veo que no va vacía, me decido a subir. Un hombre que está cerca de la puerta se ofrece a ayudarme con la maleta y bruscamente le digo que no. No, porque qué tal que me empieza a molestar, qué tal que está borracho, mejor no. Aunque pega fuerte la luz del sol de agosto sigo viendo todo muy sombrío, recorro lugares que para mí son una escena de peligro. Luego me detengo a pensar si es normal sentirme amenazada tanto un vagón lleno de gente como en una avenida vacía. Concluyo que el miedo no depende del lugar.

Desde el inicio, mi destino original era Playas de Tijuana, pero la confusión me llevó a conocer una de "las otras Tijuanas", esas que no aparecen en los promocionales turísticos, las que no son un buen fondo para tomarte una fotografía, pero existen. De haber llegado directamente a Playas mi impresión de la ciudad habría sido otra por completo, con el Océano Pacífico, las palmeras, las áreas verdes que se encuentran por doquier, los distintos restaurantes y cafés que se encuentran tanto en el Malecón como en tantas otras calles, las distintas tiendas

que te hacen tener casi todo al alcance de la mano. Las distintas Tijuanas generaron diferentes reacciones en mí.

En el caso de la Ciudad Industrial, el paisaje del miedo se construyó a través de distintos elementos. En primera instancia, el paisaje me remitió a una escena de peligro, que me hizo estar hiperalerta del entorno, las personas, el transporte, etc., pero en particular me hicieron tomar consciencia de las características de ese espacio en particular. De acuerdo con Alicia Lindón (2007), algunos de los elementos espaciales constitutivos de los paisajes del miedo son el lodo, los encharcamientos, la oscuridad, los animales, la extensión, la apertura, la estrechez y los espacios vacíos y cada uno de ellos repercute en la sensación de peligro. Cabe precisar que no es que estas características en sí mismas generen temor, sin embargo se asocian indirectamente al miedo en tanto pueden favorecer a un hipotético agresor.

El peligro que sentí provino, en primer lugar, de las enormes extensiones por recorren que percibí en aquellas calles que parecían interminables. Simbólicamente estos enormes tramos representaban un obstáculo para llegar a un lugar seguro, en este caso una calle o avenida más transitada, pues en la que estaba se hallaba completamente vacía. De este modo, el desplazamiento que realicé se transfiguró en topofobia, con la incomodidad y desagrado que ésta trae consigo. A decir de Lindón (2009), cuando se tiene este tipo de experiencias se busca que terminen lo más rápido posible, pero además se configura una afectividad topofóbica, que conduce "a estrategias para reducir la visibilidad de la propia corporeidad" (Lindón, 2009: 13). Esto es algo bien sabido por las mujeres que nos desplazamos caminando o usando el transporte público, pues experiencias como el acoso sexual callejero en sus diversas manifestaciones, por ejemplo, miradas lascivas, comentarios indeseados, silbidos, tocamientos, exhibicionismo, persecución, etc., tienen efectos significativos en la forma en que hacemos uso del espacio, de modo que para evitarlos solemos cambiar nuestros recorridos habituales, cuidar los horarios en que estaremos fuera, evitar andar solas por lugares que nos hacen sentir vulnerables y hasta modificar nuestra vestimenta pensando que eso disminuirá los episodios de acoso.

Si bien cuando estuve en la Ciudad Industrial no enfrenté una situación de acoso sexual callejero, la configuración

del espacio me remitió a experiencias pasadas donde paisajes similares fueron testigos de este tipo de agresiones. Conscientemente puede saberse que se está en un espacio diferente, sin embargo, la memoria corporal y emocional evoca las sensaciones angustiantes que se experimentaron, no sólo eso, sino que además este malestar interno propicia prácticas específicas que no hacen sino exacerbar el sentimiento de intrusión en el espacio público. Es importante destacar que "las practicas espaciales, los significados, las emociones y la afectividad integran una trama compleja que se extiende experiencialmente, y dentro de la cual se desarrolla la biografía del sujeto" (Lindón, 2009: 12-13).

En este sentido, se vuelve pertinente considerar a las emociones y los afectos de quienes transitamos la ciudad en la construcción social del espacio, pues las vivencias que parecen ser anecdóticas en realidad van configurando imaginarios que se suman a las representaciones de un lugar concreto. El miedo que sentí en esa accidentada llegada a Tijuana, además de lo ya referido, también estuvo estrechamente relacionado con las mirada externa que se tiene sobre la ciudad y que circula en infinidad de productos culturales. Así, el hecho de que "la esquina de Latinoamérica" esté asociada al narcotráfico, la desaparición forzada, los migrantes, y aquí cabe señalar que se les piensa como un enorme conjunto de varones que además son amenazantes, se suma a las memorias específicas de violencia experimentadas por las mujeres en cualquier otra ciudad.

Esto no significa que todos esos peligros sólo existan en esta localidad fronteriza, sino que ante la sensación de estar en un lugar distinto al propio, como era mi caso al provenir de la Ciudad de México, se desarrollan distintos procesos, por ejemplo, la narrativización de la subjetividad espacial, de los imaginarios, mitos y fantasías urbanas, las cuales circulan a través de mecanismos que las fortalecen hasta conferirles estatus de verdad, de tal modo que el espacio se produce socialmente a través de la negociación y tensión constante entre todos los aspectos subjetivos antes mencionados y los mitos e imaginarios asumidos en torno a un lugar (Lindón, 2009).

La socialización de género que prescribe una serie de comportamientos que enfatizan nuestra supuesta incompatibilidad con el espacio público, las violencias que experimentamos en él, los imaginarios de peligro que

adquieren fuerza de verdad, generan condiciones que agudizan nuestra extrañeza al ocuparlo y transitarlo, impidiendo que desarrollemos un sentido de pertenencia y seguridad en él. Al respecto, cada día cobran más relevancia los cuestionamientos y la desnaturalización de estas dinámicas que coartan nuestro bienestar y limitan las experiencias potencialmente emancipadoras que también suceden en el espacio público.

Casi ningún miedo, temor o amenaza detiene el curso de la vida. Así como tuve que buscar una solución a mi extravío en la Ciudad Industrial, las mujeres seguimos haciendo uso del espacio público pese a las experiencias de violencia o las intimidaciones a las que nos enfrentamos, no sólo por la necesidad de resolver aspectos prácticos de la vida, sino por necesidad. La necesidad de afirmar nuestro derecho al ocio, al esparcimiento, a existir en la vida pública, reivindicando la apropiación del espacio "como la afirmación que los desposeídos emplean para desmontar la reducción de la ciudad al ámbito del control y la mercancía" (Navas, 2019: 45).

En nuestra práctica cotidiana, las mujeres problematizamos y resignificamos aquellas experiencias que nos hacen sentir fuera de lugar, amenazadas, inseguras. Esta reapropiación disloca los paisajes del miedo, desde distintas acciones individuales y colectivas que se fortalecen en la contradicción que implica la ciudad: si bien por un lado es un espacio que restringe nuestras experiencias y vivencias, también es un espacio "potencialmente emancipador y liberador para las mujeres" (Soto, 2018: 18). Tomar las calles, caminarlas, explorarlas, errabundear, deambular en ellas a solas o en compañía, constituye literalmente el primer paso para pugnar por un derecho a la ciudad para las mujeres, que "además de las dos dimensiones que claramente se identifican en la propuesta de Lefebvre, relativas a usar la ciudad y participar en su reinención, [enfátice] una tercera: la posibilidad de generar sentimientos de pertenencia hacia los lugares" (Pérez y Gregorio, 2020: 14).

Consideraciones finales

A lo largo de este escrito me he dado a la tarea de tejer una serie de problemáticas relacionadas con el espacio y el uso que hacemos de él las mujeres. En el primer apartado abordé la producción social del espacio desde una

perspectiva feminista que complejiza la herencia lefebvriana, al destacar que si el espacio se produce en las relaciones sociales de una sociedad específica, éste se va a relacionar con los sistemas de opresiones operantes. Así, la producción social del espacio es también capitalista y patriarcal, lo que conlleva una serie de consecuencias concretas para las mujeres. Esto es así porque la lógica de apropiación que se impone en las sociedades capitalistas va a reforzarse con la lógica de dominio sobre las mujeres que caracteriza a las sociedades patriarcales; de este modo, el grupo de las mujeres va a ser considerado propiedad del grupo de los varones. Además de ello, el espacio estará altamente generizado, lo que traerá consigo una rígida división entre actividades y sujetxs. A los varones se les asociará con el espacio público y con el trabajo productivo que se realiza en él, lo que los hará sentirse sujetos de pleno derecho en él. A las mujeres, por el contrario, se las va a asociar con el espacio privado y el trabajo reproductivo asociado a él, constriñendo su existencia y realización al hogar.

Las geógrafas feministas pondrán en tela de juicio esta falsa dicotomía señalando que esta división existe solamente en el imaginario, ya que a lo largo de la historia las mujeres hemos transitado en ambos espacios y contribuído tanto al trabajo productivo como al reproductivo. Sin embargo, señalarán que lo que sí ha sido una realidad constante son las diversas estrategias que han tratado de alejar a las mujeres del espacio público, muchas de ellas relacionadas con la socialización de género y la violencia que cobra un papel relevante para regular el tránsito de ciertas corporalidades. En el caso de las mujeres, la violencia minará nuestra sensación de seguridad al hacer uso del espacio público a través de diferentes experiencias agraviantes. A éstas se van a sumar aspectos materiales e inmateriales de determinados lugares para configurar paisajes del miedo, los cuales no serán visibles para toda la sociedad, sino sólo para las mujeres que hemos vivido alguna experiencia directa de violencia o hemos estado en contacto con los relatos que circulan al respecto. Habitar estos paisajes del miedo va a tener consecuencias específicas en nuestro cuerpo, no sólo aquellas relacionadas con los afectos y las emociones que se va a derivar de estar constantemente atemorizadas, sino también con la forma en que llevamos el cuerpo y hacemos uso de él en el espacio público, en las prácticas cotidianas, en los tránsitos, etc., modificando desde los

hábitos espaciales hasta aquellos atavios que consideramos nos ponen en situación de mayor vulnerabilidad.

A propósito de una autoetnografía mínima, analicé los elementos que intervienen en la configuración de los paisajes del miedo, mismos que no sólo tienen que ver con una experiencia subjetiva sino que se sostienen de una serie de representaciones, ideas e imaginarios sobre el peligro. De modo que en la producción social del espacio también participan aspectos que otrora eran desdeñados como es el caso de los afectos, las emociones y los diversos relatos que corren por las venas de las grandes urbes. Pero espacio y particularmente la ciudad también se construye a través de diversas prácticas cotidianas de resistencia, de apropiación y reapropiación.

En este sentido, la persistencia que hemos tenido las mujeres por permanecer en el espacio público donde contantemente nos hacen sentir y nos sentimos como intrusas, ha sido de sumo valor no sólo en la conquista de derechos refrendados en la ley, sino en la tarea diaria de sentirnos seguras y a salvo en las ciudades, desarrollando diferentes estrategias que nos provean de tranquilidad y confianza cuando vamos a la escuela, al trabajo, a tomar un trago, a visitar a una amiga, etc. De este modo, aunque transitamos contantemente los paisajes del miedo, con nuestras prácticas cotidianas disputamos el derecho a la ciudad.

Bibliografía

- Berlanga, M. (2017). "Feminicidio", Moreno, Hortensia y Eva Alcántara (coords.), Conceptos clave en los estudios de género. Volumen 1, pp. 339-354. México: UNAM/CIEG.
- Bourdieu, P. (2000). La dominación masculina. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1999). "Espacio social, espacio simbólico", en Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción. Barcelona: Anagrama.
- Careri, F. (2009). Walkscapes. El andar como práctica estética. Barcelona: Editorial Gustavo Gil.
- Campbell, E. (2016). "Exploring Autoethnography as a Method and Methodology in Legal Education Research", Asian Journal of Legal Education, 3(2016), 105 - 95.
- Carter, T. (2018). "Disciplinary (Per)Mutations of Ethnography", Cultural Studies ? Critical Methodologies, Vol. 18, Issue 6, pp. 392-399.
- Dos Santos, T. (2015). "Patriarcado e capitalismo: uma relação simbiótica", Temporalis, año 15, no. 30, jul-dic 2015, pp. 475-494.
- Ellis, C. (1999). "Heartful Autoethnography", Qualitative Health Research, 9(5), 669-683.
- Ellis, C., T. Adams y A. Bochner. (2010). "Autoethnography: An Overview", Forum Qualitative Sozialforschung / Forum Qualitative Social Research, 12(1), Art. 10.
- Hunnicut, G. (2009). "Varieties of Patriarchy and Violence Against Women. Resurrecting "Patriarchy" as a Theoretical Tool", Violence Against Women, vol. 15, no. 5, pp. 553-573.
- Kelly, L. (1988). Surviving sexual violence. London: Polity Press.
- Lefebvre, H. (2017). "El espacio: producto social y valor de uso". Disponible desde internet en: < <https://marxismocritico.com/2017/04/27/el-espacio-producto-social-y-valor-de-uso/>>.
- Lefebvre, H. (1993). "Plan of the present work", The production of space. Oxford y Cambridge; Blackwell. pp. 1-67.
- Lindón, A. (2009). "La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento", Cuerpos, emociones y sociedad, No. 1, Año 1, pp. 6-20.
- Lindón, A. (2008). "Violencia/Miedo, espacialidades y ciudad", Revista Casa del Tiempo, Vol. 1, Época 4, Número 4, pp. 8-14.
- Lindón, A. (2007). "La construcción social de los paisajes del miedo", Nogué, Joan (ed.) La construcción social del paisaje, pp. 219-242. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Madriz, E. (2001). A las niñas buenas no les pasa nada malo. México: Siglo XXI Editores.
- Massey, D. (1998). Space, place and gender. Minneapolis: Minnesota University Press.
- Mauss, M. (1971). "Sexta parte. Técnicas y movimientos corporales" en Sociología y antropología. Madrid: Tecnos.

McDowell, L. (1999). "Dentro y fuera de lugar: cuerpo y corporeidad", *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*, pp. 59-109. Madrid: Cátedra.

Molina, C. (1994). *Dialéctica feminista de la ilustración*. Madrid: Anthropos

Navas, María G. (2019). "La vida urbana como derecho a la ciudad", M. G. Navas y M. Makhoulf (Coords.) *Apropiaciones de la ciudad. Género y producción urbana: la reivindicación del derecho a la ciudad como práctica espacial*, pp. 27-45. Barcelona: Pol-llen Ediciones.

Pérez, P. y C. Gregorio. (2020). "El derecho a la ciudad desde la etnografía feminista: politizar las emociones y resistencias en el espacio urbano", *Revista INVI*, 35(99), pp. 1-33.

Quiróz, D. (2007). *Etnografías mínimas*. Santiago: Siglo XXI.

Rose, G. (1993). "Spatial divisions and other spaces: production, reproduction and beyond", *Feminism and Geography. The limits of Geographical Knowledge*. Mineapolis: Minnesota University Press.

Soto, P. (2018). "Hacia la construcción de unas geografías de género en la ciudad. Formas plurales de habitar y significar los espacios sociales en Latinoamérica", *Perspectiva geográfica*, Vol. 23, No. 2, julio-diciembre de 2018, pp. 13-31.

Soto, P. (2013). "Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: Discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones", Miguel Ángel Aguilar y Paula Soto (coords.) *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales*. México: M. Á. Porrúa/UAM-Iztapalapa.

Wright, M. (2007). "El lucro, la democracia y la mujer pública: estableciendo conexiones", Julia Monárrez y María Tabueca (eds.) *Bordeando la violencia contra las mujeres en la frontera norte de México*, pp. 49-81. México: El Colegio de la Frontera Norte / Miguel Ángel Porrúa.

ACTIVISMO MATERNO COMO RESISTENCIA EN LOS ESPACIOS DE MUERTE Y MEMORIA DEL FEMINICIDIO Y LA DESAPARICIÓN DE MUJERES EN CIUDAD JUÁREZ

Enriqueta Sofía Carbajal Ávila

Introducción

Ciudad Juárez es una localidad del norte de México, frontera con Estados Unidos, conocida por los crímenes violentos hacia mujeres que suceden en este lugar. Los lugares de victimización en donde han sido encontrados los cuerpos y restos de mujeres son también ampliamente conocidos. Sin embargo, se sabe menos de lugares emblemáticos distribuidos en toda la ciudad que han sido apropiados para exigir justicia y recordar constantemente a la ciudadanía lo sucedido a las víctimas. Este artículo trata de complejizar desde el feminismo y la geografía la configuración tanto de los espacios de muerte como de los espacios de memoria en Ciudad Juárez.

Para llevar a cabo lo anterior, el texto está dividido en tres apartados. En el primero se desarrolla una discusión conceptual del tema a partir de la teoría de la producción del espacio desarrollada por Henri Lefebvre (1991), así como de la propuesta teórica sobre las estrategias y tácticas que constituyen la vida cotidiana desarrollada por Michel de Certeau (1996). En el segundo y tercer apartado se focalizará en las escalas transfronteriza y urbana, las cuales serán analizadas a la luz de la crítica feminista a la teoría social del espacio.

Producción social del espacio y vida cotidiana

Lefebvre (1991) y de Certeau (1996) proponen pensar y conocer el espacio como un producto social y cultural. Se interesan, desde la perspectiva crítica, por deconstruir la forma en que el espacio global ha sido y es social e históricamente producido. Este espacio producido determina a su vez la experiencia

vivida y cotidiana de los sujetos. Un interés en común en los dos autores son de las contradicciones que guarda el espacio. Esta perspectiva crítica pone énfasis en la producción del espacio como un proceso caracterizado por las relaciones de producción y reproducción simbólica y material, en el cual se intenta formar experiencias homogéneas en el mundo capitalista globalizado. Este proceso acentúa las diferencias entre grupos sociales y sus diversas experiencias, subjetividades y (multi)localidades, lo cual produce a su vez resistencias.

Lefebvre (1991) propone una teoría del espacio que problematiza la dicotomía entre las categorías mentales (el espacio ideal) y la práctica social (espacio real) característica de la epistemología, las disciplinas y la ciencia en general con respecto al estudio del espacio. Para ello, desarrolla una triada para concebir el espacio en su dimensión conceptual que corresponda con la realidad objetiva del espacio. Estas son: la práctica social, las representaciones del espacio y los espacios de representación.

La práctica espacial refiere a la percepción del espacio que tiene los sujetos según su posición en la sociedad. Esta percepción es experimentada en la vida cotidiana (espacio percibido). La representación del espacio es la forma en la que se conciben los espacios principalmente desde las instituciones, las ciencias, las disciplinas, etc. (espacio concebido). Por último, los espacios de representación refieren al orden simbólico del espacio que configura la vida social (espacio vivido) (pp. 97-98).

Lefebvre argumenta que estos tres componentes son producidos y producen el espacio abstracto en el cual se sobre significa el funcionamiento "patente y disimulado" del capitalismo. En este espacio se niegan las diferencias procedentes de la naturaleza, la historia y el cuerpo (el género, la edad, la etnia) y

constituye los espacios de poder que dominan los espacios que excluye. Lo percibido y lo vivido se subordina a lo concebido mediante la violencia, la burocracia, el poder-saber, la escritura y la imagen (periodismo, literatura y medios de comunicación) (pp. 107-110). Sin embargo, el autor argumenta que este espacio abstracto alberga contradicciones específicas que producen un espacio diferencial que surge, por una parte, del carácter negativo, de negación de las diferencias o intento de homogeneización del espacio abstracto y, por otra de "las funciones, los elementos y los momentos de la práctica social" (pp.110-111).

Michel De Certeau (1996) realiza un análisis similar, pero focaliza y profundiza en las tácticas y estrategias que configuran el espacio producido por los diferentes grupos sociales. Según el autor, las estrategias son aquellas desplegadas por los grupos sociales que poseen un espacio legitimado por las instituciones y tiene que ver con el **[C]álculo** de relaciones de fuerzas que se vuelve posible a partir del momento en que un sujeto de voluntad y de poder es susceptible de aislarse de un "ambiente". La estrategia postula un lugar susceptible de circunscribirse como un lugar propio y luego servir de base a un manejo de sus relaciones con una exterioridad distinta. La racionalidad política, económica o científica se construye de acuerdo con este modelo estratégico (49).

Por otro lado, la táctica es aquella que surge de los individuos o grupos que no poseen un espacio legitimado desde el cual organizar la vida y defender sus intereses. Las tácticas se despliegan en los espacios que aquellos grupos del poder disponen con el fin de apropiárselo y resistir a la organización social que se impone en ellos. En palabras del autor, la táctica es entonces **[U]n** cálculo que no puede contar con un lugar propio, ni por tanto con una frontera que distinga al otro como una totalidad visible... No dispone de una base donde capitalizar sus ventajas, preparar sus expansiones y asegurar

una independencia en relación con las circunstancias. Lo "propio" es una victoria del lugar sobre el tiempo. Al contrario, debido a su no lugar, la táctica depende del tiempo, atenta a "coger al vuelo" las posibilidades de provecho. Lo que gana no lo conserva. Necesita constantemente jugar con los acontecimientos para hacer de ellos "ocasiones". Sin cesar, el débil debe sacar provecho de fuerzas que le resultan ajenas (p. 50).

Tanto Lefebvre como De Certeau reconocen que el espacio es producido material y simbólicamente por los grupos de poder. Sin embargo, este proceso se vuelve dinámico a partir de las resistencias que surgen de las contradicciones que alberga dicho espacio. Estas resistencias tienen un lugar privilegiado en la vida cotidiana, ya que es en ella en la cual el espacio se resignifica a partir de las necesidades de las poblaciones. Considero entonces que el espacio es producido socialmente siempre en tensión con las diversas fuerzas que lo ocupan.

Un ejemplo de estas tensiones puede ser observado en los espacios fronterizos, siempre dinámicos y en constante experimentación y transformación debido al interés político, social y económico que atrae a diferentes grupos sociales como el sector empresarial global, la clase trabajadora, los grupos migrantes, las mujeres, etc. Una de las grandes tensiones y conflictos que se hacen presentes en el espacio fronterizo tiene que ver con la disputa entre el capital y la sobrevivencia.

Esta tensión, ha significado para una ciudad transfronteriza como Ciudad Juárez, la aparición de un fenómeno desgarrador como lo es feminicidio. El feminicidio es un mensaje material y simbólico que configura el espacio y la vida cotidiana en la localidad, sobretodo para los grupos sociales que suman múltiples exclusiones: las mujeres, pobres y racializadas. Sin embargo, quienes sobreviven a esta violencia, madres, familiares y mujeres en general,

hacen lo posible por reclaman su derecho a la vida y resignificar el espacio en el que viven.

El feminicidio en Ciudad Juárez está vinculado a la formación de relaciones de género desiguales resultado de la imbricación de dos sistemas de dominación: el patriarcado y el capitalismo. Este fenómeno también determina la producción social del espacio y produce lugares de exclusión, discriminación y violencia en el espacio urbano, los cuales son reflejo de una dominación masculina (McDowell y Massey, 1984). Es por ello por lo cual, en las siguientes secciones se retoman las aportaciones de diversas geógrafas feministas para analizar, desde una mirada de género, el tema en cuestión.

Escala transfronteriza: género y producción del espacio feminicida

En el presente apartado se realiza una conexión entre la producción del espacio social transfronterizo, la división sexual del trabajo que propicia la vulnerabilidad social de las mujeres en la ciudad y el feminicidio. Para ello, se retoman las teorizaciones feministas sobre el espacio, la frontera y el feminicidio desde las aportaciones de las investigadoras fronterizas Rosa-Linda Fregoso (2009) y Julia Monárrez (2015), así como las geógrafas feministas Linda McDowell (1996) y Gillian Rose (1993). De igual manera, se recurre a los estudios de georreferenciación del feminicidio y vulnerabilidad social de los investigadores Patricia Medina, Sonia Bass y César Fuentes (2019) y Luis Cervera y Julia Monárrez (2013).

Espacio transfronterizo y feminicidio

Ciudad Juárez es una región en la cual confluyen diversos procesos sociales y económicos que permiten el feminicidio. Rosa-Linda Fregoso (2009) argumenta que en esta localidad se ha desarrollado un estado de excepción para las mujeres durante las últimas décadas a partir de un "orden de poder necropolítico". Este es resultado de "la convergencia y unión de múltiples fuerzas y procesos, incluyendo la

militarización, la desnacionalización, el neoliberalismo y la ingobernabilidad que prevalecen en esta región" (p. 209). De esta manera, en el espacio transfronterizo, el espacio "local" se atenúa con lo transnacional. Linda McDowell (1996) llama a este fenómeno "Glocalización" o localismo global (pp. 29-31). La glocalización tiene que ver con concebir el espacio como un objeto cultural en el cual se conectan diversos sentidos y experiencias a partir del sistema económico, social y político global actual.

Al respecto, Fregoso (2009) concibe la frontera en la cual se ubica Ciudad Juárez como determinante en el proceso glocal por el cual el feminicidio es producido. En esta región, la muerte de las mujeres es administrada por un orden de poder necropolítico que desprecia la vida de las mujeres marginalizadas. Según la autora, "Al secuestrar, torturar y asesinar repetidamente con impunidad, el orden necropolítico demuestra, más allá de cualquier duda, la cohesión, la vitalidad y el control territorial de la "red corporativa a la cual gobierna" (Segato, 2004, p. 85 en Fregoso, 2009, p. 218).

Considero que el orden de poder necropolítico en la frontera es resultado de las contradicciones del espacio abstracto capitalista transfronterizo. Una de las contradicciones fundamentales de dicha producción de espacio tiene que ver con la división del espacio público y privado. Al respecto, Rose (1993) argumenta que la asociación de la mujer al hogar no es una condición natural, sino ideológica (patriarcal), aunque con consecuencias materiales importantes. Sin embargo, la autora afirma que existe también una división social entre mujeres por razones de clase y género. Estas múltiples intersecciones definen los lugares que ocupan los diferentes grupos de mujeres en el espacio, ya sea público o privado.

Para el caso del feminicidio en Ciudad Juárez y su relación con esta división social de la vida de las

mujeres en el espacio, me parece importante retomar a Monárrez (2015), quien argumenta que la mayoría de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez son pobres y se les niega la justicia por ser consideradas por la sociedad y las autoridades como transgresoras del género (mujeres que llevaban una "doble vida" o acompañantes de narcotraficantes). Este discurso responsabiliza a las víctimas de su propia muerte con base en la noción de la división sexual del trabajo que sitúa a las mujeres en el espacio privado. Bajo esa lógica, según Monárrez, la conexión entre clase social y género es clara: "eran las mujeres pobres las asesinadas, sin embargo, era necesario ocultar esa discriminación mortal y destacar en su lugar su pertenencia a familias desintegradas" (2015, pp. 129-130).

Existen repercusiones materiales de esta división social en las mujeres que resultan víctimas de desaparición y feminicidio. Una de estas repercusiones es la vulnerabilidad social, la cual es, además, causa de los altos índices de victimización por razones de género. Medina, Bass y Fuentes (2019) consideran que uno de los grupos sociales más vulnerables son las mujeres. Lo anterior es así porque es difícil avanzar en la movilidad social cuando existe una carencia de infraestructura social como guarderías, estancias infantiles, espacios de recreación o centros de salud, así como una limitada asistencia social como centros comunitarios, de rehabilitación, de apoyo social, bibliotecas, etc., (2019, p. 207) que permitan equilibrar el trabajo, la crianza y el hogar (actividades que recaen de manera desproporcionada en ellas, sobre todo las últimas dos).

Por otro lado, Cervera y Monárrez (2013) realizan una georreferenciación del feminicidio que explica el comportamiento espacial del fenómeno del feminicidio desde el año 1993 al 2010, así como un perfil sociodemográfico de las niñas y mujeres víctimas de feminicidio para el mismo periodo. Los resultados del análisis de georreferenciación

muestran un incremento y nuevas apariciones en los clústeres y hotspots que representan las zonas críticas por lugar de residencia y de escenario de las víctimas de feminicidio en las regiones centro, norponiente y sur poniente de la ciudad, así como una mayor distribución aleatoria con respecto al año 2005.

Lo anterior se asocia al incremento de violencia suscitado a partir del año 2008, el crecimiento urbano, la venta y consumo de drogas en las zonas críticas del feminicidio, así como a la pobre planeación urbana, ya que un número significativo de asesinatos de mujeres sucedieron en la vía pública, sobre todo en vialidades principales y lotes baldíos. Este fenómeno se vincula a la vulnerabilidad de las mujeres asesinadas, la cual se muestra alta a partir del análisis sociodemográfico de las víctimas, el tipo de violencia ejercida y el lugar en donde fueron encontrados los cuerpos (Cervera y Monárrez, 2013).

Al respecto del perfil sociodemográfico de las víctimas, se muestra un promedio de edad de 27 años, una mayoría soltera y menor de edad, ocupación en trabajos precarizados o estigmatizados, condición migrante o extranjera y supuesto vínculo con el crimen organizado. En referencia a los tipos de violencia, los principales son los actos sádicos, el desmembramiento de cuerpos, lesión con arma de fuego, golpes, violación, estrangulamiento, entre otros. Se evidencia, además, que los lugares en los cuales fueron encontrados los cuerpos representan un 25.5% para espacios despoblados, 27.2% para espacios privados y 37.9% para el espacio público (Cervera y Monárrez, 2013).

Los estudios revisados develan que las zonas de vulnerabilidad social urbana están asociadas tanto a la distribución y comportamiento espacial del feminicidio como al perfil sociodemográfico de las víctimas. Se infiere lo anterior debido a que las zonas

identificadas con altos niveles de vulnerabilidad social urbana asociados a la falta de bienestar social y deterioro urbano en el estudio de Medina, Bass y Fuentes (2019) son similares o iguales a las zonas críticas del feminicidio asociadas al lugar de residencia y de localización de los cuerpos de las víctimas cuyo perfil sociodemográfico también presenta altos niveles de marginación social que las hace vulnerables al feminicidio (Cervera y Monárrez, 2013).

Entonces, el espacio vivido o simbólico se basa en esta división social para justificar el feminicidio. De esta manera, se puede argumentar que no todas las mujeres son susceptibles de experimentar esta violencia, al contrario, son sobre todo son aquellas que, por diversas razones, no ocupan el lugar impuesto o lo transgreden, desde la lógica del poder. En realidad, siguiendo a Rose (1993), no es que las mujeres ocupen un lugar social o simbólico que no les corresponde, sino que son las mismas dinámicas de producción y reproducción, las que las obliga a generar tácticas de sobrevivencia en el espacio concebido por aquellos mismos grupos de poder que las victimizan y revictimizan o excluyen. Incluso, la autora sugiere, que esta división impuesta, concebida o artificial es irrumpida por tácticas, que adicionalmente pueden estar fuera de la división social del espacio. Estas tácticas serán abordadas en el siguiente apartado.

Escala urbana: dominación masculina, ciudadanía y tácticas de memoria en el espacio feminicida

A continuación, se presentan algunos elementos de análisis para reflexionar sobre la configuración urbana en Ciudad Juárez a partir de las formas de dominación y resistencias que se presentan en el espacio. Para ello, se recurre en primera instancia a las teorizaciones de Phil Hubbard (2004), Silvia López (1998) y Melissa Wright (2004) que dan cuenta de la dominación masculina en la ciudad y el

espacio urbano generizado. Posteriormente, se retoman las propuestas de Yasminah Beebeejaun (2016), Hester Parr, Olivia Stevenson y Penny Woolnough (2016) y Elva Orozco (2019) sobre ciudadanía, vida cotidiana, pérdida ambigua y tácticas de memoria.

3.1 Dominación masculina y espacio urbano

En la zona centro de Ciudad Juárez, bares, comercios de artesanías, restaurantes, plazas públicas y museos han sido construidos y restaurados por instancias gubernamentales locales, estatales y federales en los últimos años. Estos espacios están destinados al turismo, a las familias y a consumidores de alcohol. Adicionalmente, esta zona es identificada como crítica con respecto a la desaparición, trata y feminicidio de mujeres (Monárrez y Cervera, 2015; Salazar, 2019), por lo que madres de víctimas realizan diversas actividades de concientización como la pega de pesquisas, pinta de cruces, actividades político culturales, entre otras. Sin embargo, estas actividades son constantemente desafiadas por las autoridades por considerar que "afean" el centro o dan una mala imagen para el público y consumidores por los cuales estos espacios fueron reconstruidos.

Estas disputas de poder en el espacio público urbano están relacionadas a un proceso de gentrificación caracterizado por el interés de los sectores políticos y empresarial por aumentar el capital en la zona urbana de Ciudad Juárez. Este proceso está ligado, de diferentes maneras a la generización de la ciudad y al dominio masculino. Al respecto, Hubbard (2004) argumenta que la política neoliberal en las ciudades re-centralizan y acumulan el capital corporativo y además reinscriben relaciones patriarcales en el paisaje urbano. La ciudad neoliberal sirve a los intereses del capital y del falo ya que cultiva la política económica que es a la vez política sexual. La gentrificación

comienza con el emprendimiento urbano, esto es, según el autor, el embellecimiento de los centros urbanos, la acumulación de capital y la polarización de desigualdades. Para que la gentrificación se realice, se debe remover al Otro indeseable del espacio, aquel que no tiene o aparentemente no tiene capital económico. Es por ello por lo cual, las instancias de gobierno, además de ceder el espacio al sector empresarial, legislan o despliegan fuerzas estatales para llevar a cabo esta "limpieza" social mediante políticas de "cero tolerancia", represión, brutalidad policial o exclusión, las cuales apelan a mejorar "la calidad de vida" en las zonas gentrificadas. Sin embargo, a la par del emprendimiento urbano como estrategia de acumulación de capital, se desplazan o resignifican lugares que, aunque no se visibilicen como positivos al "embellecimiento" del emprendimiento urbano, generan ganancias. Algunos de estos lugares son zonas de prostitución, hoteles en donde se practica la trata sexual o bares donde se venden drogas. Usualmente, las personas que resultan desplazadas o "sacrificadas" en estos procesos son las mujeres, lo que da cuenta de la conjugación entre capitalismo y patriarcado.

Las estudiosas del género, la geografía y la frontera, Silvia López (1998) y Melissa Wright (2004) analizan el proceso de gentrificación, la dominación masculina y el papel de las mujeres en la resignificación del espacio y resistencia en Tijuana y Ciudad Juárez, respectivamente. Por su parte, Silvia López (1998) parte de la relación entre producción y reproducción que estructura el género para explicar cómo el crecimiento de la ciudad de Tijuana ha influenciado los roles de las mujeres. El foco de análisis se ubica en las formas en las que la gentrificación ha afectado tres grupos marginales de mujeres trabajadoras: las trabajadoras sexuales, las trabajadoras de maquiladora y las vendedoras ambulantes. Se explica cómo el trabajo de estas mujeres que permite su presencia y apropiación en el espacio público se asocia con las imágenes de

Tijuana como ciudad. Esta asociación es dual o contradictoria y cambia conforme las necesidades económicas que la ciudad exige a las mujeres. De esta manera, se romantiza, se discrimina o excluye el papel de las mujeres en la economía de la ciudad. Sin embargo, según la autora, estos grupos de mujeres han configurado procesos urbanos en Tijuana, a través de su rol en la economía y su activismo político, apropiándose de algunos lugares de la ciudad y retando el uso y el significado del paisaje urbano.

De igual manera, Melissa Wright (2004) analiza este proceso dinámico o dialectico de producción social del espacio y disrupción de la división social desde las mujeres para el caso de Ciudad Juárez. Argumenta que, históricamente, dicha ciudad era conocida por ser una ciudad en la que el trabajo femenino sexual o de maquiladora simbolizaba la prosperidad económica de la ciudad. Sin embargo, a partir de la década de 1990, cientos de desapariciones de mujeres y niñas sucedieron a la par del desplazamiento de las trabajadoras sexuales para demostrar que se ha superado el pasado de prostitución de la ciudad y las viejas formas de manufactura que empleaban principalmente a mujeres pobres en aras de un lugar más moderno organizado alrededor de establecimientos de alta tecnología y sensibilidades de clase media. La autora demuestra cómo las trabajadoras sexuales generaron una serie de resistencias a estos discursos y considera que sus esfuerzos por reaparecer en el espacio público representan una protesta con el potencial de crear alianzas políticas con otras activistas en contra de aquellos interesados en generar valor de la desaparición de mujeres a través del paisaje industrial y urbano de Ciudad Juárez.

Ciudadanía, ciudad y tácticas de memoria

Las madres de víctimas de feminicidio han generado un repertorio de tácticas detonadas principalmente

en la ciudad y desplegadas en los espacios donde transcurre la vida cotidiana juarense para interpelar estas estrategias de exclusión, discriminación y muerte basados en la división público/privado del espacio concebido. Yasminah Beebeejaun (2016) argumenta que los espacios urbanos son activamente constituidos por las prácticas espaciales de diferentes grupos que negocian o resisten la ciudadanía, las exclusiones o el prejuicio con otros grupos en la vida cotidiana (pp. 3-4). Beebeejaun considera que existen varias propuestas analíticas para pensar las relaciones de poder en el espacio, en específico, en las ciudades desarrolladas bajo la lógica neoliberal. Resalta la aportación teórica política de Henri Lefebvre sobre el derecho a una ciudad que interpele la construcción simbólica y material neoliberal. La autora explica que a partir de esta propuesta han surgido importantes análisis sobre la ciudad, la exclusión y el género que permiten pensar el espacio desde una mirada alternativa. Desde la perspectiva de la autora y siguiendo a Certeau, pensar y actuar en y sobre el derecho a la ciudad desde la vida cotidiana de los grupos marginalizados permite convertir las ciudades en más equitativas y significativas para todas las personas (pp.5-6).

Adicionalmente, un estudio que analiza estas tácticas de la vida cotidiana en familiares de personas desaparecidas es el llevado a cabo por Parr, Stevenson y Woolnough (2016). Las autoras consideran que las familias de personas desaparecidas son agentes activos en historias espaciales de "vivir en el limbo". Estudian las tácticas de búsqueda (técnica, física y emocional) que se despliegan para localizar a la persona o tener noticias de ella. Argumentan que las respuestas ante la ausencia están relacionadas con conocimientos espaciales de la persona desaparecida y con acciones emocionales que pueden cambiar con el tiempo. Se sugiere que las prácticas de búsqueda no son solo acciones locativas, sino que actúan como procesos transformativos que dan cuenta de cómo

las familias habitan el dinamismo emocional y transitan la situación de desaparición y pérdida ambigua.

En Ciudad Juárez, existen madres y familiares de víctimas que buscan justicia por los crímenes cometidos a sus hijas. Algunas madres que realizan activismo político continúan sin saber el paradero de sus hijas, por lo que las siguen buscando con vida. Desafortunadamente, otro grupo de madres han sido notificadas de la localización de los cuerpos o restos óseos pertenecientes a sus hijas. Aunque la situación de la víctima de desaparición y la víctima de feminicidio es diferente, considero que la pérdida ambigua y la transformación emocional a través del tiempo asociada a esta, es similar. Pienso que esto es así debido al contexto de impunidad que existe en México (Animal Político, 2020). La falta de justicia y de confianza en las autoridades constituye una barrera para lidiar adecuadamente con el duelo ya que algunas madres se rehúsan a aceptar, las investigaciones, muchas veces negligentes de las autoridades con respecto al asesinato de sus hijas (Martínez, 2019). En ese sentido, las tácticas de búsqueda de sus hijas o de búsqueda de justicia continúan y el duelo permanece, por lo que la experiencia emocional es similar a la de aquellas madres con una hija desaparecida. En ambos casos el duelo y la pérdida ambigua se expresa en el espacio público a partir de un activismo político.

Al respecto, Elva Orozco (2016) desde un análisis de género, argumenta que la maternidad como construcción social e ideológica impuesta en las prácticas de la cotidianidad a la mayoría de las mujeres, toma una connotación política ante contextos violentos donde la desaparición, la tortura, el asesinato y el feminicidio son comunes debido a que, [E]n la división sexual del trabajo, el duelo es una tarea atribuida a las mujeres. Como resultado, las organizaciones maternas son representadas como las guardianas legítimas de la memoria. La exhibición pública del dolor materno

nos recuerda que las víctimas de violencia catastrófica tenían un nombre y una historia y que pertenecían a una familia y a una comunidad (p. 3).

Según la autora, las madres de víctimas en específico, en Ciudad Juárez, no sólo irrumpen en la división sexual del trabajo al llevar su duelo al espacio público, sino que también generan tácticas para resignificar ese espacio por medio de objetos simbólicos y materiales distribuidos en diversos puntos de la ciudad para interpelar a las autoridades, los medios de comunicación y a la sociedad en general. Mediante la pinta de cruces y la pega de pesquisas de la búsqueda de sus hijas se busca empatizar con la sociedad. A esto lo llama la funeralización de la ciudad, la cual se puede concebir como una forma en que el espacio de muerte y memoria del feminicidio es utilizado para buscar justicia social y cambio político (p, 7).

Espacios de muerte y memoria en la zona centro de Ciudad Juárez

A continuación, describo y presento algunos de los espacios públicos en la zona centro de Ciudad Juárez que las madres de víctimas de feminicidio han apropiado y resignificado, a pesar no sólo del nulo apoyo de las autoridades por brindar justicia, sino de múltiples intentos del sector político y empresarial por desaparecer estos espacios de memoria y justicia. En estos espacios se hace evidente tanto el despliegue de las estrategias de poder como de las tácticas de resistencia que utilizan las madres y familiares para interpelar e irrumpir en la vida social juarense y transformar así, el espacio feminicida en un espacio que regrese el valor y humanidad de las mujeres desaparecidas y asesinadas.

La calle Velarde

La madre y el padre de la joven Esmeralda Castillo Rincón, desaparecida el 19 de mayo de 2009 en Ciudad Juárez, pusieron una mampara con la foto de su hija e información de su desaparición en la intersección de las calles Vicente Guerrero y Rafael Velarde en el centro de la ciudad. Este fue el último lugar donde fue vista con vida la mujer de entonces 14 años. José Luis Castillo y Martha Rincón, los padres de Esmeralda, llevan 12 años buscando a su hija. Las autoridades han hecho poco por ayudar y, al contrario, José Luis ha sido víctima de múltiples represiones por parte del Estado. Por ejemplo, lo encarcelaron injustificadamente en el mismo periodo en que exigía justicia y resultados al ex gobernador del estado Cesar Duarte. Lo pusieron en libertad poco después, ya que se probó su inocencia. El padre está seguro de que fue una forma de intentar callarlo, sin embargo, esto lo ha hecho más fuerte. A pesar de los mandatos de la masculinidad hegemónica, José Luis es uno de los poco padres de víctimas que, al lado de las madres, busca incansablemente a su hija.

La calle Velarde es peatonal y tiene múltiples negocios y puestos ambulantes a su alrededor, es un lugar muy concurrido, por lo que sus padres lamentan que nadie haya podido dar alguna señal de su hija. Es por ello por lo cual, decidieron poner una mampara con la fotografía e información de su hija (Imagen 1). Esperan que las personas tomen conciencia de lo sucedido a Esmeralda, pero también a todas las jóvenes desaparecidas en la ciudad. Aunque la mampara es permanente, la táctica de concientización se potencia con estas muestras públicas, al no dejar olvidar a la población lo que ha sucedido con cientos de mujeres en esa zona.



Foto 1. Mampara informativa de Esmeralda Rincón.
 Archivo personal de Sofía Carbajal

La cruz de clavos en el cruce fronterizo

Una de las tácticas que han permanecido en el tiempo y en el espacio con mayor potencia es la creación de un símbolo constituido por una cruz negra y un fondo rosa. Este fue realizado por Paula Flores, madre de Sagrario González, desaparecida y asesinada en 1998. Ella, junto con otras mujeres, iniciaron el colectivo Voces sin Eco, el cual se dedicó a concientizar del problema del feminicidio y a exigir justicia. Según un folleto del colectivo de la década de los noventa el cuadro rosa representa a las mujeres y la cruz negra el luto por su asesinato. La agrupación pintó cruces en diferentes puntos de la ciudad y, hasta la fecha, Paula sigue convocando a la ciudadanía a que se sume a retocar las cruces o pintar más.

Siguiendo esta simbología, en el año 2000, el grupo feminista 8 de marzo pusieron una cruz de clavos en la ciudad de Chihuahua en frente del Palacio de Gobierno para denunciar los feminicidios en el estado. Estaba construida de madera con clavos de 20 cm de largo en los cuales se cuelgan los nombres o prendas de las víctimas. Sin embargo, esta fue destruida por lo que se instaló otra con el doble de tamaño en 2001. Al mismo tiempo se instaló una réplica en Ciudad Juárez (Imagen 2), justo en la entrada mexicana del cruce fronterizo "Santa Fe" en la zona centro (Noriega, 2019). Ocasionalmente, madres de víctimas y feministas realizan mítines, protestas o agregan nuevos nombres a la cruz para recordar a las víctimas y pedir justicia.



Foto 2. Cruz de clavos en el cruce fronterizo.
 Archivo personal de Sofía Carbajal.

El hotel verde

Entre 2012 y 2013 en El Arroyo del Navajo, zona ubicada a unos 80 kilómetros de Ciudad Juárez, se localizaron más de veinte restos óseos pertenecientes a mujeres jóvenes asesinadas. 11 de los casos se mostrarían relacionados con los crímenes de explotación sexual llevada a cabo en el Hotel Verde. En el momento de la desaparición, explotación sexual y asesinato de las mujeres, la zona del Navajo estaba altamente militarizada, por lo que no se podía pasar por el lugar sin el conocimiento de las fuerzas estatales. Aunque no se ha demostrado científicamente, ni en los tribunales, la asociación de la presencia estatal en dicho espacio con los crímenes resulta casi ineludible.

El Hotel Verde es un lugar ubicado en la esquina de las calles Mariano Samaniego e Ignacio Altamirano en el centro de la ciudad a unos cinco minutos del cruce internacional Santa Fe. Es allí donde explotaron sexualmente once víctimas que después aparecerían asesinadas a las afueras de la ciudad. Esto sucedió entre 2009 y 2012 aproximadamente. En esta ocasión las madres de víctimas no sólo se enfrentaron con la negligencia de las autoridades, sino también con su complicidad con el crimen organizado. Gracias a las denuncias de las madres, se pudo enjuiciar a 6 miembros de la banda Los Aztecas grupo de La Línea, una de las organizaciones criminales más grandes en la región. El lugar ha sido intervenido varias veces por las madres, pegando pesquisas de sus hijas desaparecidas y pintando mensajes de exigencia de justicia (imagen 3 y 4).



Foto 3. Pared del Hotel Verde. Archivo personal De Sofía Carbajal.



Foto 4. El Hotel Verde. Archivo personal de Sofía Carbajal.

Aunque los espacios anteriormente presentados no son todos los que existen en la ciudad, se puede inferir que en cada uno de ellos se ha configurado un proceso en el cual diversas fuerzas sociales se ponen en tensión en el espacio público. Primero, cada uno de los lugares expuestos son concebidos como espacios principalmente de comercio y después como momentos y lugares en los que "el débil debe sacar provecho de fuerzas que le resultan ajenas" (De Certeau, 1996, p. 50).

La calle Velarde es un lugar en donde las personas se aglomeran y apresuran para hacer las compras cotidianas, pero es allí y en calles aledañas donde la vida de las mujeres no tiene valor, ya que es lugar de varias desapariciones, raptos o sitios en los que se ha visto por última vez a aquellas que terminan siendo asesinadas. El punto de encuentro comercial y la indiferencia ciudadana, es lo que ha llevado a una madre y un padre a resignificar el espacio e interpelar a la ciudadanía cada que van a hacer las compras. Su sentido de pérdida de ambigüedad les ha obligado a generar esta táctica. El cruce fronterizo es concebido como uno de delimitación y exclusión, sin embargo, representa un espacio económico, ya que la población fronteriza debe pasar por ahí

cotidianamente para la supervivencia económica de ambas ciudades. Por esta misma razón, es el lugar elegido para recordar a forma de táctica, a todas aquellas mujeres que han perecido por ese desarrollo económico. El Hotel Verde también representa acumulación de capital en detrimento de la vida de niñas y mujeres obligadas a vender drogas y sexo. Actualmente el Hotel está abandonado y clausurado por el gobierno federal. No hay mucha concurrencia por la zona, por lo que las principales formas de visibilizar lo ocurrido en el lugar están asociadas a la simbología característica de la lucha en contra del feminicidio y a la visibilización que se ha hecho mediática y políticamente del caso del Arroyo del Navajo.

Conclusiones

Las teorizaciones críticas del espacio como un lugar indican que este no sólo es producido socialmente por los grupos de poder dominantes y sus intereses de dominación. Pero también el espacio esta constante transformación debido a la correlación de fuerzas sociales que lo constituyen y por ello, son las personas que no se encuentran en el poder quienes resignifican constantemente, desde la vida cotidiana, que es también el tiempo-lugar de sobrevivencia, el espacio que habitan. Ciudad Juárez es, sin duda, un ejemplo claro de este proceso dinámico y dialectico, en el cual se disputan los órdenes simbólicos de la vida y la muerte, sobre todo a través del cuerpo de las mujeres asesinadas, pero también de quienes le sobreviven y lo reclaman. Se considera, en este análisis, que la agenda futura de investigación sobre el tema puede profundizar en el análisis de otras zonas urbanas en las cuales se ubican más lugares de muerte y memoria, así como comparar y analizar estos espacios con aquellos localizados en las zonas desérticas en los que también se han encontrado cuerpos y restos de víctimas de desaparición y feminicidio.

Bibliografía

- Animal político. (2020). México, uno de los países con mayores índices de impunidad, según informe.
- Beebeejaun, Y. (2016). "Gender, urban space, and the right to everyday life", *Journal of Urban Affairs*, (39)3, pp. 323-334.
- De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- Fregoso, R. (2009). "¡Las queremos vivas!: la política y cultura de los derechos humanos". *Desde la Impunidad*, 39, pp.207-43.
- Hubbard, P. (2004). "Revenge and Injustice in the Neoliberal City: Uncovering Masculinist Agendas". *Antipode*, 4, pp.665-686.
- Lefebvre, H. (1991). *The production of space*. Oxford y Cambridge; Blackwell.
- López, S. (1998). "Women, urban life and city images in Tijuana, Mexico", *Historical Geography*, 26, pp.5-26.
- Martínez, H. (2019). "Cumple Esmeralda una década de desaparecida". *El Diario de Juárez*.
- McDowell, L. (1996). "Spatializing feminism. Geographical perspectives", in Duncan, N. (ed.) *Body, Space. Destabilizing geographies of gender and sexuality* (pp. 28-44). London & New York: Routledge.
- McDowell, L. y Massey, D. (1984). "A Woman's Place", in Massey, D. and Allen, J. (eds.), *Geography Matters! A Reader*. Cambridge: Cambridge University Press in Association with the Open University, pp. 124-47.
- Medina Pérez, P., Bass Zavala, S., y Fuentes Flores, C. (2019). "La vulnerabilidad social en Ciudad Juárez, Chihuahua, México. Herramientas para el diseño de una política social". *Revista INVI*, 34(95), pp. 197-223.
- Monárrez, J. (2015). "Feminicidio, muertes públicas, comunidades cerradas y Estado desarticulado". En Monárrez, J., Robles, R., Cervera, L.E. y Fuentes, C. (Coord.), *Vidas y territorios en busca de justicia* (pp.109-149). Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte; Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Monárrez, J. y Cervera, L. E. (2013). "Actualización y georreferenciación del feminicidio en Ciudad Juárez (1993-2010)". En Monárrez, J., y Cervera, L.E (Coord.), *Geografías de la violencia en Ciudad Juárez, Chihuahua*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte; Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Orozco, E. (2017). "Femicide and the Funeralization of the City: On Thing Agency and Protest Politics in Ciudad Juárez", *Theory & Event* 20(2), pp. 351-380.
- Parr, H., Stevenson, O. y Woolnough, P. (2016). "Search/ing for missing people Families living with ambiguous absence", *Emotion, Space and Society*, 19, pp. 66-75.
- Rose, G. (1993). *Feminism and Geography. The limits of Geographical Knowledge*. Minneapolis: Minnesota University Pres.
- Wright, M., (2004). "From protest to politics", *Annals of the Association of American Geographers*, 94(2), pp.269-386.

CUERPO HOMOMASCULINO EN EL ESPACIO TIJUANENSE

Luis Enrique García Jiménez

Introducción

La instauración de comunidades digitales en el ciberespacio beneficia y transforma la realidad de aquellxs usuarixs cuyas condiciones políticas, económicas, sociales y culturales son legibles como abyectxs al sistema patriarcal (Marino, 2015). En el ciberespacio se crean convenciones sociales que replantean los significados dados a los espacios físicos, sociales y virtuales, así como la conformación de la corporalidad, la identidad y la subjetividad personal y colectiva. Los cambios en el estilo de vida occidental y en la constitución del espacio físico, social y virtual contemporáneos se emparentan con el impacto de las tecnologías digitales en las prácticas cotidianas. El uso más frecuente de estas tecnologías, con la masificación de los medios de comunicación, ha generado puentes que borran la frontera entre la realidad física, la social y la virtual, constituyendo espacios cotidianos cada vez más dinámicos y volátiles.

El desarrollo de las Tecnologías Informáticas Interactivas (TII's) está transformando visiblemente los modos de ser y estar de la humanidad al modificar los parámetros corporales, espaciotemporales y de conducta social a escala global. A pesar de iniciarse en el ámbito de la seguridad, académico y empresarial, el potencial de las TII's propicia el uso alternativo de sus prácticas interactivas para trascender a su objetivo lúdico, estético y social. Por medio de la comunicación electrónica ahora podemos reelaborar simbólicamente el modo hegemónico en que hemos aprehendido la realidad a partir de la creación de espacios comunitarios físicos y virtuales. Ante la digitalización de la realidad crece la necesidad de discutir, por un lado, el impacto de las TII's en lo material y, en consecuencia, la influencia de

la globalización en la homologación cultural y la constitución de nuestra corporeidad, identidad y subjetividad.

Tras décadas de desarrollo tecnológico, la desterritorialización de la realidad física a partir de la territorialización de la realidad virtual impacta en el modo en que representamos nuestras ideas y, con ello, en el modo que interactuamos socialmente. Así, tal situación, por un lado, permite el acceso inmediato a las representaciones virtuales de la realidad física por medio de TII's que cambian nuestra noción del espacio (Rodríguez Esteban, 2016). Mientras, por el otro, con el uso de la pantalla táctil y de la mensajería instantánea, y el incremento en la velocidad de la Internet, se ha exacerbado la interacción social a través del ciberespacio (Buzai, 2002). La digitalización de la realidad física y social indica el paso a la comunicación digital, cimentada en su etapa análoga (McLuhan, 1994), donde las TII's condicionan nuestras nociones de materia, tiempo y espacio y son medios de subjetivación de nuestra sexualidad.

El boom computacional de los años noventa fue eje central para el giro epistémico que posicionó a lo digital como la representación simplificada de las realidades abstraídas de los espacios físicos o sociales que nos rodean. De ello es que ahora comprendemos a lo digital como producto de los múltiples procesos detrás de la producción del ciberespacio; como guía útil para dilucidar la apropiación y explotación de los recursos del territorio. Visibilizar a lo digital como manifestaciones del espacio virtual ha permitido analizar los modelos teóricos y conceptuales desde los cuales las clases hegemónicas significan a la realidad para ampliar su dominio sobre el espacio. Por ello, ver a lo digital como una estrategia de representación usada por las clases hegemónicas para perpetuar su dominio ideológico en los territorios ha posibilitado el análisis de las relaciones de poder que constituyen a la realidad física y social.

Puesto que las redes informáticas están transformando radicalmente a la realidad, para Ojeda (2006) es importante hacernos ver que las TII's han constituido un nuevo humano, un Homo Digitalis. Con una modalidad nueva de interpretar los procesos simbólicos, este nuevo humano, a pesar de encarnar una diversidad de posibilidades y variaciones culturales, posee una articulación de factores comunes que le diferencian de otros Homos identificados hasta ahora. Entre ellos, destaca la constitución de su corporeidad, identidad y subjetividad a partir del amalgamamiento de las representaciones virtuales que consume y de las estructuras sociales, culturales, económicas, políticas, tecnológicas y ambientales de desarrollo. De tal modo, para el estudio del Homo Digitalis las representaciones virtuales serán elementos sustanciales para análisis; para comprender su visión del mundo, su posición social y sus modos discursivos.

Así, me pregunte por el puente entre lo analógico y lo digital que constituye al espacio físico, social y virtual del Homo Digitalis, y que afecta a sus prácticas cotidianas. El objetivo de este ensayo, por tanto, es observar la emergencia de nuevas estructuras, funciones y usos espaciales al cuerpo de los hombres homosexuales residentes en Tijuana, México, a partir de la interacción entre espacio físico, social y virtual. Para ello se compararon datos arrojados de una revisión literaria sobre homomascarulidades en esta ciudad implementando la mirada de una posible semiótica homomascarulina. No obstante, primero se conformó una perspectiva teórica que considere al espacio físico, social y virtual como una yuxtaposición de símbolos que componen a la semiósfera tijuanense con el fin de ahondar en su ordenamiento espacial. Del análisis, concluyo que la semiótica homomascarulina de la urbe posiciona distintamente a los cuerpos de los hombres homosexuales bajo el interés de la hegemonía moderno-colonial.

La producción (teórica) del espacio

Debido a que el análisis del espacio es irreductible a una sola disciplina y que una perspectiva epistemológica es insuficiente para descifrarle, su conceptualización ha pasado por distintos campos de investigación. A partir de ello, se ha logrado comprender el ordenamiento de la realidad tomando en cuenta a las relaciones, estructuras y procesos históricos implicados en su reproducción práctica. Desde los planteamientos de Foucault (1984), por ejemplo, se ha teorizado que la (re)producción del espacio es condicionada por los saberes que regulan el sentido hegemoníicamente asignado. La percepción espacial es condicionada, entonces, por el posicionamiento social devenido de la lucha de clases gestada al interior de un territorio, siendo el espacio una abstracción de los signos y significados constituyentes de la realidad.

Con base en lo anterior, podemos plantear que la configuración física y social de las sociedades modernas inducen a los sujetos que la componen a la racionalidad biopolítica y las acciones gubernamentales de los Estados-Nación. Nuestra realidad está dominada por las clases hegemoníicas a partir del conjunto de mecanismos disciplinarios ejecutados sobre los cuerpos que conforman un territorio a partir de dispositivos arquitectónicos (Foucault, XXX). El establecimiento estratégico de tales relaciones políticas y económicas de poder imbricadas en la constitución del espacio y de la historia conforman una realidad que, mediante prácticas discursivas y dispositivos de vigilancia que buscan vigilar, controlar y castigar a las mentes y cuerpos abyectos, así como sus nociones sobre la materia, el cuerpo, el tiempo y el espacio.

Respecto al posicionamiento y la jerarquización devenida de la lucha de clases, los trabajos de Bourdieu (1999) plantean que el espacio social se organiza y distribuye bajo los preceptos simbólicos

de las mejor posicionadas en la jerarquía social con base en los capitales que se le han heredado o adquirido. Quienes componen a las clases sociales y las prácticas que realizan, entonces, son (re)apropiadas en distintos tiempos y circunstancias conforme son significadas dependiendo de su posición social. Ello condicionará su desplazamiento por el espacio físico a partir del habitus, de aquellas disposiciones simbólicas que gestan supuestas distinciones sociales con base en la acumulación de capital económico, cultural y social.

Por tanto, la posición en la escala social será asignada con base en el capital simbólico que condiciona a sus relaciones de orden y proximidad en el espacio, desde el cual es posible imponer códigos sociales y culturales que clasifiquen, organicen y homogeneicen a las masas abyectas bajo la perspectiva que la clase hegemónica ha conformado sobre la realidad.

Empero, la realidad análoga, compuesta por el espacio físico y social del territorio, y sus 'reglas del juego' también son identificables en la realidad digital, compuesta del espacio social y virtual. Debido a que los procesos propios de la realidad análoga están íntimamente involucrados con la realidad digital y viceversa, ambas son parte de la cotidianidad individual que condiciona las (infra)estructuras materiales y virtuales, las relaciones sociales gestadas en la interacción social tanto física como virtual y la significación del cuerpo físico y virtual.

Por tanto, los trabajos de De Certeau (1997) podrían asistir al reconocimiento de los significados impuestos a partir de la producción simbólica de la clase hegemónica tanto en la realidad análoga de los individuos como la realidad digital transmitida a través de las TII's. Evidenciar el ejercicio del poder por parte de aquellas clases que explotar a las masas para lucrar de sus dinámicas culturales más

populares, de acuerdo con el autor, podría asistir a la subversión de sus modos de dominación cultural y sus medios de producción dependiendo del empleo cotidiano dado a sus símbolos. Así, la creatividad cotidiana es una táctica capaz de profundizar en las microcapilaridades del poder en el uso de sus productos culturales. Al ampliar las concepciones foucaultianas sobre el espacio, su postura es ventajosa para analizar las relaciones de poder que constituyen tanto a la realidad análoga como a la realidad digital.

La digitalización de la realidad análoga, como parte de la cotidianidad individual, no solo permite localizar, rastrear y crear a los objetos y sujetos que la componen, sino también el condicionamiento de las (infra)estructuras materiales y de las relaciones sociales gestadas de la interacción virtual. En este sentido, la constitución de la realidad digital depende tanto de las diversas configuraciones analógica-simbólicas que constituyen al espacio virtual como de la lucha de clases gestada en su interior. En dicha lucha, la mirada masculina, de acuerdo con Foucault (n.d.) que domina en el desarrollo tecnológico instituye inconscientemente una supremacía masculina en la cotidianidad de los sujetos. La co-presencia en ambas realidades será un medio para la implementación de prácticas machistas sincrónicas (live) y asincrónicas (no live) a partir de sus interacciones sociales doblemente situadas (McGregor, 2007).

Por tanto, la dialéctica entre realidad análoga y digital en la constitución del espacio influye en la constitución de los sujetos a partir de representaciones arbitrarias de la realidad impuestas hegemónicamente. Develar las intenciones tras del manufactura hegemónica de su 'sentido común' del sujeto a partir de la construcción espacial cotidiana podría evocar aspectos que han sido invisibilizados por las distinciones enarboladas en el s. XIX (Lefebvre, 1991).

Teorizar al espacio virtual como parte del espacio cotidiano nos permitirá identificar las epistemes y los dispositivos de la realidad análoga que se reflejan en la realidad digital y viceversa. Analizar su influencia en la múltiple constitución subjetiva y corporal de aquellos hombres homosexuales residentes de Tijuana a partir del registro histórico de las experiencias espaciales cotidianas y los usos dados a los significados que las constituyen, nos podría ser de utilidad para identificar aquellos cuerpos excluidos, discriminados y violentados debido a la mirada masculina que han introyectado y proyectado en la configuración de sus espacios.

Cuerpo (homo)masculino feminizado

A diferencia de la epistemología positivista y dualista del espacio, en la epistemología fenomenológica el espacio se conceptualiza desde la experiencia del sí mismo, la cual varía primariamente de nuestros atributos prácticos y cognitivos (Qvortrup, 2002, p. 17). Al mover el foco de experiencia del objeto a la experiencia en sí misma, de acuerdo con López de Anda (2011), la experiencia espacial se basará en tres aspectos: la proto-espacialidad, los campos visuales instituidos mediante el proceso de percepción espacial; la movilidad y la orientación espacial, la relación entre el sujeto móvil y el objeto percibido; y la espacialidad corporal, el cuerpo como eje vivencial y conceptual del espacio. Acordes al espacio percibido, concebido y vivido planteado por Lefebvre (1991), tales aspectos, si bien constituyen a las dimensiones básicas de los códigos de la realidad análoga para López de Anda (2011), también constituyen a la realidad digital mediante la representación digital, mimética o diegética, de lo análogo.

Mientras la proto-espacialidad y la movilidad-orientación espacial, siguiendo a López de Anda, constituyen al Isovist, o al volumen de espacio visible desde un punto en el espacio localizado (Benedikt,

1979), al punto localizado se conformará de la espacialidad corporal. Al estudiar el espacio virtual, de acuerdo con la autora, el Isovist nos permite reflexionar en las técnicas de control visual (ángulo, lente, eje cartesiano, acercamiento, entre otros) a través de las cuales el cuerpo es retratado y digitalizado. Como un territorio sensible y perceptivo influido sociohistóricamente, el cuerpo, como mencionamos, transita y coexiste en la realidad análoga y la realidad digital. Conforme a Jensen (2001), el cuerpo es medio de comunicación y estandarización para los registros perceptuales y los formatos expresivos de las tecnologías de la información. Por lo tanto, el cuerpo es clave para comprender al espacio físico, social y virtual; pues es un elemento relacional entre escala, posición, punto de vista y percepción del plano visual, y sitio donde se realiza el proceso sensorperceptivo del género masculino.

Semiósfera tijuanaense y semiótica (homo)masculina

Puesto que la construcción cultural del género restringe el uso del espacio, la rígida lógica sexo-género-deseo cisheteronormativa suele ser un impedimento en la visibilización de las relaciones patriarcales de poder hacia y al interior de la población LGBT+. Debido a la mirada masculina en la planeación urbana potencia la vulnerabilidad política, económica y social de los cuerpos al implementar estrategias que preponderan al machismo por sobre la realidad análoga y digital. Aunque los estudios urbanos, queer y feministas han asistido a la recuperación del derecho a la ciudad, aún son insuficientes para evitar actos violencia y de discriminación hacia el cuerpo feminizado. Tal perspectiva, empero, puede desmantelarse mediante micropolíticas y propuestas críticas de género que asisten en la apropiación de la urbe y del espacio cotidiano y desde la creación de espacios que inciten a la inclusión social.

Elaborar estudios que ahonden en las historias de vida y en las experiencias cotidianas de los cuerpos feminizados en el espacio urbano podría asistir a entender cómo lo femenino, más allá de su sexuación, es marginado. La práctica cotidiana es una fuente de información sobre la institución de las relaciones desiguales de género en la urbe que podría proporcionar indicios sobre los modos de significación sobre el cuerpo en aquellos territorios que son más amenazantes para vivir. En el modo en que se integra, legitima y consensa la discriminación y violencia cotidiana experimentada en lo público y lo privado se reconoce a la masculinidad como sinónimo de ciudadanía y a la vez se excluye a quien encarna una apariencia femenina.

Si asumimos que la construcción de la corporeidad y subjetividad masculina se forja a partir de las experiencias simbólicas que cada individuo hace parte de su identidad durante su vida, entonces, factores como el lugar de procedencia y de convivencia y sus vínculos con instituciones sociales influyen en la estructura cognitiva, afectiva y relacional de los cuerpos que encarnan y/o representan a la masculinidad en un espacio limitado. Conforme a los signos y símbolos que constituyen a su cultura y que se transmiten socialmente, los adscritos a las identidades masculinas se desenvolverán distinta y cotidianamente en un mismo espacio tras experimentarlo en una serie de circunstancias variables. El recuento histórico de los eventos que afectaron su vida, de acuerdo con Luri Lotman (1996), será el eje semiótico-estructural que guiará su interacción con el contexto. A partir de ello, su noción de semiósfera engloba a los sistemas de significación o los códigos de la cultura de convivio en un lugar específico, y entender cómo conforme se interactuamos con cada cultura, se transforma a los individuos.

Por su parte, Ramírez Rodríguez (2004) plantea la existencia de una semiótica de la masculinidad tras conceptualizar al género masculino como una

construcción sociocultural en constante cambio y transformación. Como modelador de los actos individuales/colectivos, la masculinidad es analizable a partir de las prácticas simbólicas propias del sujeto que afinan sus prácticas sociales, relaciones objetales y condiciones existenciales. Desde la etnografía anclada a los estudios de género y la sociosemiótica, descifra los códigos propios del discurso masculino para identificar a los sujetos, objetos y eventos que intervienen en su institución.

El modelo gramssiano le asiste para explicar los tres ejes de organización masculina. El primero se compone por la relación de deseo entre sujeto y objeto, en donde el varón busca encarnar o representar atributos que lo configuren como masculino. El segundo se da en una relación comunicativa, en donde el deseo es condicionado por actantes y destinatarios de los actos masculinos, siendo el primero quien reconoce al segundo como tal. Finalmente, en el tercero se da una relación participativa, en donde el sujeto es condicionado por sus ayudantes y oponentes, siendo los primeros quienes reconocen al sujeto en su mismo estrato masculino, mientras los segundos desconocen tal acuerdo. Como muestra la figura 1, del juego de poder masculino se generan relaciones que modulan los actos, deseos y contextos de los hombres.

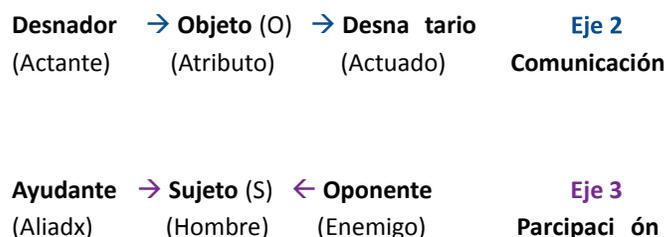


Figura 1. Modelo gramssiano expuesto por Ramírez Rodríguez (2004). Elaboración propia

Para el caso de la semiótica homomasculina, considero que los sujetos homomasculinos, no solo traducen los códigos heteronormativos, sino que les eternizan a partir de su introyección. La colisión cotidiana de los símbolos de poder representados en la realidad análoga y digital condicionará los símbolos que interpreten en torno al género femenino, por lo que, a su vez, culturalmente se condicionará su proceso de traducción de lo masculino según su condición interseccional y la mirada del Otro (heteronormado o queer) que asistirá a construir la propia.

En el espacio mental, el espacio interior en donde se realizan los procesos psíquicos de significación, interpretación y traducción semiótica de la cotidianidad, los sujetos de la homomasculinidad intercambiarán los códigos heteronormativos dispuestos en la semiósfera a partir de sus procesos intra grupales de comunicación. Los códigos heteronormativos de la semiósfera, entonces, serán constituyentes centrales de la subjetividad personal y colectiva de las homomasculinidades que componen a un territorio determinado. Así, si su cotidianidad esta permeada por ideas delirantes, éstas condicionarán sus relaciones sociales y condiciones de vida, así como las prácticas fundantes de lo masculinidad y sus lógicas ficcionales. Entre tales delirios colectivos, la mirada masculina se aprovecha de la vulnerabilidad económica y económica y política del cuerpo feminizado para instituir la cisheteronormatividad opresora.

De ser así, las modificaciones que realicen entre los procesos introyección, traducción e interpretación semiótica de los códigos sexo-genéricos limitarán la intensidad y frecuencia de la violencia hacia ciertos cuerpos, y su proceso (de)construcción identitaria. De tal modo, tomar a la semiótica homomasculina como Isovit nos permitiría reconocer a la diversidad al interior de la diversidad sexual, así como el impacto diferenciado de los procesos histórico-espaciales en

ciertos cuerpos. En ese sentido, el cuerpo feminizado del hombre homosexual es un lugar por visibilizar para comprender los escenarios de discriminación y violencia que se vinculan a ciertos estados de excepción y exclusión (Stevenson, Parr y Woolnough, 2016).

En el caso de la pornografía homo erótica, la ultramasculinidad condiciona el forjado de los múltiples espacios físicos y virtuales pornográficos. En la lucha por el poder y por los recursos decantados en el mercado pornográfico, se cruzan límites que pueden (1) beneficiar a la representatividad de diversidad identitaria sexo-genérica y/o (2) promover estereotipos que, en vez de asistir en su deconstrucción, fetichizan a la diversidad sexo-genérica. En casos extremos, el límite entre trabajo y explotación sexual se instituye mediante el uso de violencia simbólica que cruza la frontera de lo erótico para imponer los parámetros de la dominación masculina (Bourdieu, 2000). A partir de dichos parámetros se afectarán tanto el proceso de subjetivación como de encarnación de los hombres homosexuales a través de las múltiples configuraciones simbólicas en el espacio, en especial de orden pornográfico (Arroyo, 2016).

De tal modo, a partir de una perspectiva semiótica de la cultura y la revisión literaria sobre Tijuana, podremos observar el impacto de la hegemonía cisheteronormativa sobre las corporeidades homomasculinas en una frontera política violenta como la del norte de México.

El cuerpo homomasculino en la semiósfera tijuanaense

Tijuana es una urbe mexicana ubicada en la frontera con Estados Unidos, popular por ser la ciudad 'hermana' de San Diego, California, EUA, y cuya función es actuar como centro político del municipio homónimo. Como la quinta ciudad más poblada de México y la ciudad fronteriza más visitada de Latinoamérica, Tijuana es catalogada como una

urbe cosmopolita e internacional. Conforme a la Encuesta Intercensal del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) de 2015, el municipio de Tijuana concentra 1, 641, 570 habitantes; de los cuales 50.2% son mujeres; y 49.8%, hombres. Además, destaca que 7.78% de su población es migrante, lo que le posiciona como una ciudad de acogida multicultural y multiétnica con un nivel de crecimiento anual y tasas de fecundidad y mortalidad en aumento en comparación con 2010: indicadores de un ciclo económico y poblacional que ha aumentado en intensidad.

Si bien la edad promedio en Tijuana es 27 años, el mayor porcentaje de su población se concentra entre los 10 y 24 años: sector etario más propenso al consumo desinformado de drogas a nivel estatal. Por otro lado, solo 30.7% de la población entre 3 y 30 años asiste a la escuela, porcentaje que disminuye considerablemente en el rango de edad entre 15 y 17 años: rango que coincide con las edades más proclives al consumo desinformado de drogas a nivel municipal y estatal. A su vez, solo el 52.47% de la población cuenta con educación básica; 26.06%, con educación media; y 5.83%, no cuenta con educación formal alguna, lo que nos indica una alta tasa de deserción escolar, principalmente en los rangos de edad mencionados.

Respecto a la esperanza de vida, la edad promedio en el estado de Baja California es de 74.2 años, apenas un año menor al promedio nacional. No obstante, las principales causas de mortalidad de los hombres entre 15 y 24 años fueron: accidentes en vehículos motorizados, agresiones, leucemias, lesiones autoinflingidas y enfermedades del corazón. Por su parte, los hombres entre 25 y 35 años fallecieron por: agresiones, accidentes en vehículos motorizados, enfermedades cardíacas, enfermedades causadas por el virus de inmunodeficiencia humana (VIH) y lesiones

autoinflingidas. Finalmente, los hombres tijuanaenses entre 35 y 44 años han muerto agresiones, accidentes en vehículos motorizados, enfermedades causadas por el VIH, enfermedades cardíacas y enfermedades hepáticas. Si bien las estadísticas no especifican las motivaciones tras las muertes, conforme a los trabajos de Ramírez (2006) podemos deducir que varias de estas situaciones se relacionan con el seguimiento del modelo de masculinidad hegemónica; las cuales ponen en peligro la vida de los hombres y de quienes les rodean.

Aun así, mientras 84.57% de las jefas de familia son mujeres (42.56%), el 72.57% de la participación económica de la ciudad recae en los hombres, quienes reciben 41.04% de sus ingresos diarios menores a dos salarios mínimos. Curiosamente, los hombres también tienen una mayor tasa de desocupación (4.37%) que las mujeres (2.22%); pues son los hombres los que continuamente se encuentran en búsqueda de empleo. Al no encontrarlo, el 19.80% de los hombres terminan incorporándose al sector informal, el cual es menor a la media nacional (26.62%); no obstante, en Tijuana, el sector informal ocupa uno de los porcentajes más altos.

Por ello, como se puede apreciar con los datos anteriores, a pesar de la alta ocupación laboral, la tasa de ingresos local es menor, probablemente, debido a la influencia y el favorecimiento local hacia la industria maquiladora que aprovecha la mano de obra barata de sus habitantes. Irónicamente, la tabla de marginación es de -1.708, lo que posiciona al municipio en niveles Muy bajos o Bajos en comparación con otros municipios del Estado y a nivel nacional.

Finalmente, en los datos de la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) de 2016, se ha reportado que la tasa de prevalencia delictiva en Baja California es de 30, 786. Por su parte, la tasa de incidencia delictiva es de 32, 758, lo que afecta al 30.8% de las personas que han sido víctimas de un delito e incide en el aumento del

porcentaje de percepción de inseguridad municipal (58.7%). Ambas cifras son mayores a las mostradas a nivel nacional, a pesar de que las tasas de prevalencia e incidencia delictiva son menores, lo que indica una sensibilidad y afectación perceptiva ante la violencia entre sus habitantes. Cabe mencionar que aún no hay datos sobre la población joven entre 18 y 29 años (75.85% de la población del Estado), el cual, como hemos visto, debido a la deserción escolar y las escasas ingresos estables, son forzados a las actividades económicas informales.

De acuerdo con Bringas y Gaxiola (2012), Tijuana ha sido señalada como una de las ciudades con mayor tasa de prostitución masculina en México al ser una de las actividades económicas informales más rentables. En Tijuana, los espacios de prostitución masculina y los espacios de recreación homomasculina coluden en los primeros cuadros de la ciudad y, por tal motivo, es una urbe usualmente asociada al libertinaje sexual. Por ello, no es extraño que ambas poblaciones, particularmente las homomasculinidades que se prostituyan, estén a la mano del visitante extranjero en el centro económico de la ciudad. Conforme a las autoras, el sexoservicio es una práctica que relaja la moral conservadora de la ciudad; pues rompe con la cotidianidad familiar al garantizar tu placer sexual en 'Tijuana: tequila, sexo y marihuana'.

Ubicados en el parque Teniente Vicente Guerrero, la plaza Santa Cecilia y el andador de prostitución masculina de la calle Salvador Días y Mirón o calle 4ta (ibid. p. 86), hombres precarizados ofertan sus servicios a cambio de efectivo. Locales y turistas, aprovechando los imaginarios liminales alrededor de la ciudad, consumen sus cuerpos exacerbando dinámicas urbanas vinculadas al turismo que conllevan a la concentración espacial de los servicios. La alta competitividad por los recursos de la zona brinda a los turistas, en este sentido, el

poder de controlar los cuerpos a su disposición a partir de su capital económico. Por tanto, para las homomasculinidades precarizadas cultural, social y económicamente, no hay alternativa más que cumplir con los gustos y expectativas sexuales, genéricas y corporales del extranjero.

En ciudades fronterizas como Tijuana, ello implica la encarnación y/o representación de un modelo de masculinidad hegemónica estadounidense, bien representado en la Cultura Gay como el Macho Gay (Levine, 1998). El flujo constante de turistas no solo concentra el uso y consumo de servicios lúdicos y hedonísticos; sino también la competencia para adquirir el capital masculino necesario para obtener ingresos. Turismo sexual y prostitución son dos conceptos interrelacionados en una ciudad como Tijuana, donde el cuerpo y la sexualidad se comercia a cambio de un valor monetario acordado entre turista y sexoservidor. No obstante, no solo los turistas son quienes se comprometen en el comercio o el turismo sexual devenido en prostitución masculina; pues en el espacio tijuanaense existe una industria del sexo previa que es utilizada por los residentes locales para su beneficio (Bringas y Gaxiola, 2012, p. 88).

De acuerdo con Caraballo Correa (2019, s/n), dicha industria incide en sus dinámicas sexuales y dotan a los cuerpos racializados "de un valor erótico puro que niega la atribución de otras formas de valor, mientras que el cuerpo que hace suyos con éxito los símbolos de blanquitud, afirma para sí, un valor que no es solo erótico, sino también social y estético". En este sentido, los cuerpos precarizados adoptarán los códigos pornográficos de un modelo racializado de masculinidad occidental para adquirir capitales aspiracionales y beneficios de tipo económico y social. En este sentido, al espacialidad y la corporalidad de sus habitantes homosexuales será racializada, intervenida y limitada, en el centro económico-turístico de Tijuana: vórtice de privilegios de género, raciales y de clase. En

comparación con el resto de su realidad análoga, el centro económico-turístico de Tijuana exhibe "el desarrollo de dos sociedades económica y culturalmente diferentes, y donde las necesidades básicas obligan a quienes no tienen recursos a recurrir a esta actividad" (Bringas y Gaxiola, 2012, p. 87).

En concomitancia con Pérez (2015), los cuerpos racializados históricamente han sido excluidos a la vez son el objeto de deseo del gay cosmopolítica al ser símbolo de la sexualidad salvaje y primitiva. La homomaskulinidad hegemónica, la gaycidad, se caracteriza ya por el gusto racista por lo primitivo, donde lo erótico se entreteje a la configuración de imaginarios que rigen a la identidad gay moderna y citadina (Cardín, 1990, p. 166). Por tanto, los deseos que configuran a la fantasía homo erótica conllevan desplazamientos por el espacio limitados por los cuerpos racializados, por lo que el centro de la ciudad será magnético para quien desea consumirlos. En este sentido, las dinámicas sexuales, de género, raciales y de clase locales son provechosas para el turismo sexual al poner a la masculinidad racializada y empobrecida como un objeto de deseo continuamente valuado en un mercado hegemónico de cuerpos.

Dicha ambivalencia inscribe a los cuerpos tijuanenses en una narrativa dual, en donde los gays (blancos, clase media/alta, jóvenes) socializan y compran los cuerpos de las otras identidades homosexuales subalternas. Para Pérez (2015), la emergencia y perpetuación de lo gay, de su modernidad y de sus complicidades con el imperio estadounidense, racializa a los cuerpos para operar en una identidad y comunidad homogeneizada. En este sentido, la imposición de los códigos occidentales en los cuerpos físicos de los hombres racializados y empobrecidos de Tijuana será lo único que podría sacarlos de una situación de precariedad. A partir de ello, la búsqueda de capitales para elevar su poder económico conlleva una fuerte suma de

recursos (tiempo, dinero, esfuerzo) para cumplir el modelo de masculinidad gay.

Por ende, los procesos políticos, económicos, sociales y culturales de esta ciudad se dan bajo una misma lógica racial-económica precarizante que condiciona al espacio físico tijuanense y a las corp-territorialidades que le habitan. Las homomaskulindades en la urbe se desplazan por un espacio físico y social estratificado con base en las condiciones de sexo, género, raza, clase y edad que son aprovechadas como servicios turísticos. La oferta al centro de esta urbe posicionará al resto de las homomaskulindades al servicio de las necesidades y los gustos de un neoliberalismo fronterizo que posiciona a su cuerpos como mercancías.

De tal manera, el espacio físico y social tijuanense son un espejo uno del otro que se complementan para organizar a los cuerpos en distintos espacios por niveles de precariedad. La vulneralización de los hombres conlleva su desplazamiento laboral a la informalidad del sexoservicio: actividad que depende de sus condiciones sociales encarnadas. Tal situación se complejizará aún más con el uso y consumo de redes sociales de encuentros gay en la ciudad.

Con la invención de los teléfonos celulares inteligentes, o smartphones, en 2009, las aplicaciones móviles de ligue gay han sido un modo privilegiado de establecer relaciones de deseo a través del ciberespacio. Desde la creación de espacios pornográficos digitales como Grindr, la (infra)estructura espacial visualmente orgánida de este tipo de aplicaciones permite a sus usuarios imitar las dinámicas de cruising, el sexo en sitios al aire libre, en la virtualidad. En ese sentido, el uso de estas aplicaciones es un factor que ha facilitado la gentrificación de las urbes, como menciona Arroyo (2016), al llevar el cruising al espacio privado/doméstico. En este sentido, las

homomasculinidades locales transitarán por esta zona privilegiada donde el que liga es porque tiene los recursos económicos para, al menos, acceder a la Internet.

En Tijuana, de acuerdo con Caraballo Correa (2018), esto implica mayor proximidad a través de la virtualidad para los hombres homosexuales: grupo vulnerado por la homofobia local, y las divisiones geopolíticas, sociales y materiales. Concibe que el ligue transfronterizo "se evidencia en la cantidad de perfiles escritos en inglés, bien porque pertenecen a usuarios estadounidenses o porque se busca llegar a ellos" (ibid., p. 44). Si asumimos que ello se debe a los imaginarios que vinculan a sus cuerpos con el poderío occidental, entonces la economía del deseo de la realidad análoga tijuanaense también se evidencia en su realidad digital. En la lógica socio-sexual tijuanaense se reproduce la búsqueda de cuerpos internacionales por parte de los hombres locales, bajo una lógica económica/racial de deseo ligada al fetiche gringo.

Los resultados de la encuesta La pornografía homoerótica y la construcción de la sexualidad masculina realizada este año para obtener mayor información sobre el consumo y uso de pornografía en Tijuana, proporciona información interesante sobre las preferencias corporales preferidas por las homomasculinidades locales. Curiosamente, al 70.96% de los hombres tijuanaenses encuestados gustan, por un lado, de hombres latinos; mientras 55.6%, por el otro, los prefiere caucásicos. A su vez, hay quienes los preferirán jóvenes (58.6%), o a los maduros (43.5%), por el otro; excluyendo en su totalidad a los hombres homosexuales adultos mayores. Otros resultados muestran el desagrado por los hombres asiáticos (14.51%) o isleños (6.45%) y/o con sobrepeso (14.51%), lo que responde en contrariedad al gusto por características masculinas como el vello corporal (61.29%). En este sentido, en los espacios virtuales homomasculinidades también son estratificado bajo el modelo de masculinidad propio

de lo gay que fetichiza a ciertos cuerpos racializados y etarizados. Las dinámicas de exclusión y discriminación de la realidad análoga tijuanaense se replican también en su realidad digital.

Del análisis apresurado de sus respuestas, se concluye que el primer acercamiento a la pornografía se da durante la niñez, pubertad o adolescencia, con materiales heterosexuales y en compañía de cómplices de edad similar. No obstante, la primera relación homosexual suele darse con hombres mayores que, desde el rol penetrativo, replican rituales de iniciación sexual con jóvenes debutantes; que incluso podrían clasificarse como pederastia. Respecto a la violencia sexual, algunos no parecen del todo conscientes de ser víctimas, mientras otros reportan abusos, acosos y violaciones sexuales ligados a prácticas no preferidas por ellos y/o que han sido exacerbadas y/o que se ejercieron sin consentimiento previo o durante el sexo.

Sobre las tendencias de consumo, el ideal de libertad que ofrece la internet móvil les brinda accesibilidad y asequibilidad a los contenidos sexuales homosexuales que, a pesar de transgredir las barreras del sexo heterosexual tradicional (Attwood, 2011), nos muestran un ejercicio cisheteronormativo de la sexualidad. Por tanto, los cuerpos para uso y consumo no muestran las multiplicidades de la sexualidad posmoderna (Giraldo León, 2013) ni alientan la exploración sexual de prácticas que el sujeto no se atrevería a realizar cotidianamente. En todo caso, la mayoría de los encuestados utilizan sus cuerpos para establecer ligues y vínculos que perpetúan dinámicas masculinizantes, racializadas y etarizadas en el territorio de Tijuana (Caraballo Correa, 2018). Reflejado en la preferencia por los cuerpos latinos, jóvenes y con rasgos sexuales secundarios prominentes, el deseo hacia los actos sexuales transigentes es limitado, por tanto, al sexo sin protección o bareback (Baruch Domínguez, 2013),

así como al mantenimiento de relaciones homosexuales sin atender una exploración sexual disidente.

A ello se añan los cuerpos que son minusvalorados por su condición física, sexual, étnico/racial y etaria debido al no satisfacer al modelo de masculinidad hegemónica al que se les ha acostumbrado y que, por tanto, les hacen menos valiosos (Hoang, 2014). Empero, de la lectura de sus narrativas en torno a su sexualidad, de su experiencia con la pornografía y la reproducción de las prácticas sexuales representadas, un mínimo de individuos presenta mayor fijación por prácticas no penetrativas, lúdicas y queer que rompen con los códigos de la pornografía tradicional consumida por la mayoría. Las muestras preferenciales nos hablan de una minoría poblacional cuya identidad de género dista de la asumida al género masculino y cuya orientación sexual es distinta a la gay/homosexual. Esta situación hace pertinente su entrevista, pues es posible que a partir del ahondamiento en la vida de estos sujetos se pueda saber más sobre los agenciamientos corpo-territoriales contrahegemónicos en la ciudad.

Conclusiones

El uso cotidiano de las TII's en la semiósfera tijuanaense tiene una injerencia que refuerza las dinámicas discriminatorias y violentas heteronormativas sobre el cuerpo abyecto al sistema patriarcal. Como una extensión de la realidad análoga, en la realidad digital se reproducen modos coloniales de apropiación corporal legitimados simbólicamente por lxs oprimidxs.

Por tal motivo, la proto-espacialidad del espacio tijuanaense se compondrá de códigos culturales occidentales que exotizan a los cuerpos conforme a parámetros machistas, racistas, clasistas y etaristas. La hegemonía occidental, reforzada por las dinámicas del turismo sexual, la precariedad social, y las lógicas locales sobre el mercado de cuerpos se fundamenta en la adquisición de un capital

masculino aspiracional. Con base en éste, la movilidad y orientación espacial de las homomascullinas se verá condicionada; pues dependiendo de la acumulación de capitales masculinos sus cuerpos se desplazarán y posicionarán en el espacio físico, social y virtual tijuanaense. Claramente influenciado por las estrategias político-económicas propias del Estado-Nación mexicano para incentivar la economía de la región, el espacio percibido, concebido y vivido de los hombres homosexuales residentes se concreta y transforma a partir de lo que sus cuerpos (re)producen, hasta constituir un distrito gay privilegiado en donde los cuerpos que representen masculinidades marginales son cómplices de la hegemonía cultural.

Con base en tales datos, se puede observar que la lógica sexual tijuanaense es igual de compleja en su realidad análoga que digital; pues, en las homomascullinidades locales persiste la preferencia similar por cuerpos racializados. Al mismo tiempo, la edad es una condición importante en la estratificación de la homomascullinidad en esta urbe, principalmente debido a que la vejez interfiere con el atractivo sexual que le caracteriza. Por ende, en el ligue gay se replica la lógica machista, racista, clasista y etarista local que sustenta su lógica turística y mercantil, siendo el cuerpo precarizado tijuanaense el deseado por las homomascullinidades locales de clases medias y altas, lo que conlleva un doble flujo en el mercado (homo)sexual.

Aunque el ciclo de deseo se cierra en la preferencia por el extranjero, el territorio tijuanaense perpetúa su precarización para así continuar la lógica económica que lucra del cuerpo racializado. Si bien el cuerpo blanco gay también es un objeto de deseo; al ser ubicado más arriba en la estratificación social, el modelo de Macho Gay es una fantasía por alcanzar. A ello se añan limitantes económicas que impiden ejercer ciudadanía virtual en la realidad digital: espacio heterotópico que alienta la binaria lógica sexual-racial-económica local.

En síntesis, podríamos concluir que el flujo migratorio Estados Unidos-Tijuana incide en el intercambio y consumo de cuerpos precarizados. El cambio en las formas de integración familiar, social y cultural se vinculan con que los hombres dejan las jefaturas del hogar para proveer solvencia económica a partir de trabajos asalariados mal remunerados o a través del trabajo informal. El deterioro de las condiciones de vida y las altas tasas de mortalidad en los hombres son factores relacionados con la masculinidad marginal y precarizada, mayoritaria en este territorio. Los hombres jóvenes serán los más vulnerados frente a estas circunstancias al no contar con capitales económicos, sociales y culturales que legitimen su masculinidad.

La ocupación laboral informal de los hombres es un factor que les expone al uso de sustancias y a la criminalidad y, en muchas ocasiones, los empuja al intercambio económico de sus cuerpos y su sexualidad en Tijuana. En un Estado como Baja California, donde 58.7% de su población se siente insegura, estar a disposición de los deseos machistas y racistas de completos extraños incrementa su condición de vulnerabilidad. Si bien en los sexoservidores encontramos una población vulnerable, la disidencia escolar, la ocupación informal, el alto nivel de percepción de la inseguridad ciudadana y el uso y consumo virtual de cuerpos en la mayoría que no se dedica a esta labor evidencia dinámicas intra grupales de discriminación.

Así, aun cuando el ciberespacio es una opción para la negociación transnacional de reglas y afectos, la inflexibilidad en el planteamiento cisheteronormativo, racista, clasista y etarista aprovecha los dividendos patriarcales para fragmentar internamente a la 'comunidad' LGBT+. Si bien la identidad gay fue necesaria para liberar a las homomascariedades hace 70 años, ahora reproduce

las lógicas del mercado que confluyen con el gusto por los cuerpos de poblaciones vulnerables. Para el caso de la semiósfera tijuanaense, si bien el ciberespacio es útil para el trabajo profundo de consciencia sobre las limitaciones, posibilidades y secuelas que ello tiene, su función consiste en la réplica de dinámicas de hipervigilancia corporal.

Tanto en la realidad análoga como la realidad virtual, el cuerpo pornográfico es eje de poder de la semiótica masculina cuyo deseo, si bien radica económicamente en el sujeto extranjero, en cuestiones locales, replica el gusto por el objeto de deseo americano. Por ende, habremos de investigar las carencias que salen a flote al momento de entrevistar a hombres homosexuales tijuanaenses. En particular, haría falta revisar cuestiones vinculadas a la falta de educación sexual, el pink washing de la ciudad y la cisheteronormatividad implementada culturalmente a través de los productos culturales como las series LGBT+ o la pornografía.

Frente a la pornificación de la cultura, la inautenticidad personal y representacional propiciada por el régimen visual local y los filtros en Internet se afirma la opresión del grupo homomascarino más vulnerable. Además, estas en ocasiones no cuentan con la condición de ciudadanía virtual al carecer de los recursos económicos, sociales, corporales y culturales para procurarse una mejor calidad de vida. Si aunamos los miles de hombres migrantes que, aparte de racializados, son precarizados debido a sus condiciones políticas adversas, dicho problema es aún más complejo. De tal modo, podríamos indagar en futuros trabajos si la industria migratoria es un catalizador para el uso y consumo de los cuerpos migrantes que, debido a sus condiciones miserables de vida, busca de refugio tras su desplazamiento forzoso.

Para las homom masculinidades, ello oferta tanto una oportunidad, como una ilusión; pues, por un lado, poseer los capitales preferidos de la región, pueden brindar beneficios a corto y mediano plazo; mientras el cuerpo joven aguante. No obstante, por otro lado, el Sueño Americano Gay es cada vez más difícil de lograrse; pues si bien el extranjero prefiere la piel canela, ésta es solo para consumo, no para matrimonio. En este sentido, en Tijuana se repite el gusto por el cuerpo masculinizado, racializado y precarizado al ser asumido como silvestre.

Bibliografía

Arroyo, B. (2016). Sexual affects and active pornographic space in the networked Gay Village. *Porn Studies*, 3(1), 77-88.

Bourdieu, P. (1999). Espacio social y espacio simbólico. En *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. (2a ed., pp. 11-32). Argentina: Anagrama.

Brea, J. L. (2007). Cambio de régimen escópico: del inconsciente óptico a la e-image. *Estudios Visuales: Ensayo, Teoría y Crítica de La Cultura Visual y El Arte Contemporáneo*, 4, pp.146-164.

Bringas Rábago, N., Gaxiola Aldama, R. (2012). Los espacios de la prostitución en Tijuana: turismo sexual entre varones. *Región y Sociedad*, año XXIV (55), pp. 81 - 130

Buzai, G. D. (2002). De las regiones geográficas a los espacios virtuales: apuntes para el estudio del impacto de las nuevas tecnologías en el análisis espacial actual. En D. Toudert & G. D. Buzai (Eds.), *Comunicaciones - Grupo 22. Tecnologías de la información y las comunicaciones: Percepción geográfica, desarrollo e integración territorial. Cultura y política @ ciberespacio*.

Caquard, S., & Cartwright, W. (2014). Narrative Cartography: From Mapping Stories to the Narrative of Maps and Mapping. *The Cartographic Journal*, 21(2), pp. 101-106.

Carballo Correa, P. A. (2018). La contención y la fuga. Una etnografía del deseo gay en Tijuana. *El Colegio de la Frontera Norte*. [Tesis de Maestría].

De Certeau, M. (1997). Introducción general. En *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. (1a ed., pp. XLI-LV). México, D.F.: Universidad Iberoamericana.

Foucault, M. (1975). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión* (1a. ed.). Barcelona: Paidós.

Foucault, M. (1984). Space, knowledge and power. En P. Rabinow (Ed.), *The Foucault Reader* (pp. 239-256). New York: Pantheon Books.

Lacan, J. (1953). El estadio del espejo como formador de la función del yo. En *Escritos I* (1a ed). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Lefebvre, H. (1991). Brief notes on some well-trodden ground. En *Critique of everyday life. Vol. I* (2a ed., pp. 103-129). Londres: Verso.

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio* (1a ed.). Madrid: Capitán Swing.

Lotman, I. M. (1996). *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. (1a ed.; S. Sevilla & J. Talen, Eds.). Madrid: Ediciones Cátedra

Marino, S. (2015). Making Space making place: Digital togetherness and the redefinition of migrant identities online. *Social Media + Society*, 1(9), 1-9.

Mcluhan, M. (1994). *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano.* (1a ed.). Barcelona: Paidós.

Mundo, D. (2018). Variaciones sobre el porno. Sexo y vínculo en la era de los medios (1a. ed.). Buenos Aires, Argentina: Dedalus.

Rodríguez Esteban, J. A. (2016). La geografía y la representación cartográfica en un mundo virtual: las tierras digitales. *Geosp - Espacio e Tempo (Online)*, 19(2), 349-362.

Ramírez Rodríguez, J. C. (2004). De acomplexado a arrollador: Semiótica de la masculinidad. *Desacatos.*

Revista de Antropología Social, (15-16), pp. 33-51.

Sanders Peirce, C. (2012). *Obra filosófica reunida. Tomo II (1893-1913).* (N. Houser & C. Kloesel, eds.). Mexico, DF.: Fondo de Cultura Económica.

Fecha de publicación: 8 de marzo de 2021

Las visiones expresadas en esta publicación son responsabilidad exclusiva del autor, en este sentido, no representan la visión institucional de El Colegio de la Frontera Norte, A.C.



CONACYT
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología



**El Colegio
de la Frontera
Norte**